

ARMAS Y LETRAS

HEMEROTECA
MUNICIPAL



DIRECTOR-PROPIETARIO
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

AÑO II

NÚM. 23

NOVIEMBRE, 1921

Número suelto 1,30 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid

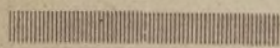


¡No lo dude usted!

¡SERÁ UN ACONTECIMIENTO!

El Almanaque de ARMAS Y LETRAS

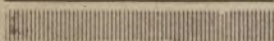
que aparecerá el 30 del próximo mes de Diciembre



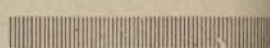
Más de 100 artículos de curiosidades, pasatiempos, cuentos, comedias, deportes, ciencias, artes, inventos, vulgarizaciones guerreras.

Numerosos fotografados.

Entretenimiento, distracción y cultura para un año.



Cubierta en colores del Almanaque de "ARMAS Y LETRAS"

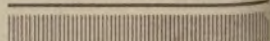


A pesar de su tamaño y del gran número de sus páginas, este Almanaque será enviado franco de porte y certificado al precio de

2 PTAS.



Teniendo en cuenta el carácter forzosamente limitado de la tirada, si quiere poseer tan excelente libro, no deje de hacer su petición inmediatamente.



Nuestros suscriptores no tienen necesidad de hacer el pedido. El Almanaque les será servido en sustitución del número del mes de Diciembre y sin que por ello se aumente el precio de su suscripción.

Para el año 1922 ARMAS Y LETRAS prepara grandes novedades, convirtiéndose en quincenal y apareciendo los días 15 y 30 de cada mes sin alterar el precio de la suscripción.

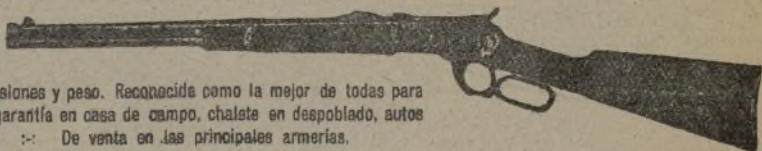
E I B A R
(ESPAÑA)

Escopetas finas de caza y tiro de pichón
VICTOR SARASQUETA
PROVEEDOR Y FABRICANTE DE S. M. EL REY
D. ALFONSO XIII y de S. A. la Infanta D.^a ISABEL



Carabina de doce tiros "TIGRE"

Gran precisión, seguridad absoluta, perfecto funcionamiento. De reducidas dimensiones y peso. Reconocida como la mejor de todas para "Somatenes", "Unión Ciudadana", guardas, garantía en casa de campo, chalet en despoblado, autos de turismo, caza mayor, etc., etc. De venta en las principales armerías.



Al por mayor: **GARATE ANITUA Y COMPAÑIA** :: **E I B A R** ::

GORRAS Y EFECTOS MILITARES

ADOLFO LÓPEZ

CUESTA DEL ALCÁZAR, 12.—TOLEDO

La Cosa más económica en su clase.—Últimos modelos en gorras y roses.—Se hacen exportaciones a provincias.

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, **anúnciese en ARMAS Y LETRAS** y verá prosperar su negocio. Pida tarifas y presupuestos.

SASTRERÍA DOMINGUEZ

Cuesta del Alcázar, 14.—TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

Pts.	Pts.
Capote paño 1. ^a 150	Uniforme kaki de estambre o gabardina con pantalón y calcón..... 150
Capota paño o estambre.. 210	Idem id. de drill, con id... 70
Peliza de 1. ^a , rizo de id. 120	Volver peliza con todos los avios y dorados.... 70
Impermeable gabardina con gabán y capota separada..... 225	Idem guerrera con id. id. o idem..... 50
Guerrera de paño o estambre..... 120	Ponzo cuello y vueltas con estrellas y soutache.... 17
Paulón Rey con franja seda..... 60	



—Esta niña angelical que me enloquece de amor, enardece mi vigor cual no recuerdo otro igual. ¿Será sobrenatural esta sublime figura? Di, ¿qué es esto? ¿Tu hermosura es creación de mi afán? —No es nada de esto, D. Juan, es que usé la PECA CURA.

Jabón, 150. Crema, 2,50. Polvos, 250. Agua Cutánea, 5,50. Agua de Colonia, 3,50, 6,10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.

ULTIMAS CREACIONES

Productos serie «IDEAL»

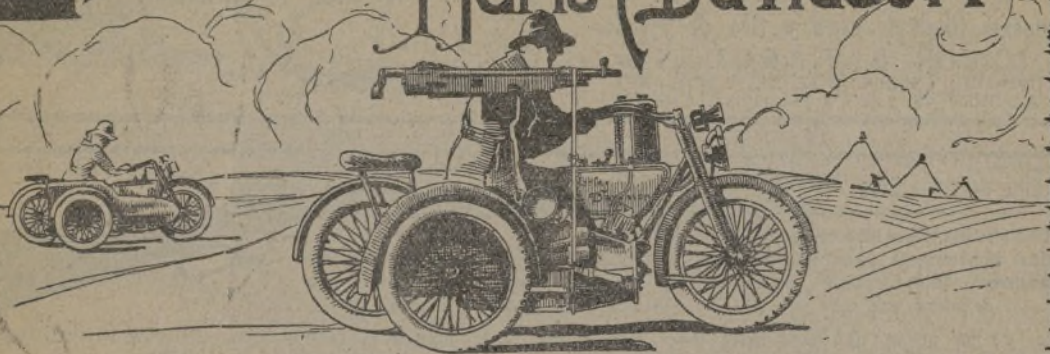
Acacia, Mimosa Ginesta, Rosa de Jericó, Admirable Matinal. Chipre, Rocío, Flor, Rosa, Vértigo, Clavel Muguet. Violeta. Jazmín.

Jabón, 3. Polvos, 4. Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo 18 pesetas. Frasco con estuche.

CORTÉS HERMANOS, SARRIÁ (BARCELONA)

LA MOTOCICLETA MILITAR

es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J. A. DE LANDALUCE
MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid

MESTRE & BLATGE

S. A. ESPAÑOLA

CAPITAL: 10.000.000

La casa mejor surtida en toda clase
de Accesorios para automóviles ci-
clos, aviación. Artículos para todos
los deportes.

Faros, faroles y proyectores Besnard, magnetos
Símmes, bujías Oléo, bañdaje para frenos Thermoid,
rozamientos a bolas F. S., carburadores Zenit.

MADRID: Cid, 2 y Recoletos, 15

Teléfono S. J. 022

BARCELONA: Balmes, núm. 57

Teléfono A 4373

Ayuntamiento de Madrid



Pasado Rivas



Núm. 1.—Sortija con
un brillante y rosas
sobre platino.
Pesetas 375.



Núm. 2.—Pendientes con
dos hermosos brillantes,
brillantitos y rosas sobre
platino.
Pesetas 3.940.



Núm. 3.—Sortija
con tres brillantes
y rosas sobre pla-
tino.
Pesetas 300.

TRUST JOYERO

Alhajas y Relojes de
25 a 25.000 pesetas.

LO MEJOR POR EL PRECIO

Puerta del Sol, 112 y Car-

men, 1. MADRID

Sucursal: Alameda

15. SAN SEBASTIAN.

Director: MODES

TO LARGO ALVAREZ



Núm. 4.—Pulsera articulada con
brillantes y un zafiro sobre pla-
tino. :: Pesetas 1.675.

TRUST JOYERO

Apartado 350 MADRID

Vale por un catálogo de
joyas de plas. a
relojes

NOMBRE

SEÑAS

POBLACIÓN

1.110.

LA COMPAÑÍA DE MADERAS

GRANDES ALMACENES DE MADERAS Y TALLERES MECANICOS

Argumosa, 14 - MADRID - Teléfono 689-M.

DEPÓSITO EN ALICANTE (MAISONNAVE, 49)

SANTANDER - BILBAO - GIJÓN - SAN JUAN (AVILES) - PASAJE - HUELVA

Pino del Norte. — Pino de tea. — Pino de Balsain. — Pino del país. — Maderas finas

MOLDURAS DE TODAS CLASES Y FRISOS

Proveedores de la 3ª Sección de la Escuela Central de Tiro

Cómo se enseña la ESGRIMA DEL FUSIL CON BAYONETA

Autor: Capitán D. LUIS PUMAROLA

Profesor de la Academia de Infantería

Interesantísimo libro que complementa el reglamento de instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor.

Precio del ejemplar: UNA peseta.

F. ALCARAZ

ATOCHA, 78

SOMBREROS, GORRAS
PARA TODA CLASE DE
UNIFORMES

Precios económicos

CENTRO GRAFICO ARTISTICO
TALLERES DE FOTOGRAFADO

BLASCO DE GARAY, 32
TELÉFONO 22-031

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR

RESERVADO
PARA LA CASA

H. Y V. ALVAREZ

IMPORTADORES
DE ACEROS

CONDE DE ARANDA, 11
M A D R I D

ner preparadas tropas aptas para la guerra en Marruecos?

¿No pensaron nunca, que como en Méjico y Filipinas, Abisinia o el Perú, Argelia o Cochinchina, había de llegar un momento en que el enemigo, engrosado con las tropas rebeldes, había de aislar los destacamentos, escasos todos ellos de medios de larga resistencia, y que no había preparadas tropas de confianza para socorrerlos?

«¡POLÍTICA DE ATRACCIÓN!»: Cuatrocientos años de dominación en Filipinas, empleándola con los moros del Sur (1); *pensionando* a sus reyezuelos, sosteniendo frecuentes escaramuzas; pero cristiano que se separaba pocos pasos del fuerte de su destacamento, era decapitado por el primer moro que se lo encontraba. Aun viven muchos españoles que conocieron esto.

¡Cuatrocientos años gastando en expediciones militares sin lograr reducirlos!

¿Serán los moros del Rif, como eran los de Filipinas, *irreducibles*?

Veamos: En 1898 la dominación española fué en Filipinas substituida por la americana de los Estados Unidos y docena y media de años después, por los archipiélagos antes poblados de *terribles moros juramentados*, que se lanzaban a morir matando *por ganar el paraíso*, se puede transitar sin armas y sin temor alguno. Las rancherías de indómitos, se convirtieron

en tribus de inofensivos mahometanos, incapaces de hacer el menor daño, por la conocida *política yankee* con los «*color men*», que cotizaba cada cara blanca por ochenta o cien cabezas negras (1) y he aquí como Norte-América enseña, entre otras mil cosas, la manera de reducir a los indómitos súbditos feroces, en poco más de doce años; lo que España no consiguió en cuatrocientos.

Con tropas indígenas (constabularia), acuchillaba a los feroces moros que no se sometían por completo; pero a mano tenía siempre suficientes tropas de raza blanca, por si las otras no marchaban por el camino que se las señaló, ametrallar a unos y otros.

La «política de atracción» lleva al exagerado límite que lo hacen nuestros gobernantes, ha sido, es y será en Marruecos, además de altamente perniciosa, ridícula y humillante, rechazada por todo aquel que sienta orgullo en ser español.

Por no tener preparados 15, hay que enviar 90 con deficiente preparación; muchos muertos, muchos heridos y muchos millones de pesetas, tirados por la ventana.

¿Los que desde 1909 dirigen desde Melilla, Tetuán y Madrid la campaña y gobernación del Marruecos español, estudiaron historia como *asignatura de adorno*?

A. VÁZQUEZ DE ALDANA

(1) No hubo nunca interés en contarlas, con tal de que la proporción pasase de 50 por 1.

IMPORTANTE

La Administración del Correo Central nos comunica que la correspondencia dirigida a los «Apartados particulares» ha de someterse a ciertas condiciones para poder garantizar un buen servicio.

Las modificaciones introducidas afectan a la forma de consignar la dirección en los sobres que deben venir extendidos del siguiente modo:

SELLO

Sr. Administrador de Armas y Letras
Apartado núm. 886 Madrid

Es esencialísimo que la mención del Apartado se haga en el ángulo izquierdo inferior del sobre y en la misma línea que el punto de destino.

Rogamos a todos nuestros colaboradores, anunciantes, suscriptores y corresponsales que tengan estas disposiciones, pues de otra manera, no llegarán a nuestro poder sus cartas.

ANÉCDOTA

Nubar-Bajá, el más ilustre de los hombres de Estado en Oriente, durante el siglo último, perdió su cargo de Primer Ministro de Egipto por una vaca. Visitando Nubar-Bajá en cierta infausta tarde una expsición de ganados, tuvo la desgracia de atraer con su turbante rojo la atención de una hermosa vaca. Esta lanzó un mugido amenazador y se precipitó sobre el Primer Ministro, dándole un par de achuchones contra una cerca y dislocándole una pierna. La cogida tuvo al pobre estadista más de un mes en la cama. Y como el Jedive tenía muchas ganas o Nubar-Bajá (casi tantas como la vaca autora del percance) aprovechó aquella pasajera inutilización para destituirle, ocasionando esto la caída de todo el Gobierno y una crisis política gravísima.

EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charretas, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

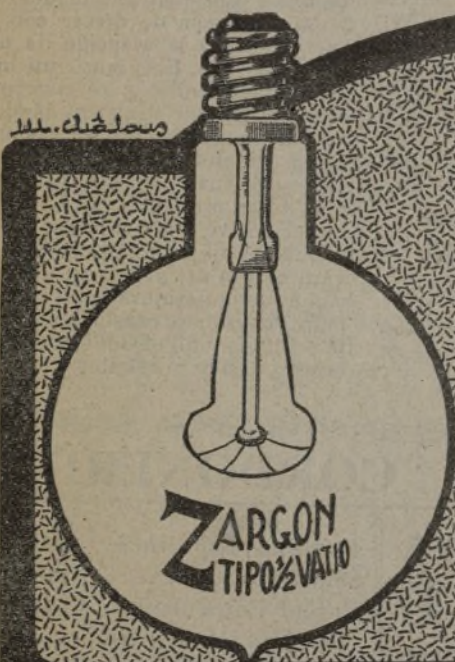
Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar



Todo aquel que
dedique su vi-
da à trabajos
delicados debe
usar lámpara

Z ARGON
TIPO $\frac{1}{2}$ VATIO
por su luz blan-
ca y suave



Fábrica en
BARCELONA
Córtes 397

Depósito en Madrid: Encarnación 12

LÓS TIROLESES

ARMAS Y LETRAS

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Precios de suscripción

Trimestre... 3,75 ptas.
Semestre... 7,50 »
Año..... 15,00 »

EXTRANJERO

Semestre... 12,00 ptas.

Año II Núm. 23
NOVIEMBRE 1921

Ciencias & Artes
Inventos & Literatura
Actualidades

DIRECTOR PROPIETARIO:
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

OFICINAS:

Calle Mayor, núm. 86
MADRID
Apartado correos núm. 886

Administrador:
José Valero de Bernabé

CUESTIONES DE ACTUALIDAD

PASADO Y PRESENTE

La gran mayoría de tropas indígenas, que España tenía en toda la América Española, hicieron causa común con el elemento separatista, cuando sonó la hora de «tirar por en país.» Tampoco tenía entonces España tropas preparadas para acudir prontamente a donde *habían de necesitarse* MÁS TARDE O MÁS TEMPRANO, ya que el hecho se repite en la historia de las colonias todas con ritmo fatal.

En Cavite (año 1871) se sublevó un regimiento indígena al grito de «Independencia»; pero habiéndose tomado por señales convenidas los fuegos artificiales de una fiesta, se descubrió el complot a tiempo de que las autoridades le desbaratasen; logrando que tropas indígenas comprometidas, fuesen a reducir a las sublevadas.

No había más tropa española que un zaganete de 30 alabarderos, guardia de honor del capitán general. El resto del ejército hasta 12.000 hombres de todas las armas eran, salvo la oficialidad y algunas clases, indígenas.

En 1857 se sublevaron en la India Inglesa, los cipayos, tropas indígenas que perfectamente armadas y equipadas, tenía Inglaterra en aquella extensa colonia.

Si horrores cometieron los indígenas con los de raza blanca, Inglaterra les superó en el castigo,

cuando después de grandes esfuerzos, en hombres y dinero, logró dominar la insurrección (1), señalándonos para ahora, el camino que debemos seguir. Nana-Saib. Rajá de Bitora, fué el Krim de aquel movimiento.

Hace bastantes años me encontraba yo en una aldea situada en las faldas del Krakatoa, isla de Java, próspera colonia, poblada por malayos, como las restantes de la Sonda, y tan feroces como los malayos de Mindanao y Joló, o quizá más.

Una tarde vi salir a la ronda, compuesta de 7 hombres; 2 exploradores armados de sendos y largos tridentes de acero; 4 llevaban retacos de dos cañones carga-

(1) Se mataba a los comprometidos que se capturaban, atándolos en masas a la boca de los cañones de artillería. Por los puertos de Calcutta, Madras y otros, las corbetas inglesas paseaban *racimos* de cipayos ahorcados, pendientes de los penoles de las bergas. Por centenares se les enterraba vivos de pie, dejándoles sólo las cabezas afuera y sobre ellas desfilaban al galope varios regimientos de caballería. Estos castigos que eran públicos, no quitaban muchas ejecuciones realizadas en los calabozos, o en los grandes ríos de la península indostánica.

De los ingleses y holandeses, pueblos grandes colonizadores, debe tomarse el modelo. Toda rebelión de tropa, sea o no indígena que la realicen con sangre, en lagos de sangre debe ser ahogada. Pena del Talión llevada al límite de la exageración: «Maxilar por diente.»

dos con postas y el cabo con *campián* y pistolas de pistón.

Rondaban por las calles y afueras del poblacho sin otra misión que matar a los que por ir armados, no justificar su presencia y ser desconocidos o demasiado conocidos, encontraban en su camino.

Con frecuencia estos malhechores hacían frente a la patrulla de su misma raza: Los del tridente presentaban las arponadas púas de su arma, donde se espetaba el supuesto criminal quedando sujeto, uno o dos escopeteros, le hacían un par de disparos a quemarropa, y sin intentar hacer averiguación alguna, ni menos escribir (porque no sabían), continuaba la ronda su camino, y al regreso, daban cuenta de *palabra* a la autoridad holandesa del poblado. La vida de un malazo tenía un valor equivalente a sesenta plantas de tabaco.

En Filipinas (como en España) se ensuciaban resmas de papel de oficio, para *depurar los hechos* de un gran criminal, el que antes de cuatro años, era *reincidente*.

Resultado: En Filipinas hubo siempre cuadrillas de malhechores, y en Sumatra, Java y Borneo, no.

El Imperio del Brasil, la hoy República Brasileña, castigaba y castiga en el Putumayo, con penas que oscilaban entre la de palos a mutilaciones, a los indígenas negros, no por sublevarse ni asesinar a blancos, sino porque no

aportaban las cantidades del «cauchú» que se les señaló.

Por el mismo crimen impone Bélgica parecidos castigos a los negros de su Estado. *Libre* (¡¡Líbrenos Dios!!) del Congo.

Cuando la prensa levantó algo el paño que cubría tales horrores, la humanidad se estremeció indignada; pero después... pasó la moda de hablar de tales bagatelas.

En las diferentes épocas que Inglaterra aplicó a Irlanda la política de *Iron-hand* (mano de hierro), no anduvo con contemplaciones.

En las revueltas habidas en Egipto, Abisinia, Zululandia. Cafrería, márgenes del Tanganica, extensos territorios de los Krú-mirs, los Basutos, los Somalis y en todas sus colonias sin excepción, nada pudo Inglaterra echar en cara a Bélgica y el Brasil.

Los chilenos no fueron más dulces con los pategones, ni los rusos en toda el Asia, ni los japoneses en Korea, ni...

Y todo esto, dentro de lo poco

que abarca la Historia Contemporánea, porque jamás se pudo dominar por la dulzura, ya que tampoco los españoles entraron en América repartiendo caramelos, ni ello es así posible y menos cuando los pueblos a conquistar, no reconocen más ley que la del fusil, ni otra cultura que el robo y el asesinato, refractarios en absoluto a todo progreso que no sea «MATAR PARA ROBAR» aun entre parientes cercanos.

Sembrando en tales tierras «política de atracción», se cosechan los frutos del «Barranco del Lobo, Annual, Arruit y muchos más, que la cuenta corriente NO ESTÁ AUN CERRADA.

Para ejecutar a un repugnante criminal, sea Juan Rull o Higinia Balaguer, se emplea en España parecido aparatoso ceremonial que cuando decapitaron a Luis XVI y se escribe mucho más; y esto es además de perjudicial para la salud del pueblo, altamente ridículo.

Cuando en 1896 se inició la insurrección de los tagalos, la gran parte de tropas indígenas se pasó al enemigo. España tenía en Filipinas, para 9.000.000 de habitantes repartidos en 1.150 islas, sólo un regimiento español: Artillería.

Si repasamos la historia de todas las colonias, desde las islas de la Sonda hasta el Canadá y del Congo (belga y francés) al Cáucaso, veremos que el hecho se repite con admirable constancia, y las tropas indígenas que teníamos en Marruecos, sin la presencia de fuertes contingentes peninsulares, no habían de sustraerse a esta ley general, máxime cuando la tan absurda como ridícula «política de atracción» no había creado prestigio alguno a favor de los nuestros, creyéndose superior en todo a cualquier español, el más ignorante y astroso cabileño.

En la zona francesa, no ocurre así.

¿No pensaron nunca que en Málaga y Algeciras era necesario te-



Gran almacén de perfumería LA FLORIDA

De EUGENIO SARRÁ :: Ventas al por mayor y menor

Teléfono A 2231 RONDA SAN PEDRO, 7 Apartado Correos 239

BARCELONA

ASMA, BRONQUITIS CRÓNICAS

y demás enfermedades del aparato respiratorio, se combaten con las

GOTAS HELENIANAS BATLLE

(A BASE DE CLORURO DE HEROÍNA Y HELENINA AL 1 POR 100)

Adoptadas y recomendadas por los Dispensarios Antituberculosos de Bilbao, Cataluña, Zaragoza, Coruña, Oviedo, San Sebastián, etc., y empleadas en el hospital clínico facultativo de Barcelona.

De venta en todas las farmacias de España.

Depósito general: E. SARRÁ, Ronda de San Pedro, 7, LA FLORIDA

ARMAS Y LETRAS

POR EL DOMINIO DEL MAR

LOS MARINOS EN LA ANTIGÜEDAD

La historia de la Marina antigua está llena de lunares; los investigadores más constantes y concienzudos se han estrellado siempre ante el reducido número de fuentes de investigación; de la remota antigüedad solo nos llega inciertas descripciones de algunos historiadores, dibujos incorrectos y figuras esculpidas en piedra.

El fenicio fué el primer pueblo navegante de que habla la Historia; el mar Mediterráneo se convirtió en un lago fenicio; el período inicial fué de piratería y después de marina comercial, que cubrió las costas de colonias; más de 200 fundaron en nuestro país.

La Marina fenicia fué la base de la Marina del mundo: Macedonia, Persia, Grecia, Cartago y Roma fueron en el arte naval sus discípulos.

Dos tipos de buques se distinguían en aquella época: el *Arco*, que era el verdadero buque de combate, y el *Gaulo*, de transporte. El espíritu fenicio, poco guerrero, no llevó a su marina de combate a grandes acciones.

Algo posterior al desarrollo de la Marina fenicia,

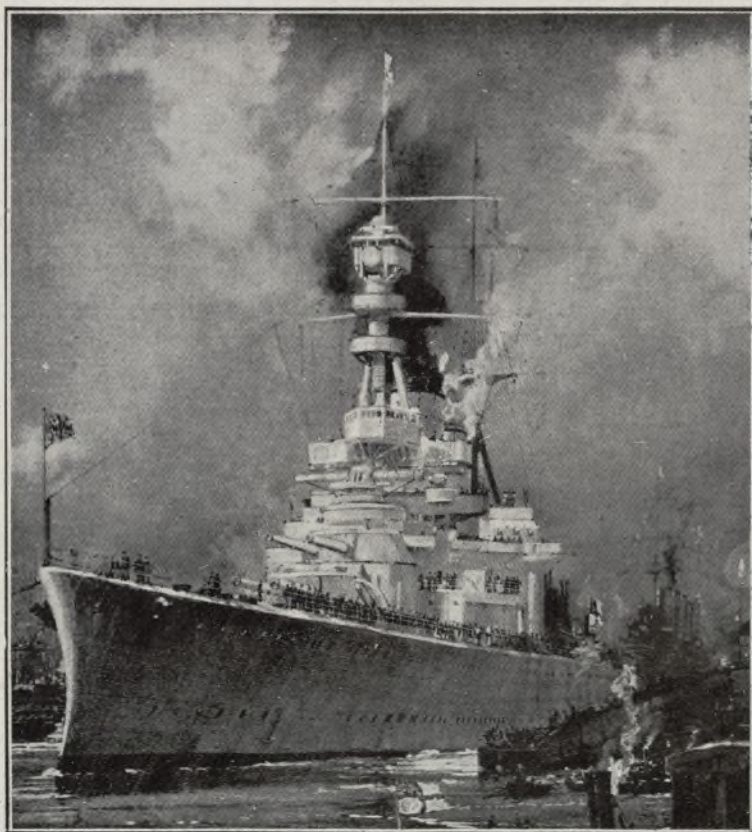
es la griega, casi seguramente nacida de la primera; Aristides, Cimón y Pérides, marinos e hijos de marinos, sentaron las bases de la supremacía naval ateniense. No sólo por el número de sus bajeles,

sino por la excelente dotación, alcanzó esa supremacía; al contrario de la Marina fenicia, esta griega fué más guerrera que comercial.

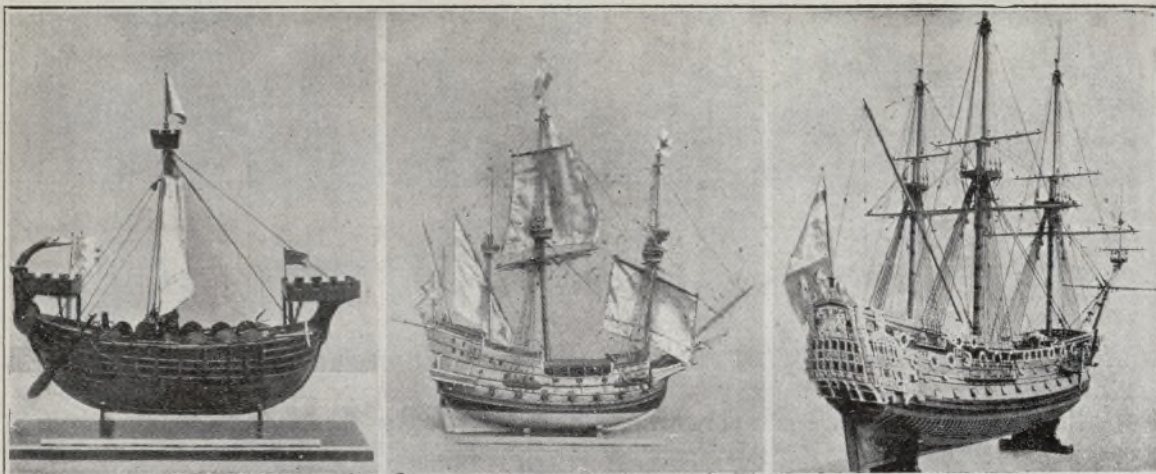
Dictaron leyes para el régimen de los bajeles de guerra; los armamentos estaban dirigidos por jefes llamados *apóstoles*; cada buque llevaba un capitán, un teniente y un piloto. Durante el apogeo de la Marina griega el servicio en ella era obligatorio.

Peleaban en el mar los griegos por el placer de vencer y de saquear a los vencidos; crearon la milicia naval.

Cartago, la descendiente africana de los fenicios, adquirió la supremacía en el mar cuando la estrella griega empezó a palidecer, a consecuencia de una desastrosa expedición a Sicilia, año 422 (antes de J. C.). Cartago puso la marina de guerra al servicio de sus intereses comerciales; si se lanzó a la con-



Los navíos de guerra modernos, son enormes fortalezas flotantes, en los que se acumulan cuantos elementos de destrucción ha imaginado el hombre. Representa la vida de la humanidad puesta al servicio de una idea, puesto que el hombre de las primeras edades trató de hacer efectivo su dominio en el mar.



Durante los siglos del 11º al 13º los barcos de guerra se equipaban de este puerto con castillos o proa y popa donde se retiraban los nombres de armas.

El aspecto del barco de guerra, cambió en los siglos XIV y XV mostrando el pintoresco aspecto que da cuenta este modelo. Constituye nota típica el castillo de popa y los castilletes de las cofas.

Barco de guerra del siglo XVII. La construcción cada vez más depurada ofrece un aspecto a la par suntuoso y guerrero con sus alcázares de proa y popa.

quista fué para explotar comercialmente al conquistado. La herencia del genio marítimo de los fenicios puesta al servicio de la ambición, hicieron de Cartago un pueblo poderoso en el mar; en algunas expediciones sus escuadras se componían de 2.000 bajeles de guerra y 3.000 de transportes; era su costumbre varar los buques en las playas que invadían, protegiéndolas con rápidas fortificaciones que las defendían, tanto por la parte del mar como por tierra.

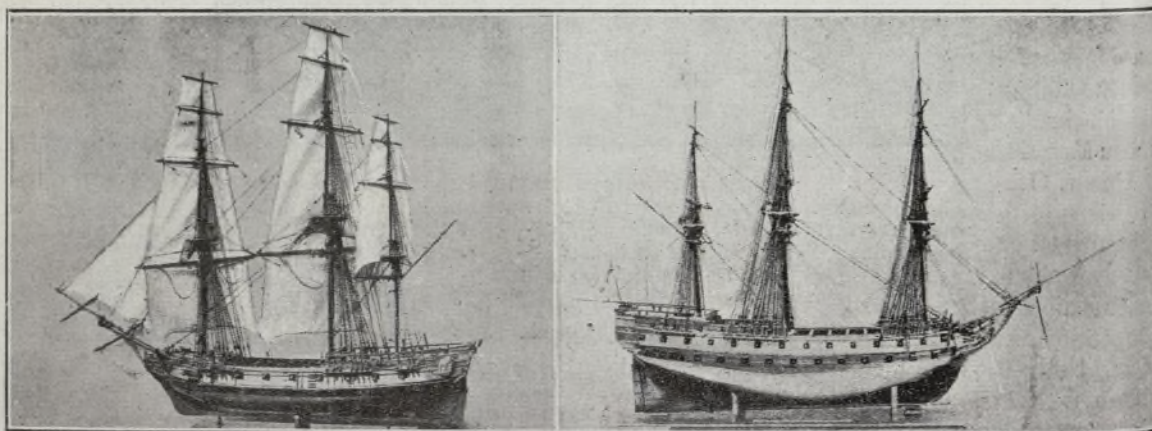
Una idea de su potencia naval la daba el arsenal de Cartago, con más de 200 gradas de construcción.

En el arsenal que tenían en Cartago Nova (Cartagena), existía permanentemente una maestranza, que en tiempos normales pasaba de 2.000 hombres; llevaron sus expediciones, además de a las costas

de España, a la Gran Bretaña y a la costa occidental de África.

Roma entonces, año 205 (a de J. C.) disputa a Cartago el dominio del mar; improvisa sus buques y dotaciones, y con esa Marina sin tradición, con esas flotas navales en la mar, llega a vencer a las escuadras cartaginesas; el esfuerzo de Roma es digno de admiración, mucho más sabiendo que para construir su flota tuvo que servirse de una galera cartaginesa que los malos tiempos arrojaron sobre sus costas; verdad es que la arquitectura naval de entonces era de una gran sencillez.

Roma se encuentra al dominar el Mediterráneo, que este mar es un semillero de piratas; más de mil buques le cruzaban robando a los bajeles de co-



Corbeta de 18 cañones que constituía barco tipo en el año 1870.

Barco de línea con 74 cañones que era considerado como el más formidable navío de guerra, en el año 1798.

mercio, asolando las costas y entrando a saco en las ciudades; los romanos destruyeron la piratería.

Vencida Cartago, pronto olvidó Roma que la Marina había sido el instrumento de su triunfo, de su engrandecimiento; amarró sus naves, abandonó sus arsenales y olvidó por completo que existía el mar. Su influencia naval había durado hasta el 409; seiscientos años.

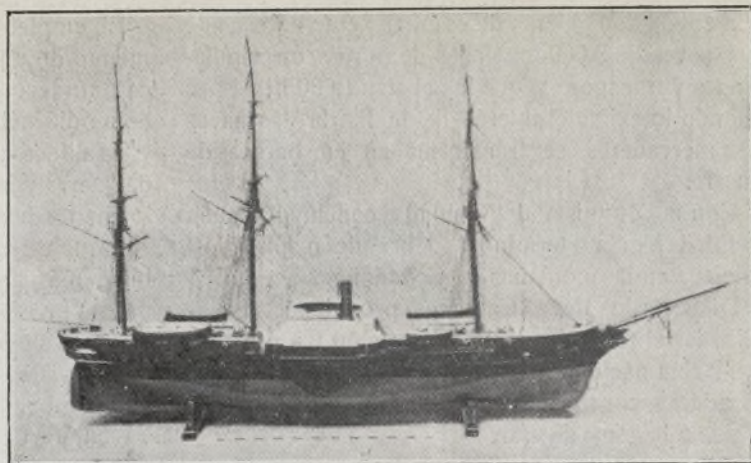
Suceden a los romanos los godos, que en el segundo tercio de su dominación en España, conceden alguna importancia a la navegación, incorporan a su dominio importantes poblaciones marítimas, defienden las costas andaluzas de las irrupciones africanas y realizan algunas expediciones; pero el pueblo godo, ni tiene aficiones navales ni pericia, y nunca pasa su flota de ser una medianía.

Durante la dominación árabe, la Marina puede decirse que no existió en España; limitáronse a seguir las antiguas tradiciones, pero sus estudios astronómicos y geográficos influyeron poderosamente en los pueblos de Occidente, y no sería tan mala su organización naval cuando al extender su dominación a España no encontró Marina rival que entorpeciera sus expediciones.

Este ligero bosquejo histórico da ligera idea del desarrollo de la Marina en la antigüedad en los pueblos que navegaron en el Mediterráneo y en las costas de España.

Las Marinas castellana, aragonesa y catalana.

«Las leyes navales de la Corona de Castilla» que



Tipo de barco de guerra con propulsión de ruedas, que constituía la última palabra del arte naval, antes de la adopción del barco de hélice. (Año 1840.)

figuran en el libro de las Partidas, dan una idea de la importancia que esta rama del arte de la guerra alcanzó en tiempos del Monarca Alfonso X.

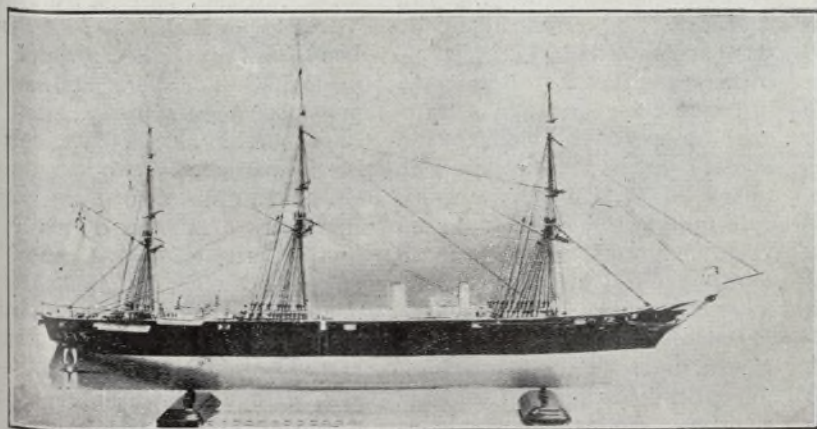
Los Reyes de Castilla tenían atarazanas en la ciudad de Sevilla, y de ellas partían todas las expediciones de galeras y buques ligeros, pues las naves gruesas eran construídas y armadas en los puertos de Galicia, Asturias y Vizcaya.

Los continuos armamentos navales ejercitaron a los marinos de estos Reinos y desarrollaron de tal modo las construcciones, que en tiempos del Monarca Don Pedro I, la flota castellana llegó a ser poderosísima en el mar.

Aragoneses, catalanes y vizcaínos tampoco descuidaron sus armamentos navales; sus flotas cruzaban orgullosas las aguas del Mediterráneo y acudían en auxilio de otros Monarcas o realizaban por su cuenta importantes conquistas; los navegantes y soldados de Aragón y Cataluña colocaron su nombre en muy alto lugar, así en

Italia como en Grecia, en Francia como en Africa; Ropet de Lauria, en el reinado de Pedro III, ilustró con sus proezas nuestros gastos navales. Al comenzar el siglo xv, Alfonso V, verdadero señor del Mediterráneo, personifica el poderío aragonés: «¡Ni aún los peces pasarán por estas olas, como no lleven las barras de Aragón!», decían sus almirantes.

Para tener en cuenta la importancia de los armamentos catalanes en esta época, baste consignar que su flota llegó a



El primer navío [de guerra] construído de hierro y dotado de coraza protectora. Llevó el nombre de «Warrior» y fué botado de agua en Blackwall el año 1861.

constar de 250 galeras de combate; eran muchas de sus naves de 3.000 toneladas de porte, con tripulaciones y transportes, que llegaban a 1.000 hombres; cuando lo exigía el interés de la Patria, las naves de mercaderes se transformaban en barcos de guerra.

Con la conquista de Granada concluyó España la Edad Media y terminó la obra de ocho siglos, iniciada en las montañas de Covadonga.

Dictaron los Reyes Católicos providencias encaminadas al fomento de la navegación y a proteger la Marina nacional, concediendo premios a los que mandaran construir buques de gran porte, y privilegios a la gente de mar.

El empleo de la aguja magnética y el descubrimiento de un nuevo hemisferio, abren en esta época un nuevo derrotero a la actividad naval, introduce modificaciones esenciales en las construcciones y establece una división definitiva entre la marina de guerra y la mercante.

Poco adelantada estaba la Marina en la época con que cerramos estos apuntes; pero esto contribuye más a sorprendernos y admirarnos, porque parece inverosímil que con tan pobres elementos materiales e intelectuales, se realizara tantos asombrosos viajes y maravillosas expediciones; el arrojo y la voluntad suplían con creces los conocimientos y recursos de que carecían en aquella época.

ANIMALES HISTÓRICOS

La dramática muerte de Guillermo II de Inglaterra, quien reinó en los comienzos del siglo XII, la originó un ciervo. Una mañana se dirigió el monarca a caballo a un bosque cercano a Winchester, con objeto de entregarse a la caza su placer favorito. Entre los barones que acompañaban ordinariamente al rey en estas cacerías, hallábase siempre un caballero normando llamado Tyrrel, cuya compañía le era más agradable que la de todos los demás. Cuando los cazadores se hubieron diseminado por el bosque, quedóse Guillermo solo con Tyrrel, y apenas había empezado a hablar, se precipitó entre los dos un ciervo, al cual quiso el rey dispararle un venablo; pero habiéndose roto la cuerda de su arco, volvióse contra su pecho aquel arma terrible y le derribó al suelo con el corazón atravesado. Dadas las innumerables crueldades que Guillermo el Rojo había cometido desde su elevación al solio, y de las que hacía principalmente víctima a la nobleza británica, no es de extrañar que los magnates ingleses consideraran al astado bruto de Winchester como su libertador y que decorasen con guirnalda las cabezas disecadas

de ciervos que ornaban sus salas de banquetes.

Una vulgar mosca, sumergida en una copa de Falerno, ocasionó el prematuro fin del Papa Adriano IV, haciéndole morir asfixiado, y una araña casera salvó a Federico el Grande de la muerte por envenenamiento, durante la guerra de los siete años. De este último suceso se cuenta, que disponiéndose una mañana el rey a tomar su taza de chocolate, cayó sobre el perfumado soconusco, indiscreta araña desprendida del techo. Disgustado el monarca por el incidente, sacó al naufrago con una cucharilla, y vertió el líquido en el suelo, a fin de que lo aprovechara su perro favorito. Ya iba a llamar el rey para que le trajeran otra taza de chocolate, cuando advirtió que el perro, después de lamer un par de veces el piso, caía muerto como herido por un rayo. Comprendiendo Federico lo que aquello significaba, ordenó a los oficiales de la guardia que arrestasen inmediatamente al cocinero, quien llevado a presencia del soberano, a más de confesar su crimen, dió los nombres de las personas que le habían instigado a cometerlo. Desde entonces pue-

de observar el viajero que visita el Castillo de Sans-Souci de Potsdam, un aposento cuyo techo tiene pintada en oro una tela de araña con su industrioso habitante entre las mallas. Es el recuerdo perenne del cobarde atentado.

Un humilde topo influyó de tal modo en la historia de Inglaterra, allá por los comienzos del siglo XVIII, que durante cincuenta años después, fué objeto de los brindis en toda reunión política celebrada por la aristocracia de Inglaterra, Escocia e Irlanda. La razón de este honor concedido al topo es curiosa en extremo. Paseando un día a caballo por Richmond Park, en Londres, el rey Guillermo III, llamado de Orange, dió mortal caída por haber tropezado en una topera el soberbio alazán que montaba el soberano. Como quiera que el accidente devolvió el trono de Inglaterra a la rama de los Estuardos, arrebatado a Jacobo II por el de Orange, los jacobitas festejaban el suceso brindando en sus banquetes por «el pequeño caballero vestido de terciopelo negro, que tan buenos servicios prestó en 1702». El caballero misterioso no era sino el bichito constructor de la topera regicida.



El himno

DE

Los Legionarios

si en la guerra hallas la muerte,
tendrás siempre por sudario,
Legionario,
la Bandera Nacional.

Somos héroes, incógnitos todos,
nadie aspire a saber quien soy yo...
¡mil tragedias de diversos 'modos
el correr de la vida formó!
Cada uno será lo que quiera,
nada importa mi vida anterior,
pero juntos, formamos bandera
que dá a la Legión
el más alto honor.

Soy valiente y leal Legionario,
soy soldado de brava Legión...
¡pesa en mi alma doliente calvario
que en el fuego busca redención!
Mi divisa no conoce el miedo,
mi destino tan solo es sufrir,
mi bandera, luchar con denuedo
hasta conseguir
vencer o morir.

Legionario, Legionario,
que te entregas al luchar
y al azar, dejas tu suerte,
pues tu vida es un azar...
Legionario, Legionario,
de bravura sin igual,

Legionario, Legionario,
que te entregas al luchar
y al azar dejas tu suerte,
pues tu vida es un azar...
Legionario, Legionario.
de bravura sin igual,
si en la guerra hallas la muerte,
tendrás siempre por sudario
Legionario,
la Bandera Nacional.

EMILIO GUILLÉN

Música del maestro Modesto Romero.



Cámara pontificia en el Castillo de Sant' Angelo — Paulo IV hace oración en su reclinatorio ante un Cristo de Benvenuto. — Los Cardenales de Santiago, Santa Flor y Carlos Carrafa lo acompañan. — Algunos frailes teatinos se hallan cerca del altar. — El Marqués de Montebello y el Duque de Paliano, con su hijo el joven Marqués de Cavi, ceñidos de relucientes armaduras, permanecen en pie cerca de la ventana que da al río. — Alejandro Placiti, cubierto de polvo y jadeante de cansancio, se apoya en una columna cerca del altar.

El Papa.—Aparta, Señor, de mí este cáliz de amargura: descienda tu ángel exterminador y aniquile a los impíos enemigos de tu Cristo y de tu ciudad santa: tráguelos la tierra como sepultó a los sicarios de Coré, Datán y Abirón. (*Volviéndose al Cardenal de Santiago*).—No; no hay que pensar en que yo ceda; antes meteré en mis plazas fuertes y ciudades a los franceses y saldré de Roma asegurándome. ¡Ah! Señor, convierte los ojos a tu pueblo y apiádate de tu ungido: no es a mí, sino a tí, a quien persiguen: destruya tu mano su abominación y perezcan en el Tíber, como los carros de Faraón se hundieron en los abismos del Mar Rojo. (*A Alejandro Placiti*).—¿Y estás en lo cierto? ¿Esta misma noche dan el asalto?

Alejandro Placiti.—Yo mismo he visto avanzar uno de los tercios españoles con las escalas apercebidas: caminan en silencio y envueltos en telas blancas, que semejan legión de almas en pena.

El Papa.—¡Malvados! ¡Hijos espúreos de la Iglesia! Siempre fueron así: ya en tiempo de la gentilidad lo dijo Strabón: españoles, ladrones. ¿Y osa llamarse Rey católico y brazo de la Iglesia el jefe de esas hordas? No niega su sangre ese fariseo: peor fué

DEL TIEMPO VIEJO

La retirada del Duque de Alba

Narración de D. Andrés Mellado

Carlos que Alarico el visigodo contra nuestra ciudad; en Alemania dejó crecer la hidra luterana; en Roma profanó los templos y dejó atrás los incendios de Nerón y las hecatombes de Diocleciano; pero aun quedaba otra más horrenda plaga contra el pueblo de Dios, el hijo de tal padre. Vienen a saquear a Roma cada pontificado como quien siega sus cosechas y corta la leña de sus selvas. Malamente campea el águila en sus escudos austriacos; las fechorías de esa gente la han trocado en buitre carnicero. El mismo Condestable de Borbón, que arde en los profundos, era menos odioso que este abominable Duque de Alba, soberbio entre soberbios y con entrañas de piedra: aquél era un bandido que peleaba a pecho descubierto; éste avanza por arte matemática, y, quitando a la guerra la parte noble de la valentía personal, convierte las batallas en un frío cálculo y los asaltos en la consecuencia de un silogismo. ¡Ah, hijos míos! Ha empezado la hora de la potestad de las tinieblas. Vigilad y orad para que Dios suscite un vengador a su pueblo.

(Silencio prolongado. Se escucha a lo lejos el alerta de los centinelas y las campanas que tocan pausadamente a rogativas. El Papa, cubriéndose la cara con las manos, apoya la cabeza sobre el reclinatorio.

El marqués de Montebello y el Cardenal Carrafa hablan en voz baja con Alejandro Placite. Entre el cuchicheo animado que sostienen, dice este último: «Ha llegado la hora suprema: es imposible ya ocultar toda la verdad a Su Beatitud.

El Papa (interrumpiendo su oración).—¿Cuál es la verdad? ¿Que a Guisa no le bastan las pagas atrasadas para venir en nuestra ayuda? Si solo la codicia alienta ya a esos hijos degenerados de San Luis, ofrecedles cuanto tenemos, hasta las joyas de los santuarios y los ornamentos del culto; más vale darlos, que no que sirvan para el saqueo de los salteadores castellanos. Pero que venga pronto, que vuele.

Placiti.—Santísimo Padre, el Duque de Guisa quiere ni puede salir de su campamento de Tivoli.

El Papa.—¡Deslea! ¡Aliado traidor! De modo que solo ha venido a Italia para ocupar en el circo

el asiento más próximo a la arena, y ver impasible como las fieras devoran a los cristianos.

Placiti.—Ruego a Vuestra Beatitud no fulmine anatema contra el infortunado Guisa. Los caminos de Tivoli y Monte Rotondo están cortados por los españoles, y éstos tienen tiempo de reducir Roma a pavesas antes que fuerce Guisa los pasos ocupados por el de Alba. La irritación del francés contra los romanos es mayor que contra nuestros enemigos; a éstos, por lo menos, los temen. Cuentan los soldados que Guisa jura enojado que jamás emprenderá campaña bajo la fe de los clérigos. En el estado de los ánimos, no sé si debemos temer más la entrada de los auxiliares que el asalto de los españoles. Hay más aún, otra nueva desgracia... (*vacilando en seguir al ver el temblor nervioso que se apodera del Papa*).

El Marqués de Montebello.—Hay que decirlo todo: Dios conceda valor a nuestro Santísimo Padre para apurar las heces de este cáliz de amargura.

El Papa (incorporándose, apoyado en el Cardenal Carrafa).—Decidlo, decidlo todo; lo ruego, lo mando.

El Duque de Paliano.—El Rey Felipe ha deshecho delante de San Quintín el ejército de S. M. Cristianísima. La flor de la nobleza francesa ha sucumbido; los Príncipes de la sangre están cautivos; Montpensier cayó mortal; Enghien, herido; el Condestable Montmorency, prisionero; los españoles marchan sobre París, y el Rey de Francia no tiene que oponerles otro general si no es el Duque de Guisa, ni más ejército que los restos fugitivos del desastre. El de Guisa no ha podido ya ocultar el suceso a sus tropas, y todos claman por volver a su patria, maldiciendo de Roma y de su triste campaña.

El Papa (*cayendo en una poltrona*).—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

(*Todos rodean al Papa con muestras de grande aflicción*). Reina en la Cámara pontificia profundo silencio, solamente interrumpido por una vocecilla de falsete de un soldado que en el cuerpo de guardia entona, al son de la mandolina, una canción obscena).

El Cardenal de Santa Flor (*arrodillándose ante el Papa*).—Por el bien de la Cristianidad, por la gloria de vuestro pontificado y el sosiego del pueblo, en el nombre del Dios de paz que perdonó en la cruz a sus verdugos, impetroy de Vuestra Beatitud que dé libertad a los Legados del Rey de España y de Nápoles, y que nos otorgue licencia para que tratando con el Duque de Alba...

El Papa (*poniéndose en pie y en ademán colérico*).—¡Nunca! Antes mi mano izquierda se olvide de la derecha, y mi lengua quede pegada al paladar.

El justo no pacta con el contumaz y el inicuo. Que venga el tirano usurpador vestido de cecilio a hacer penitencia a mi puerta, y llore y gima tres noches y tres días como el Emperador Enrique de Franconia, de infame recordación. Que restituya las ciudades robadas, los Estados que me usurpó a mí y a los míos, y solo entonces podrá acogerlo la misericordia de Dios, porque es infinita.

Carlos de los Ursinos (*entrando precipitadamente*).—Los españoles avanzan; los centinelas de la Puerta Mayor han dado la alarma. El pánico se extiende por todas partes. La plebe en los suburbios forma corrillos, y cunde en ellos espíritu sedicioso. Hablan de abrir las puertas al de Alba, recibéndole como amigo y asociándose al español en el saco de la ciudad.

El Papa (*extiende el brazo derecho hacia el Sur*).—¡Anatema! Anatema sea, Castilla y Aragón, Flandes y Nápoles, Inglaterra y los Países Bajos. (Los Cardenales de Santiago y Santa Flor abandonan la estancia).

¡Maldito su Rey y sus vasallos! ¡Malditos sus campos y ciudades! ¡Malditos sus hombres y sus hembras y sus hijos y sus animales y sus árboles y sus mieses y sus aguas y todo ser viviente de aquellos reinos hasta la quinta generación! ¡Abominación sobre los españoles, herejes, cismáticos, malditos de Dios, fruto al fin de torpes Ayuntamientos de moros y judíos, escoria del mundo! ¡Anatema, anatema!

(*Los generales, los caballeros y hombres de armas se han ido arrodillando delante del Papa, y en nombre de todos habla el Duque de Paliano*).

Paliano.—Padre, dadnos vuestra última bendición, y marcharemos tranquilos a la muerte. Insensata la lucha, no podemos vencer, pero sabremos morir.

El Papa.—No, no es imposible vencer, hijos de mis entrañas; Dios peleará a vuestro lado: yo mismo, pobre anciano, tengo aún vigor para combatir como peleó nuestro antecesor, de feliz memoria, Julio II: yo empuñaré el hierro, y pondré mi pecho de escudo ante mi grey. Los impíos sucumbirán al grito que derribó las murallas de Jericó: ¡La espada de Dios y la de Gedeón!

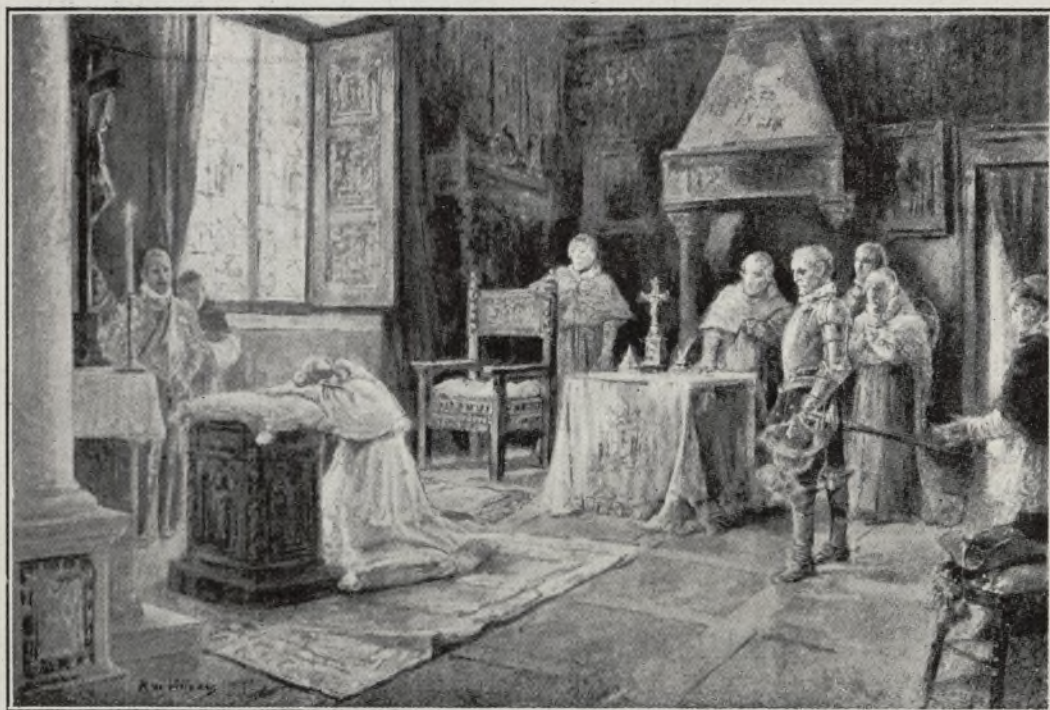
El Cardenal Carrafa.—Padre mío, no conocéis el espíritu servil de la plebe romana: las turbas miserables que arrojaban al Tíber los restos de los Césares han dejado con la herencia de la sangre toda in-noble pasión al populacho de ahora. Yo mismo por ser tu deudo, tu hijo amoroso, me veo amenazado a cada hora. Ya ves que quien pierde con la paz somos nosotros los hijos de tu hermano; pues yo soy el primero en pedirte la paz, porque la entrada

de Alba en Roma es quizá el menor de los daños que nos acosan. Acuérdate, señor, que más injurias sufrieron tus santos predecesores por el desenfreno del populacho rebelde que por la protervia del extranjero. Sálvese tu sagrada persona de la sedición y tu ciudad del saco y del incendio, y perezcan nuestros ducados y los honores que con mano generosa nos otorgó tu grandeza.

El Papa.—¡Hijo mío Carlos! ¡Hijo mío predilecto! Mártir eres de la abnegación y del amor patrio. La historia pondrá tu noble desprendimiento al par del sacrificio de Coriolano y del heroísmo de Atilio Ré-

Paulo IV se deja caer en una poltrona agobiado por las emociones y prorrumpe en sollozos. Momentos de suprema ansiedad en todos. Nuevos gritos en la calle: ¡Traición! ¡traición! ¡Estamos vendidos! ¡El Papa ha muerto! ¡Al Tiber su cadáver! ¡Mueran los Carrafas! ¡Muerte a los traidores! Se oye el estrépito de una carga de caballería que despeja de amotinados la plaza de Ponte de Sant' Angelo).

El Papa (con majestad y resignación).—Llamad al Cardenal de Santa Flor y al de Santiago... ¡Dios lo permite!... Pero que entienda el Rey de España,



Santísimo padre, el Ejército Español se retira: los Tercios se retiran en orden, pero rugiendo de furor por el malogro de su sed de saqueo...

gulo: ¡Dios te bendiga entre los santos! Pero yo no cederé, no trataré sino sentado en mi trono pontificio, y teniendo ante mí de rodillas al Vicario del Rey de España: yo no toleraré que vuelvan a Antonio Colonna las tierras de que mi excomunión lo ha privado. Las puertas del infierno no prevalecerán contra mí; no, no prevalecerán.

(Las iglesias hacia San Juan de Jerusalem tocan arrebato. Algunos grupos que recorren los alrededores de Sant' Angelo lanzan gritos subversivos, entre los cuales se destacan los de ¡Mueran los Carrafas! ¡Montebello al Tiber!—Pánico en el castillo.—Todos imploran del Papa licencia para entrar en parlamento con el ejército español.

que nunca, nunca volveré sus tierras al Colonna, que el Ducado de Paliano seguirá siendo de mi casa y el Reino de Nápoles me prestará de nuevo pleito homenaje como a su señor natural. ¡Pobre Italia! ¡Pobre Italia! Yo te vi independiente como armónico instrumento de cuatro cuerdas y hoy te lloro reducida a servir a una nación tan vil y tan abyecta.

Voces en la antecámara.—¡Albricias! ¡Albricias! *(Entra apresuradamente en la estancia del Papa repitiendo estos gritos Pietro Strozzi y con él los Cardenales de Santa Flor y de Santiago).*

Strozzi.—Santísimo Padre, el ejército español se retira: lo han visto los centinelas tomar la vuelta hacia su antiguo campo; los espías nos responden

con sus cabezas de que el Duque de Alba ha dado orden a su ejército de retornar a la Colonna y luego a Genzano. Y a estas horas retroceden los tercios en orden, pero rugiendo de furor por el malogro de su sed de saqueo.

El Papa (urgiéndose de nuevo).—¡Dios está con nosotros! ¡Campeones de la Iglesia! ¡Soldados de la Cruz, este es el instante de la venganza celeste; salid, salid y acuchillarlos; perezcan bajo el filo de la espada como los hijos de Chanaam, los Madianitas y los Filisteos. Si los dejáis volverán, pues esa gente es como la gramínea, donde cae agarra.

Strozzi.—(asombrado).—Advierta Vuestra Beatitud que no huyen, sino se retiran, como en un alarde. Han tenido la ciudad en sus manos y la dejan por propia voluntad. Intentar ofenderlos es pedir nuestro estrago y ruina.

El Papa (meditabundo).—Entonces ¿porqué se van? ¿Qué peligro temen? ¿Qué les hace retroceder?

El Cardenal de Santa Flor.—La fe de S. M. C. y la piedad cristiana del Duque de Alba.

El Papa.—La fe en Cola Machiavello después: del ultraje y la amenaza, pretenden arrancarme por el respeto religioso lo que no lograron con la llama y el acero.

Strozzi.—Más dolorosa fué al Duque la retirada que el asalto: es mi enemigo, pero es leal enemigo: contrarrestar la voluntad de un ejército victorioso que anhela el combate y el saco, exige ánimo más

entero que embestir a una ciudad casi rendida. Todos los generales tuvo enfrente, y Marco Antonio Colonna, apellidando traición, arrojó el guantelete de acero en medio del campo, maldiciendo de su alianza con España, que le quitaba la presa ya en sus garras. El Duque lo miró altanero y le respondió mandando tocar a retirada.

El Papa (con júbilo arrebatado).—¿Tal hizo Alba? ¿Humilló al Colonna? Carlos (al Cardenal Carrafa), ya lo ves, ellos mismos se destruyen. Demos gracias a Dios; los bienaventurados Pedro y Pablo nos han servido de intercesores. ¡Loado sea el nombre de Dios! ¡Oremos, hijos míos, oremos!

(Rendido de la fatiga de la noche, quédase dormido unos momentos Paulo IV. Cuando se despierta, bastante decaído, da orden de retirarse, y murmura al recogerse a su dormitorio, como hablando consigo mismo.

—No me parece tan mal católico ese viejo castellano. Más nos sirvió, a pesar de ser enemigo, que el de Guisa con su alianza... ¿Será cierta su fe?... Él lo dirá en el tratado... *(Levantando luego la voz y ya en la puerta del dormitorio).* Cardenal de Santiago, como las damas católicas no son responsables de los pecados y errores de sus esposos, mandad mi bendición apostólica a vuestra excelente sobrina doña María Enríquez, Duquesa de Alba, y con mi bendición la Rosa de Oro.

LA TIERRA POR DENTRO

Uno de los mayores misterios del planeta que habitamos es el que se refiere a su interior. Los últimos estudios acerca de este asunto han sido resumidos por el abate Moreux, que explica así lo que positivamente se sabe acerca del interior de la tierra:

«La antigua teoría de que nuestro planeta era una masa incandescente y líquida cubierta por una corteza tan delgada relativamente como el cascarón de un huevo, es hoy admisible hasta cierto punto, y también es cierto que la temperatura de la tierra crece con la profundidad. A unos cuantos metros bajo la superficie se encuentra una temperatura constante que difiere poco de la temperatura media anual del punto de observación. Si se abre una cala vertical se observa que la temperatura aumenta en un grado por cada treinta o treinta y cinco metros que se desciende. El número de metros correspondientes a un ascenso de un grado constituye la gradación geotérmica. Casi puede asegurarse que esta gradación es mayor cuanto mayor es la profundidad, aunque en capas homogéneas se ha visto que la temperatura se eleva siempre en la misma proporción hasta unos 2.000 metros de pro-

fundidad. Aun siendo la gradación siempre la misma, a 70 kilómetros de la superficie tendríamos una temperatura de 2.000 grados, temperatura bajo la cual no puede permanecer en estado sólido ningún metal ni ninguna roca. Está demostrado que el granito y el cuarzo se derriten hacia los 1.700 grados, y todos los experimentos hechos conducen a la conclusión de que el punto de fusión de todas las rocas de la tierra deben encontrarse a una profundidad de 60 a 70 kilómetros.

Los sismógrafos han dado recientemente medios para calcular la estructura interior de la tierra. Los más sensibles de estos aparatos han registrado a veces temblores de tierra cuyo centro se encontraba en los antípodas. La vibración ha atravesado la masa del globo con una velocidad de diez kilómetros por segundo, recorriendo, por consiguiente, el diámetro terrestre en veintidós minutos. Esta inmensa velocidad prueba que las vibraciones se propagan bajo condiciones no halladas todavía en ningún cuerpo sólido, y que la masa interior de la tierra debe ser inmensamente más rígida que el acero.

Cuando fué destinado al Cuerpo donde prestábamos nuestros servicios, el Teniente J..., ya teníamos antecedentes de sus extravagancias; se contaban tantas cosas suyas, que no pudo extrañarnos, se dirijiera al primer Jefe en solicitud de alojamiento particular, cuando lo lógico hubiera sido encargar de dicho cuidado a cualquier compañero,— gustosos todos en servirle,— que la paz y armonía reinaba siempre entre aquellos subalternos.

Y al llegar en una mañana de crudo invierno en traje de paisano raquítico y deslucido, portador bajo su brazo de un violín de exajeradas dimensiones, precedido de harapientos golfos que conducían su heterogéneo equipaje, llevó al pequeño pueblo— rompiendo la monotonía de tantos días iguales,— materia larga, para críticas mordaces y sabrosos comentarios: ¡no era para menos! un cofre maleta deteriorado, un bicicleta antiguo y estrambótico atril, son objetos a propósito para por ellos deducir más bien la propiedad de un artista de circo, que la de un bizarro Oficial de Cazadores.

Ni la habitación que al efecto tenía ya apalabrada, ni algunas más, en todas las cuales comprobaba su perfecta orientación por la brújula que le acompañaba, fueron de su agrado... ¡tarea difícil...! por fin, a la salida del pueblo—en plena carretera,—el aparato primero y las admirables vistas que se dominaban desde sus ventanas, le decidieron por el único cuarto que precisamente habíamos descartado en nuestras pesquisas: ¡entusiasmado por el hallazgo! mientras que a nosotros, su pacífica vecindad, no se avenía bien con el afán de vivir distanciado de las reglas trapenses.

Sin regateos, ante la extrañeza de los patronos, quedó cerrado el trato; lugubre habitación y una sola comida, 3 pesetas diarias; la cena—según manifestaba,—para evitar indigestiones, las tenía su-

primidas hacía algunos años; en su lugar, se inyectaba aire con la bomba de su bicicleta.

A partir de aquel día, nos fué dando mayores sorpresas, a veces cabía pensar si explotaría sus rarezas en pro de una popularidad que le fuera grata, pero otras, las más, teníamos que convenir que la enfermedad hacía estragos en aquella naturaleza predispuesta.

Fueron cosas típicas suyas, instalarse de guardia con su famoso equipaje que cruzando la población, daba al vecindario conocimiento de su desconfianza ilimitada; suyo también «el pelecho artificial», que

dejó entre sus inhábiles manos, más inocentes víctimas, que alumnos en la academia de pájaros tenores que pensaba fundar; suya igualmente, exigir en el democracia casino, que el mozo de servicio dejara la partida de más que ventilaba con socio de su jaez, para atenderle con urgencia... y entre otras muchas, suya hubo de ser, ante compañero aburrido de la vida, que al entrar en Banderas se lamentara



no tener valor para quitársela, la fatal idea de obsesivo apuntarle «a dar» con su pistola, costando gran trabajo disuadirle de su altruismo.

En nombradas maniobras, sufrió una luxación a la que por su parte no dió importancia: luego, al ser tratado por todos los médicos del pueblo—cada uno por opuesto procedimiento,—coincidieron en un final, que llegó a inspirar serios cuidados.

Y en larga poltrona, cubriendo su cabeza clásico salacoff, con el pie tendido sobre el atril, sacando notas del descomunal violín que se quejaba por su dueño de los profundos dolores que debía padecer, entretenía el tiempo entre el divino arte para el que no había sido llamado por Dios, y renegar de lo existente, en cuyo cometido no salían muy bien librados los doctores responsables de su quietud forzada.

Solfamos hacerle tertulia y una tarde presenciamos original visita que sobre su indisposición le estaba haciendo facultativo desconocido para nosotros...

...en medio de un silencio aterrador, con marcado interés, con atención profunda, mirando y tocando la parte dolorida sin preguntar una sola palabra, fueron sus únicas y primeras—levantándose y haciéndonos una ligera inclinación de cabeza—, pedir papel donde extendió la receta correspondiente...

Al salir, preguntamos a nuestro amigo sobre la personalidad del nuevo galeno...

Harto de mata-sanos—queridos compañeros—, me he decidido a llamar al veterinario del pueblo de mi asistente que hace curas estupendas y goza fama de conocer a conciencia su profesión...

¡Entonces comprendimos la escena muda que habíamos presenciado!: que en estas consultas, ni el facultativo pregunta al paciente que sería inútil, ni éste puede darle datos contundentes para formar su diagnosis, facilitándole la deseada curación...

Y así, por una extravagancia de las suyas, pudo curar de su pie que ya tenía desahuciado, el teniente J. de aquel Batallón de Cazadores...

A N I M A S

Doblaban las campanas, y su fúnebre lamento elevándose lentamente perdiéndose en el azul infinito...

Día de paz..., de ensueño... Nunca como aquel a mi alma con susurro de ultra tumba, la queja amarga de Segismundo me invitó a soñar con los que fueron, olvidando algunas horas los que son. Cual susurro misterioso, en mi delirio implacable repetía... ¡Ve! ¡ve!... todo es mentira... tú mismo... la verdad sólo está allí...

Y corrí... musitando como un credo aquel verso sublime que hace de la vida un sueño, abandonando cual nuevo ciego viajero del destino, la ciudad, que loca de placer reía, elevando con rumor de catarata su voz profanadora en día de paz del alma hasta el lecho de los que otras horas fueron sus hermanos.

Renegando de aquella humanidad que reía y contrastándola con aquella otra que lloraba y solícita acudía con su tributo de lágrimas a regar las flores de los muertos, subí en uno de aquellos míseros carricoches que tanta pena encierran y tan tristemente nos anuncian las visitas que en ellos algún día nos harán a los que ahora vamos a visitar. Y lloré... no la vida que dejaba... lloré del silencio la alegría... nada había detrás de mí que todo estaba allí... en lo muerto...

¡El Camposanto!... ¿Qué alma no buscó su desconocido a través de una fosa? ¿Quién no gustó de esa inmensa sensación del vacío, que en nada nos convierte, y adormece el corazón en alas de febril ensueño, para hacernos buscar ansiosos en la nada, y luego despertarnos en la nada de unas tumbas, y el algo de esta mísera existencia, que temiendo su propia nimiedad, ronda fascinada aquellas fosas, que sirviéndole de madres le han de guardar para siempre en sus entrañas?

..

La entrada de millares de personas con su negro luto y coronas de siemprevivas, recuerdo con que

aquella humanidad dolorida, procuraba adornar el horrible semblante de la muerte, semejava un tremendo hormiguero, los chillones toques de campana con que los muertos parecían celebrar su día, y las alegres bandadas de pajarillos que por encima de nuestras cabezas cruzaban y con su «pío» parecían ofrendarnos besos de aquellos que ¡ay! un día nos dejaron... respiraba infinita poesía. Aquellas blancas sepulturas que, perdidas allá en la vegetación del cementerio, parecían gaviotas del único mar en calma eterna... del mar sin fondo de la muerte..., y que envueltos acá en nimbo de oro, en su nítida blancura, miraban al sol cambiando mudas con él, el secreto de sus vidas, arrastraban a soñar... y soñé. ¿Qué? Quizás... nada, quizá... todo... Sólo sé que soñé... que aquella hora infinita la pasé al lado, de una humilde mesa que encontré sola... muy sola... ¡Pobre mesa! Tal vez ella también soñara... y al dormir en la noche con su arrullo eterno, el alma aquella que a su alrededor volaba, pensara en la margarita bordando su marco frío... o en el trino del ruiñeñor o en la brisa misteriosa que con las tumbas murmura. Sola... desnuda... sin una flor... ni una lágrima... En mi ansia infinita la hallé... y me respondió ¡lo juro!... y al mostrármelo todo fui feliz, porque aquella tarde dejé de creer en la vida.

Las sombras de la noche descendieron sobre el camposanto; el continuo parpadeo de mil lejanas lucecillas y una campanada larga, larga... rompieron el encanto: ¡Ve! ¡ve! murmuró aún la mesa... la verdad está aquí... pero aún es pronto. Espera... Espera...

A su conjuro, llorando mi quimera me dirigí vacilante en busca de aquellos míseros carricoches que tanta pena encierran y tan tristemente nos anuncian las visitas que en ellos algún día nos harán a los que ahora vamos a visitar.

JOSÉ OTERMÍN CONDE

Ayuntamiento de Madrid

¡LEA V!

¡¡LE INTERESA!!

Atendiendo las indicaciones de gran número de nuestros suscriptores, ARMAS Y LETRAS entra en el tercer año de su vida con una honda e importante transformación.

La revista mensual que durante dos años ha visto aumentar constantemente el número de sus suscriptores, corresponde al favor del público transformándose en **gran revista quincenal ilustrada**. ARMAS Y LETRAS se publicará en lo sucesivo formando tomos de 60 páginas de gran tamaño que aparecerán los días 15 y 30 de cada mes.

A pesar de los crecidos gastos que supone esta reforma y del aumento considerable de texto y grabados, ARMAS Y LETRAS no alterará el precio de la suscripción y seguirá costando 3,75 pesetas el trimestre.



Nuestra empresa es de Patria y de Cultura. ¡Ayúdenos V!
Dos años de éxitos continuados pueden serle garantía de lo que haremos en lo futuro.

ARMAS Y LETRAS constituye el gran lazo de unión entre todos los elementos del Ejército y de la Armada.

ARMAS Y LETRAS le mantendrá a V. al corriente de todo lo nuevo, curioso, sensacional y útil, que relacionado con su profesión aparezca en el mundo de la Ciencia y del Arte.

ARMAS Y LETRAS publicará cuentos, crónicas, artículos y entretenimientos diversos que le harán la más deliciosa revista del hogar y de las familias.

ARMAS Y LETRAS forma con sus tomos la enciclopedia más completa e interesante del militar.

ARMAS Y LETRAS continuará con su «Sección de Consultas» que tanta aceptación ha tenido en los pasados años. Por ella el suscriptor de provincias tiene en Madrid un representante gratuito que le facilitará los informes que necesite de los organismos centrales.



Novedad, Atracción, Interés, Utilidad, Recreo

Son los distintivos de ARMAS Y LETRAS

Teniendo que organizar nuestras nuevas tiradas, le rogamos que si quiere ayudar nuestra obra con su suscripción, no demore el envío del adjunto boletín, para que pueda tener completa la colección del año que empieza.

Nuestros actuales suscriptores no tienen necesidad de enviarnos nuevamente su adhesión. Les rogamos que para facilitar nuestra nueva organización acepten el abono de por trimestres de los cargos que hasta ahora se venían pagando mensualmente.

A los que no tengan cuenta con la Caja Central, **giraremos** contra ellos en el segundo mes de cada semestre, letras por el importe de la suscripción semestral.

Los que prefieran así hacerlo, pueden remitir, avisándolo de antemano, el importe de su suscripción por giro postal.

Ayuntamiento de Madrid

EL HOMBRE PÁJARO

por H. G. Wells.

El etnólogo contempló pensativo la pluma de Bhimraj.

—Parecía poco dispuesto a separarse de ella—dijo.

—Esa pluma es tan sagrada para los jefes—contestó el teniente—como la seda amarilla para el Emperador de China.

El etnólogo no hizo ninguna observación. Sin duda se hallaba entregado a nuevas meditaciones. Luego, entrando bruscamente en materia, preguntó al teniente:

—¿Sabe usted algo acerca de esa historia del hombre-pájaro, a la que tanto crédito prestan los indios?

En los labios del teniente se dibujó una leve sonrisa.

—¿Qué es lo que le han dicho a usted?

—Veo que no ignora usted la fama de que disfruta.

El teniente sacó un cigarrillo, lo encendió, y después de dar una chupada, exclamó:

—¡Querido doctor! Crea usted que me gustaría oír una vez más esa fábula. La imaginación de los indios habrá convertido ya un hecho sencillísimo en algo atractivo y maravilloso.

—¡Sí, es en el fondo tan inocente!... ¿Se puede, por fin, saber cómo logró usted jugarles a los indios esa mala pasada?

El teniente guardó silencio, y sin dejar de sonreírse se arrellanó en la butaca.

—¡Ya ve usted, mi buen amigo, he hecho un viaje de quinientos kilómetros—siguió diciendo el etnólogo—para recoger el *folk-lore*, que aún conservan estas gentes, y me encuentro con un montón

de leyendas imposibles, basadas todas ellas, sin excepción, en las proezas del hombre-pájaro, de ese teniente de cabellos rojos que vuela por encima de las montañas más altas!... Uno de los sacerdotes, hombre serio si los hay, me ha descrito las alas de usted, diciendo que era de negro plumaje y largas, largas como un cocodrilo... Ese mismo individuo afirma que le ha visto a usted revolotear en torno

de las colinas del país de Shendon... ¡Es usted el mismo demonio!...

El teniente soltó una carcajada, y dijo:

—Continúe usted, doctor; es divertidísimo.

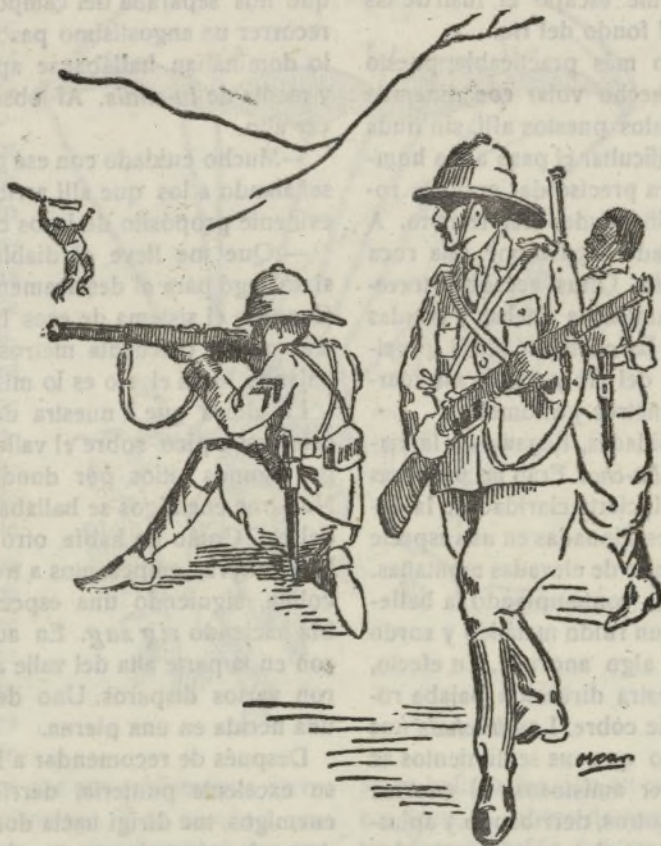
El etnólogo siguió narrando historias a cual más inverosímiles. Cuando hubo terminado, añadió:

—La verdad es que tiene mucho mérito hacer comulgar con ruedas de semejante tamaño a estas buenas gentes!... Oigamos por fin la verdad del caso... ¿De qué treta se valió usted para engañar a los indios?

—Voy a complacerle. Aseguro a usted que al ejecutar mi ha-

zaña no pensé, ciertamente, en sustituir el *folk-lore* del país por la leyenda del hombre-pájaro. Fué aquello una decisión del momento, engendrada por las circunstancias; ¡y qué circunstancias!... ¡Va usted a juzgar, querido doctor!...

Ocurrió el caso durante la penúltima expedición contra los Lu-Chai. El amigo Walter creía que esos indígenas que usted acaba de visitar se hallaban animados de intenciones amistosas respecto de nosotros. Así, no titubeó en enviarme de descubierta a veinte kilómetros del puesto militar, acompañado solamente de tres soldados europeos y de una do-



cena de cipayos. Nuestro escaso bagaje era conducido por dos mulos. Debíamos explorar un valle habitado por varias tribus, acerca de cuya fidelidad no tenía dudas el buen Walter. Emprendimos la marcha por un camino que seguía paralelamente el curso del río en una extensión de quinientos metros. Más allá el valle iba estrechándose hasta convertirse en un angosto desfiladero, en el fondo del cual el río mugía con hervores de catarata. Las aguas se arremolinaban furiosamente, trepaban en los recodos por las cortaduras de las rocas y llegaban hasta el borde del camino, llenándonos de salpicaduras de negro y viscoso lodo.

En una de aquellas imprevistas revueltas tropecé, perdí el equilibrio y se me escapó el fusil de las manos, yendo a dar en el fondo del río.

Hoy el camino es algo más practicable, puesto que los ingenieros han hecho volar con dinamita gran número de obstáculos puestos allí, sin duda por la Naturaleza, para dificultar el paso a los hombres. En aquella época era preciso dar grandes rodeos para sortear las dificultades del terreno. A veces se encontraba cerrado el paso por una roca cortada a pico sobre el río. Otras veces se atravesaban ante los pies del caminante anchas y hondas quebraduras, para evadir las cuales se hacía preciso descender a las orillas del río y seguir así, marchando sobre arena, kilómetros y kilómetros.

Tras de no pocas penalidades, llegamos a la vista de un campamento de *Lu-chai*. Eran las primeras horas de la mañana. A la incierta claridad de la aurora divisamos las chozas escalonadas en una especie de anfiteatro natural rodeado de elevadas montañas.

Nos hallábamos parados contemplando la belleza del panorama, cuando un ruido metálico y sordo nos advirtió que sucedía algo anormal. En efecto, por la pendiente y en nuestra dirección bajaba rodando un enorme ídolo de cobre. Los *lu-chais* nos advertían de aquel modo que sus sentimientos se hallaban muy lejos de ser amistosos. El enorme proyectil pasó junto a nosotros, derribando y aplastando a la mula que conducía las provisiones y los utensilios.

En este momento divisamos un centenar de indígenas que, armados de fusiles, seguían un sendero que serpenteaba a través de la colina, en cuya falda nos encontrábamos. La maniobra era significativa. Comprendiendo lo que se avecinaba, ordené la retirada. Mis muchachos hacían un fuego horroroso, retrocediendo en buen orden.

Uno de los cipayos guiaba al mulo salvado por casualidad de la acometida del ídolo de bronce, y que conducía sobre sus lomos mi tienda de campaña y algunos otros efectos.

Como no tengo nada de Jenofonte, suprimiré detalles de aquella retirada, poco gloriosa, dicho sea de paso. Sólo diré que fuimos perseguidos con encarnizamiento por los *lu-chais* durante dos o tres kilómetros, y que si nos salvamos se debió a que nuestros enemigos, tras de servirse de fusiles de chispa, eran pésimos tiradores.

Así y todo, el cabo Hooker, que se detuvo demasiado por el placer de derribar unos cuantos *lu-chais*, estuvo a punto de ser cazado.

Corriendo a todo correr—en aquellos momentos la retirada se hacía un poco precipitadamente—llegamos al fondo de una torrentera que desembocaba bruscamente en el valle. Para salvar el trecho que nos separaba del campo abierto, era preciso recorrer un angostísimo paso. Sobre las rocas que lo dominaban hallábanse apostados como docena y media de *lu-chais*. Al observar esto, mandé hacer alto.

—Mucho cuidado con esa gente,—dije a Hooker, señalando a los que allí arriba aguardaban con el evidente propósito de irnos cazando uno a uno.

—¡Que me lleve el diablo—exclamó Hooker—si no llegó para el destacamento la hora de liquidar! Conozco el sistema de esos bandidos. Esperarán a tenernos a cincuenta metros, y entonces... Seguir bajando hacia el río es lo mismo que suicidarnos.

La altura que a nuestra derecha se encontraba caía casi a pico sobre el valle. Ofrecía, sin embargo, algunos sitios por donde podía ser escalada. Nuestros enemigos se hallaban en la orilla opuesta del río. Como no había otro medio de escapar de la ratonera, empezamos a trepar oblicuamente la colina, siguiendo una especie de sendero que subía haciendo *zig zag*. En aquel instante aparecieron en la parte alta del valle algunos *lu-chai*. Sonaron varios disparos. Uno de los cipayos recibió una herida en una pierna.

Después de recomendar a Hooker que ejercitara su excelente puntería, derribando unos cuantos enemigos, me dirigí hacia donde yacía desangrándose el pobre cipayo, me lo eché auestas y lo instalé sobre la mula. La tienda de campaña y los demás efectos constituían ya una carga pesadísima para el cansado animal; así, cuando recibió en sus lomos al cipayo herido, tembló sobre sus patas, creí que iba a desplomarse en tierra. Por fin le hice arrancar.

Al reunirme con el resto del destacamento, Hooker, con el fusil humeante en su mano, sonreía y me indicaba por señas que acababa de dar cuenta de un *lu-chai*. Efectivamente, sobre el amarillento hondo del valle se divisaba un punto negro completamente inmóvil.

—Le he dado—dijo Hooker—y lo menos a quinientos metros. ¡Apostaría cualquier cosa a que tiene el balazo en mitad de la frente!

Seguimos nuestro camino. La pendiente se iba haciendo cada vez más abrupta y el sendero más confuso. Viendo que mi gente empezaba a desalentarse, dije fingiendo buen humor: «He aquí, muchachos, uno de los caminos mejor cuidados de todo el país de los *lu-chai*». Al cabo de pocos minutos de marcha, el sendero terminaba bruscamente sobre una cortadura de la roca; más allá estaba el abismo. Comprendí que no había escape posible. Nos hallábamos sobre una especie de plataforma de unos diez metros de ancho. Las rocas se elevaban sobre nuestras cabezas por la parte occidental de la colina; de modo que los *lu-chai* podían fusilarnos impunemente desde lo alto. Por la parte opuesta se abría ante nuestras plantas un precipicio de 100 metros de profundidad, en el fondo del cual corría el río. Aprecié fríamente su situación. No había que temer quizá el ataque de los *lu-chai* por la parte elevada de la colina, puesto que no había otro medio de escalarla que el sendero seguido por nosotros. Desde abajo no podían hacer fuego con probabilidades de

éxito, puesto que bastaba que nos echásemos a tierra para ocultarnos completamente. Y en cuanto a una sorpresa por el sendero, se comprenderá que era punto menos que imposible. Uno de nuestros hombres apostado en las quebraduras de las rocas era bastante para ir poniendo fuera de combate a cuantos intentaran acercársenos. Estábamos, pues, instalados en una fortaleza natural, donde no nos había de ser difícil sostenernos uno o dos días; el tiempo necesario para que el grueso de la expedición, que debía hallarse a 12 o 14 kilómetros de nosotros, destacase fuerzas en nuestro auxilio al ver nuestra tardanza. No teníamos que luchar con otro inconveniente, bien serio por cierto, que la carencia de provisiones, y sobre todo de agua... ¡La sed! ¡Qué

horrible suplicio!... Durante aquel día nos hizo sufrir horriblemente. Al amanecer pudimos aplacar algo la sed que nos devoraba, humedeciendo nuestros labios con las contadas gotas de agua que pudimos recoger retorciendo la lona de la tienda, empapada por el rocío matinal. Cuando salió el sol evaporóse rápidamente aquella exigua reserva de líquido. Teníamos las gargantas y los labios en un estado tal de sequedad, que la más leve emisión de sonido nos causaba un dolor intensísimo. Entre tanto, allá en el fondo del abismo serpenteaba el río con sus transparentes aguas, haciéndonos sentir los horrores del suplicio de Tántalo.

El sol obedecía sin duda aún el mandato de Josué, porque permanecía inmóvil acariciándonos los cerebros con sus rayos de plomo fundido. Aquella tarde, uno de los soldados blancos, después de murmurar algunas palabras que nadie comprendió, desapareció por el sendero. Oyéronse a poco dos o tres detonaciones. El soldado no volvió a la meseta; sin duda fué cazado por los *lu-chai*.

Durante la madrugada del segundo día, el cipayo herido, presa del delirio febril, se arrojó por el precipicio. Cuando amaneció, nos asomamos a la espantosa cortadura. El cuerpo del cipayo se hallaba tendido en sentido perpendicular a la corriente; la cabeza desaparecía en las aguas. Nuestra desesperación fué en aumento conforme iba avanzando el día. Hubo un momento en que pensé seguir el camino del cipayo. ¡Al menos, aquel pobre no tenía ya sed!

Los soldados estaban furiosos. En dos o tres ocasiones tuve que intervenir para que no se despedazaran. La situación se hacía insostenible. Sin embargo, aún se mantenía la disciplina en aquella plaza sitiada. Esta consideración me hizo abandonar mi estúpido propósito de suicidarme. Yo era el jefe del destacamento. Tenía el deber de dar ejemplo. Pensando en esto se me ocurrió una idea salvadora. Dirigíme hacia el envoltorio formado



por la tienda de campaña. Examiné con atención su lona y las cuerdas. Vi que se encontraban en perfecto estado. Era todo lo que necesitaba.

Luego fui hasta el borde de la cortadura y medí con la mirada la altura que nos separaba del valle. Realmente era enorme. Entonces me pareció doble que la primera vez que la había visto.

Pero no era cosa de retroceder por 50 metros más o menos, cuando se trataba de intentar la salvación para todos.

Hice, pues, un gran círculo de lona, valiéndome de un machete. Luego recorté un agujero en el centro del círculo, y até ocho cuerdas en diferentes puntos equidistantes del centro... Ya habrá usted comprendido, Sr. Graham, que el aparato fabricado por mí no era sino un vulgarísimo paracaídas.

Los muchachos me contemplaban atónitos, creyéndome víctima de un ataque de locura. Antes de que prosperara en sus imaginaciones sobreexcitadas esta idea, les expliqué mi plan. Al oscurecer de aquel día memorable, me encontraba sentado al borde del precipicio, esperando que fuera noche completa para realizar mi intento. Llegó el momento ansiado. Mientras dos cipayos sostenían en alto el paracaídas, tomé carrera a lo largo de la plataforma, llevando en las manos los extremos de las cuerdas. El paracaídas se hinchó como una vela. Al pisar el borde del abismo sentí miedo, lo confieso sin rubor, y me detuve. Aquella momentánea debilidad me llenó de vergüenza. Retrocedí, tomé de nuevo carrera y me lancé en el vacío, dando un grito penetrante. Las sensaciones que experimenté en aquella espantosa caída son inenarrables. Lo único que puedo decir es que al principio me pareció advertir que el paracaídas oscilaba violenta-

mente. Luego noté que la muralla de rocas que me rodeaba parecía subir con lentitud en torno mío. Yo creía estar inmóvil. Mirando hacia abajo, vi que las aguas transparentes del río y el cadáver del cipayo parecían venir a mi encuentro. También advertí la presencia de tres *lu-chai* que, dominados por el espanto, permanecían clavados en el suelo, viendo aquel descenso prodigioso.

Apenas me había acabado de dar cuenta de esta circunstancia, experimenté un choque violentísimo. Sentí que los tacones de mis botas penetraban en el cráneo de uno de los *lu-chai* y que nos desplomábamos en tierra, formando confuso montón mi enemigo, yo y el paracaídas. Cuando logré desembarazarme de obstáculos, vi que los otros dos *lu-chai* huían despavoridos. Bajo la lona quedaba el tercer *lu-chai* con su cabeza literalmente deshecha.

Corrí como un loco hacia el río y me arrojé de bruces sobre el agua. ¡Bebí, bebí hasta saciarme! Después, emprendí la marcha siguiendo las márgenes del río. A los 12 kilómetros tropecé con Walter y el resto de la expedición.

En cuanto pude hacer entrar el relato de nuestra odisea en la mollera un poco dura de Walter, se pusieron en camino 50 hombres con el encargo de despejar de enemigos el valle y procurar el salvamento de nuestros compañeros. Lo que efectuaron sin dificultad a las pocas horas.

¡Y ahí tiene usted, mi querido Graham, lo que ha dado origen a la leyenda del Hombre-pájaro, a la leyenda del teniente de cabellos rojos que vuela por encima de las montañas más altas!

El teniente Balwín dió así por terminado su relato, ofreciendo al etnólogo, como complemento, un buen vaso de whisky y soda.

EL REINADO DE CARLOMAGNO

Ha habido en Europa un monarca que ha estado trescientos cincuenta años, sentado en su trono, con la corona ceñida a sus sienes y el cetro en su mano. Fué Carlomagno, el cual se hizo construir en Aisla-Chapelle una tumba, con una capilla encima, a la cual fué llevado a su muerte, ocurrida el año 814. Su cadáver, vestido con todo lujo, con su cetro y su corona, fué sentado en un trono de mármol, dentro de esta tumba.

Casi doscientos años después, el emperador

Otón III hizo abrir la tumba, y el cuerpo del gran emperador se halló admirablemente conservado, sentado todavía en su trono, con la espada al costado y los Evangelios abiertos sobre las rodillas. En 1165, el emperador Federico I Barbarroja abrió el sepulcro de nuevo, encontrándolo todo en el mismo estado, como continuó hasta 1215, en cuyo año Federico II hizo sacar los restos y ponerlos en un ataúd de oro y plata, donde todavía se conservan.

PÁGINAS DE ARTE



FANTASÍAS MORISCAS

Apunte por S. Pumarola.

INVENTOS DE LA GUERRA

Durante la guerra europea Francia concibió el propósito de aprovechar las iniciativas particulares útiles para la ofensiva o la defensiva. El genio francés, agudizado por las desventuras nacionales, buscaba soluciones de todos los órdenes al magno problema de la defensa nacional y entonces el gobierno para encauzarlas creó la Dirección de Inven- ciones, encargada de orientar las tentativas de los inventores, de ayudar a los buscadores y de cola- borar en las proporciones susceptibles de ser efi- caces. Es decir que se hizo una movilización cien- tífica y técnica del país engarzada con los organis- mos competentes y con los departamentos ministeria- les de que dependían.

Todo ello se llevó en el mayor secreto, porque la menor indiscreción signi- ficaba dar un arma al ene- migo, que podía utilizarla o contrarrestarla, pero pasa- da la guerra, se van hacien- do pública muchas inven- ciones y aplicaciones, de las que más fueron utiliza- das y otras no pasan del millar, muchas trascenden- tales y reveladoras del ge- nio latino.

Recojamos algunas:

Para reglar el tiro de arti- llería, es preciso conocer la velocidad y dirección del viento hasta alturas considerables: esta medi- da se hacía con pequeños globos o cometas que al elevarse eran arrastrados por el viento cuya dirección seguían. Pero en tiempo de niebla este método fallaba: un profesor de metereología, dió una solución práctica; un anemómetro, se adosa a un globo cautivo la velocidad de las aspas es proporcional a la del viento y se prepara de manera que en su rotación cierra un contacto eléctrico cada diez metros de viento que pasa; este contacto, repercute en un sistema produc- tor de oscilaciones eléctricas, que corren a tra- vés de un cable que llega al suelo, y acciona sobre un receptor telefónico: es suficiente con- tar los contactos para deducir la velocidad del viento.

Para reconstruir rápidamente los caseríos en las regiones devastadas eliminando las dificultades

del transporte, se toma el material sobre el propio terreno: con prensas poderosas se ha- cen comprimidos de tierra de una gran resis- tencia que se prestan a construcciones muy sa- tisfactorias.

Otro: Los Ejércitos modernos en sus avan- ces, necesitan habilitar resguardos para sus avio- nes: pero la construcción de hangares no es nada fácil ni económico: un ingeniero ha dado una solución para que en las Zonas de guerra dispongan los Ejércitos de hangares desmontables.

El hangar, plegado parece un globo: para utili- zarlo se tiende en el sue- lo, y se le ajusta a una embocadura a la que se enchufa, el tubo de un fuelle o de una bomba: el aire infla la piel del hangar que tiene doble envoltura y en pocos mi- nutos se eleva; y como está sujeto por los bor- des al suelo, con unas es- pigas, toma la forma de un túnel, y ya tenemos el hangar construido: seis hombres lo desplazan fá- cilmente: y se pliega con la misma facilidad que se infla.

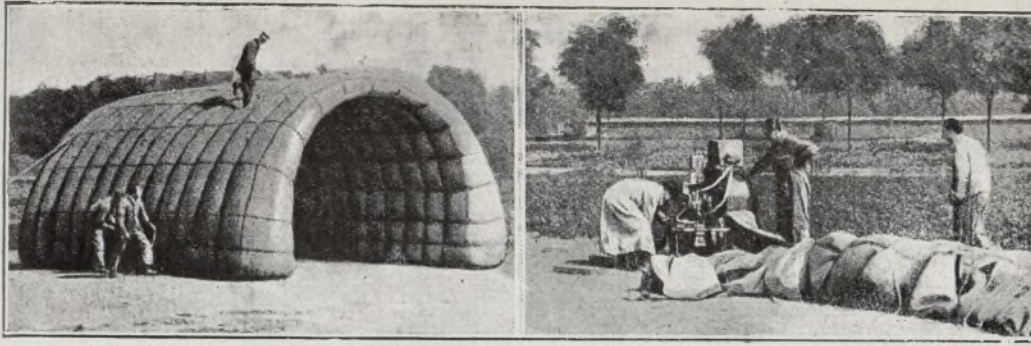


Clarín de aire comprimido que se emplea como aparato de señales.

Aparato de señales. Un problema difícil en la guerra es el de los en- laces en el combate: los hilos del teléfono pueden ser cortados: las señales ópticas no pue- den hacerse siempre; reconocida la necesidad de las señales acústicas, se ensayaron instru- mentos de sonidos intensos hasta fijar un ex- celente tipo de «clarín de aire comprimido». El aparato reducido y de escaso peso se com- pone de dos clarines de notas distintas y una botella de aire comprimido que lleva un solda- do en la mochila: su sonido alcanza varios kiló- metros, y ha sido empleado con éxito en el servicio de aviación.

*
**

Todos estos inventos y aplicaciones, fruto del ingenio individual, unos de verdadera utilidad y otros que por el momento la rindieron muy



Un hangar plegable, inventado en la gran guerra.

eficaz, fueron posibles realizarlos gracias al apoyo oficial.

Seguramente la Dirección de invenciones creada en los momentos de apuros, continuará prestando

en la paz muy buenos servicios, si procede discretamente y no se deja invadir por el aluvión de inventores pintorescos, que creen que llevan en la mollera la felicidad de la humanidad.

Los caballos que mueren en la guerra

He aquí algunas estadísticas curiosas de caballos que han muerto en algunas guerras.

En la de la Independencia hubo muchas escaramuzas, en 15 de las cuales murieron 380 caballos y 360 hombres. En Talavera cayeron 290 caballos y 240 hombres. Las pérdidas de caballos en Fontenoy fueron sorprendentes, pues murieron nada menos que 635 caballos y sólo 311 hombres. En este caso el número de caballos muertos fué doble al de los hombres.

En la famosa carga de Balaclava (Crimea), entraron 660 jinetes y murieron 360 caballos y 280 hombres.

La proporción de bajas en combates diversos son de 150 caballos por cada 100 hombres, entre 1691 y 1799. Desde 1800 a 1865 la proporción fué de 120 caballos por cada 100 hombres, y en Artillería de 133 caballos por cada 100 artilleros. Desde 1860 a 1871 la proporción fué de 140 de los primeros por 100 de los segundos, y en Artillería de 133 por 100. Pero omitiendo la desastrosa retirada de los austriacos de 1866, nos queda una proporción de 112 caballos por cada 100 hombres.

Está probado que pueden soportar la fatiga y el hambre también como los hombres.

Cuando comenzó el sitio de Plewna, los rusos traían todas las provisiones de Sistova, con ayuda

de 66.000 caballos, y al terminarse el sitio se habían perdido nada menos que 22.000, muertos por el exceso de trabajo y falta de comida.

La necesidad de descansar y de alimentarse bien es en el caballo mucho más imperiosa que en el hombre, pues en este último siempre existen causas morales, bien de patriotismo, bien de ansia de gloria, que le hacen soportar los sufrimientos.

La mitad de los caballos que mandó Inglaterra a Crimea, murieron allí por el exceso de trabajo y por inanición, mientras que en batalla sólo perecieron 500.

En ocasiones se ha visto a los pobres animales comerse la cola del compañero y roer las ruedas de las cueñas.

Napoleón llevó consigo a Rusia 60.000 caballos, y a su vuelta, seis meses después, sólo trajo 16.000.

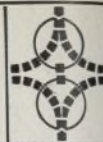
En la guerra de Egipto, de 1882 murieron también más de la mitad de los caballos enviados; pero en el campo de operaciones sólo cayeron 600.

Una de las cosas que más bajas causan en la caballería, es el transporte por mar, pues o bien se estropean los animales, porque se caen con el balanceo del buque, o bien pierden la razón por el miedo que experimentan.



ANDANTE ESPAÑOLERÍA

Por el Teniente Coronel García Pérez



Gutierre Gonzalo de Quirós

Este noble asturiano era vasallo del Rey don Juan I de Castilla; en la batalla de Aljubarrota (14 de Agosto de 1385), ostentaba el Pendón Real; durante la contienda vióse envuelto por los portugueses, que en vano trataban de arrebatárle la insignia; en porfiada lucha llegó a perder ambos brazos; amoroso hasta el sacrificio, asíó el Pendón con los dientes, y con él cayó a tierra acribillado de heridas.

Duarte de Almeida

En la batalla de Toro (1.º de Marzo de 1476), pierde este bravo Alférez el brazo derecho por efecto de una estocada; pasa la Bandera a su mano izquierda; sufre en ésta gravísima herida; ampara entonces la enseña sobre su cuerpo y con los dientes la sujeta por fin, hasta caer muerto por sus adversarios los portugueses.

Francisco Montero de la Vanda

Nació en Villagonzalo, a principios del siglo XVI; era hijo del Alférez Pedro Montero, que tanta nominación alcanzó en la guerra de Granada.

Hallándose en Filipinas con el empleo de Capitán, marcha al Japón al frente de dos compañías; traba rudo y sangriento combate; vencido y prisionero, recibió ejemplar y cristiana muerte bajo los más crueles martirios.

Andrés de Altavilla

En la batalla de Seminara (Italia), cae desmontado el Rey Fernando II de Nápoles; a punto de caer prisionero le ofrece su caballo el soldado Altavilla; y el Monarca se salva, muriendo el heroico súbdito (31 de Abril de 1503).

Hernando de Illescas

En la batalla del Garellano (Italia, 1.º de Octubre de 1504), este Alférez pierde el brazo derecho por efecto de una bala de cañón; sigue, no obstante, sosteniendo la Bandera con el otro brazo; es herido luego en él; y sujetando la enseña patria entre su cuerpo y el ensangrentado brazo, continúa en su lugar hasta que el triunfo besó la moharra de aquella gloriosa Bandera.

Tan memorable proceder fué recompensado con una pensión vitalicia por orden del Gran Capitán.

Juan Volante

Durante el sitio de México (1521), habían colocado los meshicas al extremo de largas picas, las ho-

jas de las espadas españolas cogidas en la *Noche triste*; uno de los heridos con esas picas fué el Alférez Volante, que cayó al lago con la Bandera.

Fingiéndose rendido se deja transportar a una canoa; cuando ésta se había alejado bastante de las demás, arrójase sobre sus adversarios y mata a varios; precipítase rápido al agua, y escapando a nado con la Bandera, consiguió llegar al campo de los suyos.

Juan Soldado

El ejército imperial reforzado convenientemente, se disponía a levantar el campamento de Ledi para ir en auxilio de Pavía; tal hecho se verificaba el 24 de Enero de 1525, con ocasión de la guerra con Francia.

Los alemanes al servicio de España manifestaron que no se moverían sino se les satisfacían sus haberes atrasados; el Marqués de Pescara llamó entonces a sus Capitanes manifestándoles que, careciendo de recursos, no podía contar con otros más que con los de los soldados españoles.

En nombre de Pescara, los Capitanes hablaron patrióticamente al corazón de las tropas, y Juan Soldado, que tampoco estaba al corriente de sus haberes, dijo que, correspondiendo a la confianza de su General, daría gustoso cuanto tenía.

De este modo se reunieron 12.000 escudos para los tudescos.

Francisco de Medina

Al ir en busca de Hernán Cortés, de quien no se tenían noticias cuando su expedición a las Hibueras (1525), cae prisionero de los indios de Jicalango; el suplicio a que lo condenan es tremendo: introducen en su cuerpo numerosas rajadas de ocote, pino muy resinoso, encendiéndolas, entre locos gritos; y el cuerpo del heroico Capitán se convierte en luminaria de gloria esplendente.

Zuavo

Durante el asalto y saqueo de Roma (6 de Mayo de 1527), fué mortalmente herido el Alférez Juan de Avalos; antes de expirar, entregó la Bandera al Capitán Zuavo que peleaba a su lado.

Zuavo, mantuvo la enseña con gran honra y la defendió arduamente hasta que cayó herido; vuelto en sí, al notar que la Bandera se hallaba en poder de los contrarios, acomete a éstos con brío extremado; lucha con un Alférez, y tras porfía sangrienta, consigue arrebatárle su Bandera; y con ella vuelve gozoso a sus filas mostrándola en compensación a la que dolorosamente había perdido.



FIGURAS DEL DÍA

CIERVA - BERENGUER



Cierva, ministro de la Guerra, ha sido en esta viril jornada de Melilla el más adecuado colaborador del General en Jefe; en el panorama político, no encontramos otro hombre tan completo para realizar la labor organizadora en los difíciles momentos porque atravesó la nación española.

Energía de acero, capacidad de trabajo, rapidez en la concepción, valentía en las resoluciones; esas son sus características, y sobre todo, un sano optimismo y una gran fe en las energías nacionales.

Berenguer para moldear el triunfo necesitaba un hombre así; y la casualidad—la casualidad es norma política—le proporcionó el hombre.

Aunque la imprevisión nos sorprendió como siempre, y no pudieron allegarse de momento todos los elementos que entraban en los cálculos del mando, sin embargo, puede afirmarse que esta etapa de reconquista se ha realizado con elementos a que no estamos acostumbrados; hemos asombrado al enemigo maravillándonos al propio tiempo.

Cuando se escriba la historia de esta campaña, se verá que puede servir de modelo; la concepción estratégica del mando, responde a la merecida fama de colonista que disfruta el General Berenguer; ha hecho la guerra como debía hacerse.

La organización sanitaria, perfecta; y el aprovisionamiento, las comunicaciones, la moral del soldado, el espíritu civil, ha tenido un acoplamiento

exacto, matemático. Y esto no podemos atribuirlo a la casualidad. Ha sido obra de dos hombres; la suma de dos valores identificados en el mismo ideal.

Lo más difícil para ambos fue imponerse; si no hubiesen sido hombres de convicciones, de serenidad, de fe en sí mismos, o claudican arrastrados por la vehemencia inconsciente de la masa, o

la masa les arrolla; de las dos maneras, significaba el desastre, ya irremediable, porque se asentaba sobre otro desastre.

Alguna vez el caudillo habrá sentido el empuje de la opinión desalentada, que quería precipitar los acontecimientos; Berenguer miraba el calendario y miraba girar

las manecillas del reloj, inalterable, rítmico; cada hora tiene su afán; y hasta que la hora sonó Berenguer no movió sus fichas.

Y Cierva, acá, resistió impávido también el «paqueo»; el mérito consiste en sacrificarse a tiempo, en sostenerse en ruta; dejarse llevar por la corriente es más cómodo, pero a veces la corriente lleva a un escollo y el arrastrado se estrella.

Terminó ya felizmente la primera etapa de la labor reconstructora; justo es enviar un saludo de admiración y agradecimiento a los caudillos, y eso hace ARMAS Y LETRAS, que es un latido de la opinión militar, que hoy vibra de gozo, como hace cuatro meses vibró de infinito dolor.



DE AVIACIÓN

EL CONFORT EN LAS LÍNEAS DEL AIRE

La industria de la aviación, es sin duda la que ha recibido mayor impulso durante la guerra, tanto por la gran cantidad de aparatos de caza que se construyeron como por las dimensiones que fué necesario dar a los aparatos de bombardeo, a fin de acrecentar su radio de acción y la cantidad de explosivos que debían transportar.

A partir de la fecha del armisticio se empezaron a utilizar esos aparatos con algunas transformaciones, para convertirlos en vehículos comerciales. En vista de los resultados obtenidos, y de la aceptación con que el público recibió los nuevos servicios, se construyeron en varias naciones, sociedades de transportes subvencionadas por sus gobiernos, y se organizaron servicios regulares entre varias poblaciones. París, Londres, Bruselas, tienen servicio diario.

En París se han establecido además cabezas de línea para Lyon, Burdeos, España, Marruecos, Argelia, Checo Eslovaquia y Varsovia. De Londres puede irse en avión a Holanda, Dinamarca y Portugal. Italia también ha dado un gran impulso a estos servicios. Se ha demostrado que el avión es un medio de transporte práctico, que permite por su rapidez recorrer grandes distancias en un tiempo maravillosamente reducido.

Desde París a Londres se vá en hora y media: un hombre de negocios puede decir por teléfono a su corresponsal en Londres: Preparad el contrato que irá a firmarlo dentro de un par de horas.

El accidente de aviación, no será dentro de poco más frecuente que en los trenes.

Los precios del viaje en avión, son en la actualidad algo más caros que por ferrocarril, pero la diferencia no tan excesiva como se cree. Un viaje de ida y vuelta París-Madrid, cuesta mil francos.

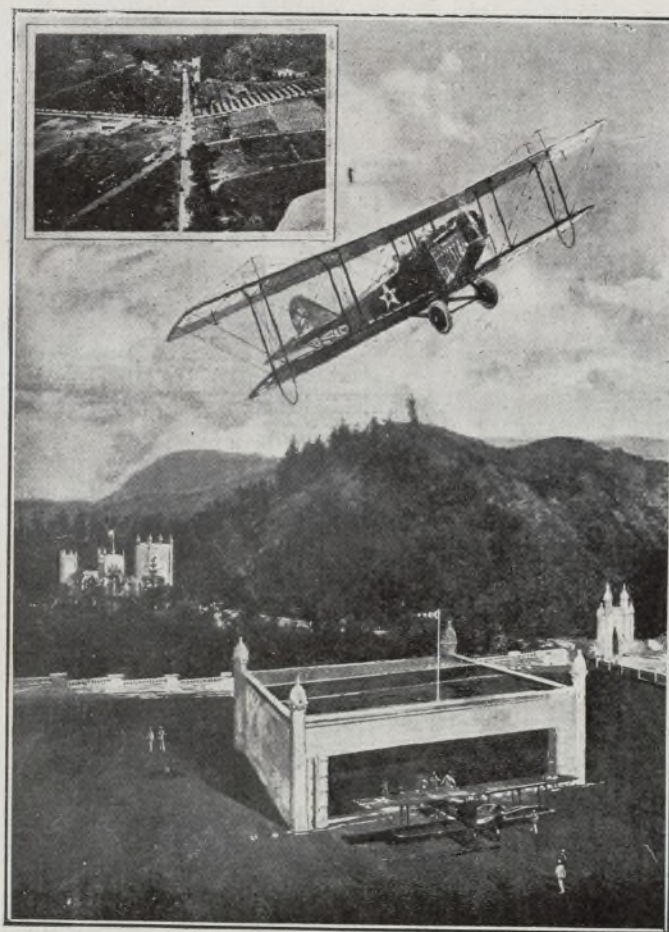
¿Qué es esta cantidad, teniendo en cuenta los intereses formidables que juegan a veces en negocios cuyo éxito depende de una visita oportuna o de una conversación inmediata?

Una sola compañía Londres-París, transportó el mes último 150 pasajeros por semana; este es el promedio de viajeros en las restantes empresas que explotan otras líneas.

El avión está ya completamente industrializado: y será el amo de los trans-

portes rápidos, hasta que los dirigibles se decidan a hacer otro tanto. Las cabinas de aquellos aparatos son tan lujosas y confortables como requieren la calidad de los viajeros.

Dos tipos de aviones predominan: el avión gigante, especie de autobus, que admite quince o veinte pa-



Los americanos se hallan pronto a aceptar todo lo moderno por aventurado que sea, si ello puede tener economía de tiempo o adelanto de trabajo. Véase aquí el aereodromo particular de un millonario yanqui, establecido en una de sus casas de campo, para poder ir y venir con rapidez a la Capital cuando le reclamen los negocios. En el ángulo superior véese una vista de la finca tomada desde el aereoplano.

sajeros; y el ligero, o taxi-aereo, capaz para dos a diez.

La cabina de estos aparatos es de armadura metálica; lleva un número variable de sillones, mesitas de juego, tocador, portaflores y luz eléctrica: ventanas de cristales movibles permiten contemplar el paisaje. La puerta de entrada está en una de las laterales, y al fondo tiene otra que dá paso a una plataforma inmediata al puesto del piloto, a disposición de los pasajeros que quieran tomar el aire.

Los ruidos están tan amortiguados que puede en el curso del viaje dictar la correspondencia a los que necesitan utilizar todos sus minutos. Un sistema de ventilación perfectamente estudiado mantiene una temperatura agradable.

La velocidad de los aparatos es de 170 kilómetros por hora.

Un avión Breguet, tipo XX, llamado *Leviathan*, que aun no está en servicio, podrá transportar 27 pasajeros con 40 kilos de equipaje cada uno, haciendo un trayecto de mil kilómetros (París Madrid) en cinco horas y media. Este modelo representa un progreso importante, en cuanto a la seguridad toda vez que puede ser recompuesta cualquier pieza, estando en marcha. Para resolver este problema, lleva cuatro motores de ocho cilindros que hacen en total 950 HP.

Estos cuatro motores, forman serie y mueven una sola hélice. si un motor sufre un «panne» automáti-

camente se desliga y el avión continua movido por tres motores.

El máximo de distancia franqueable es un vuelo; con un equipo de tres hombres, dos pilotos y un mecánico; 500 kilos de provisiones y 4.700 de esencia, es de treinta y ocho horas; a 170 kilómetros por hora, lo que representa 6.500 kilómetros, es decir, París-Nueva York o París-Congo.

Admiro viendo estos progresos, recordar que en 1912 el aeroplano era aun un juguete científico, destinado a usos militares y rodeado de grandes peligros.

En la actualidad la seguridad es tan grande que entre París y Londres, en tres años no hubo ningún accidente importante: una sola sociedad lleva transportados 80.000 viajeros, y el coeficiente de seguridad, sobrepasa al de la marcha por las calles y al del uso de los ascensores.

El precio de los viajes es caro, en relación con el de los trenes y buques: pero la proporción es menor de la que existe en las urbes, entre el que utiliza un tranvía o un auto.

Pero no tiene precio la contemplación del cielo y del paisaje con sus efectos de una belleza incomparable: efectos que no puede reproducir ninguna pintura ni fotografía: el moverse entre nubes, perezosamente arrellenado en un sillón, fumando un cigarrillo, mientras la tierra, queda allá abajo, con sus pequeñas miserias y pasiones.

EL AMOR EN CAMPAÑA, POR KLAN D'ERAGS



Recordado angel de guardamonte de Madrid



LOS DEPORTES EN EL EJÉRCITO

UN CAMPO MODELO EN LOGROÑO



Reciente está la publicación de un Real Decreto reglamentando la educación física en la Armada: el Ejército, cuenta a su vez con escuela de gimnasia y en la mayor parte de los regimientos, se cultiva, el fútbol, las carreras, la gimnasia sueca, y los juegos de barras. Esto quiere decir, que nos vamos incorporando a este movimiento regenerador de las razas, que en el extranjero adquiere ya proporciones enormes, y que en España ha tomado también carta de naturaleza.

Uno de los inconvenientes con que se tropiezas la falta de recursos: no todas las guarniciones pueden disponer de campos cercanos a los cuarteles, donde el soldado encuentra grato esparcimiento, y se entrena físicamente con una asiduidad, que no puede obtenerse, cuando, los



Caseta de descanso del campo de deportes construido para la guarnición de Logroño.



Campo militar de balompíe en Logroño.

campos de recreos, se hallan a tal distancia de las plazas, que son incompatibles con los horarios militares.

La guarnición de Logroño, cuenta desde hace muy poco con un campo militar de balompíe, de lo más completo y que puede servir de modelo en su clase: seguramente es el mejor, de los que tienen actualmente las guarniciones de la península. Ha sido hecho en terrenos de guerra y con recursos facilitados por los Cuerpos, contando con varias pistas, tribunas, locales para guardar enseres, salas de descanso, y asientos alrededor, sin faltar ningún detalle de los que caracteriza a un campo de primera.

La iniciativa y dirección de esta obra, es del general, gobernador militar de la plaza, que ha puesto toda su voluntad al servicio de idea tan útil, logrando verla coronada por el éxito más completo.

Este ejemplar firmeza para conseguir un noble propósito es alentador y no dudamos que tendrá numerosos imitadores.



Una visita al Rastro

Vamos al Rastro, lector.

En la Puerta del Sol tomamos un *Fuentecilla*: tres minutos después dice el cobrador: ¡Cebada!, y en seguida nos encontramos en la plaza de Salmerón.

¡El Rastro! Aún tiene un buen ver; pero... El Rastro ha tenido su época de brillante esplendor; la gran época en que hizo un racimo de «nuevos ricos» de los laboriosos artífices de la trapería, de los colosos del detrictus, que supieron llevar hacia la cuesta inmensa de la Ribera de Curtidores a la gran riada madrileña de buscadores de gangas.

Entonces estaban en su apogeo las Américas, que evocaban el recuerdo de las auténticas, la de la riqueza, y los indianos....

Pero perdimos las Américas efectivas y nos aplanó el esceptismo, el «aguachinamiento» nacional...

Surgió entonces la iniciativa inconsciente que hace variar el curso de las cosas. Fué elevada en la Cabecera del Rastro la estatua del *Héroe de Cascorro* con el fusil a la espalda y una lata de petróleo bajo el brazo...

Señala Eloy Gonzalo con el gesto, como diciendo: ¡Hay que prender fuego a todo esto! Entonces caímos en la cuenta de que el héroe tenía razón. ¡Era preciso prender fuego a todo aquello!

Empezó el saneamiento, las fumigaciones, el formól... ¡Decididamente, matamos al Rastro!...

El Rastro está a dos dedos de pasar definitivamente al Panteón de las Cosas Muertas.

Pero los muertos mandan; la fuerza de la costumbre aún lleva al Rastro a muchos madrileños; algunas bodas se perpetran girando visitas a las Américas; de eso han nacido, además de muchos chicos, varias industrias raras, como, por ejemplo, la construcción de camas usadas. Es un gran secreto industrial: se fabrican camas usadas para el Rastro, (naturalmente, más caras que las llamadas nuevas), con la rara habilidad de darles vestigios de esplendor pasado, y no les falta un detalle; las hemos visto hasta con sus nidos de chinches, claro es que



artificiales, y sus chinches de pega; eso constituye el gran reclamo y justifica la carestía.

La pareja de novios artesanos se extasía ante esta grandeza pretérita.

¡Las mesas camilla que salen del Rastro! Tienen una patina especial; evocan el recuerdo del hogar y las veladas de invierno... También los cuadros de comedor que se venden en la Ribera son los mejor condimentados; inmensos *bodegones* al óleo, resquebrajados, con sus sandías rojas y sus besugos de ojos saltones...

¿Y las mesillas de noche?... Casi siempre cojas, como deben ser todas las mesillas de noche, para darnos el dulce pretexto de doblar con mucho cuidado un papelito y meterlo a modo de cuña bajo la pata inarmónica...

El puesto de las monturas y de los arreos de caza; los capotes de monte, las polainas, los zajones... Parece que va a salir una liebre de la alcantarilla...

El rincón suntuario de los encajes y manteletas de abalorios, viejas mantillas de madroños, postizos y guardainfantes, regentado por una simpática viejecita muy empolvada, que conserva en las faldas el vuelo del miriñaque y del polisón...

Ante el tenderete de las llaves, timbres eléctricos y piezas de reloj hay siempre dos o tres

señores, que a través de sus lentes buscan algo con mucho interés: son ejemplares cabeza de familia, jubilados cesantes u oficinistas en domingo, que aprovechan la mañanita de sol en buscar la llave que reemplace a la extraviada: el enchufe para la lámpara eléctrica, el tornillo o la



rueda dentada para un reloj que están arreglando a ratos perdidos...

Hay quien viene al Rastro por una llave desde la Guindalera y vuelve a casa tan contento con la *ganga*, que suele salir por una friolera:

Tranvía, 0,30 pesetas.

La llave, 0,45.

Cerveza y bocadillo 0,45.

Cuatro horas (no tienen precio).

Arreglo de la llave, 0,50.

Total, 1,70 pesetas.

Ahora bien; que es una magnífica llave de dos kilos de peso, de esas que ahora no se fabrican, y no una de esas tonterías de aluminio que cuestan cinco reales en las ferreterías.

Todo esto va desapareciendo; ya son contados esos misteriosos vendedores que vimos durante



quince años, sentados como ídolos, ante una arpillera, esperando que alguien le comprase los nueve cristales de reloj, los dos candados y la cuchara de plomo que exponían a la disposición de la clientela.

También son contados los barberos que junto a las tapias de las Américas montan su tienda, y por diez céntimos, cara al sol, y por quince a la sombra, dejan a un ciudadano limpio y morondo; el parroquiano, con su bola de madera en la boca para estirar las arrugas del cutis, y el maestro, tirándose a matar, rodilla en tierra...

La pérdida de las Américas de allá, mató a las de acá: lo dice Cascorro, en la Cabecera, con su lata de petróleo bajo el brazo, amenazador y gallardo.

RAFAEL GIBERT.

HURACÁN

I

Muere el día, el sol se acuesta
tras la cimera del monte
de la serranía enhiesta,
que desdibuja su cresta,
en el lejano horizonte.

La fontana
que desgrana
su cantar,
a lo lejos se columbra
sumergida en la penumbra
de la luz crepuscular.

Silba el viento en la enramada
del jardín, y oír se deja
en la tarde perfumada,
melancólica y pausada
su desesperante queja.

II

La brisa se ha convertido
en viento de tempestad;
escuchose su alarido,

que se perdió, sumergido
en la densa obscuridad.

En su furor arrasó
el milagroso jardín;
la hojarasca que arrancó,
raudamente se perdió
en el lejano confín.

III

Cuajado de bellas flores,
reino en mi pecho la calma;
sueños, ilusión, amores,
con sus brillantes colores
llenaron de luz mi alma.

El huracán de los celos
que arrasó mi corazón,
se llevó en sus raudos vuelos
hasta el confín de los cielos,
mi más querida ilusión.

JUAN VILLAVERDEY.

Toledo, Mayo, 1921.



Curiosidades Entomológicas

LOS GUSANOS DE LUZ

Lámpara nocturna (*lampyrus noctícula*), es su nombre más apropiado, porque de gusano no tiene nada: pero gusano de luz, le llama el vulgo, y así lo hemos de dejar correr, porque en nada resta al mérito de este curioso animalito, que en las calurosas noches de verano, vaga por entre hierbas, llevando un faro en el vientre, faro revelador de una gran sensibilidad; cuando el faro brilla luminoso, es que una gran alegría y bienestar invade al lámpiro: cuando se amortigua el brillo de su luz, está triste, nervioso,... o va de cautelosa cacería en busca del sustento.

El lámpiro o gusano de luz, es más vistoso que la lámpiresa: aquí el bello sexo, es el macho: tiene seis patitas cortas: la epidermis es de color pardo castaño en el conjunto del cuerpo y rosa en el pecho, llevando decorado el borde posterior de cada segmento, con dos pequeñas escarapelas de color rojo bastante vivo: sobre esta lujosa vestidura lleva el manto de sus elitros, como cualquier coleoptero de categoría... ¡y le llaman gusano!

La hembra, conserva siempre la forma larvaria: viste igual que el macho pero no conoce las delicias del vuelo.

Si estos animalitos no sintiesen la necesidad de comer serían los seres más ingenuos e inocentes de la naturaleza: brillar en los jardines, y hacer las delicias infantiles... ¡Pero la pícara comida! Las exigencias del estómago, soberano del mundo ha puesto en cada animal un matiz de la gama de la crueldad: y el gusano de luz no se queda corto.

El Lámpyrus cazador.

El alimento favorito del lámpiro son los caracoles: esos caracolillos tamaño de cereza, que en

verano, en los bordes de los caminos se juntan en racimo, en las cañas de las gramíneas robustas y otros tallos largos y secos, o pacen en rebaños en las orillas de las caceras de riego, en terreno fresco de vegetación varia, lugar de delicia para el molusco.

Estos son los lugares que frecuenta el lámpiro, para ejercer su oficio carnívoros. Cuando ve a su víctima, de ordinario metida en su concha, explora un poco cerca de ella hasta encontrar el punto vulnerable: necesita poco: una ligera hendidura que permite tocar la carnosidad del molusco por donde mete la herramienta que es tan fina, que se necesita el concurso de un lente para apreciarla bien: una especie de microscópica aguja de inyecciones, compuesta de dos ramas encorvadas en forma de garfio, muy aceradas, y finas como la punta de un pelo.

El insecto golpea con su instrumento el manto del molusco en diferentes sitios: golpecitos suaves, que más parecen besos inocentes, que mordiscos: cuando apenas le ha dado media docena de pinchazos con la aguja microscópica se observa que el caracol se insensibiliza: no se observa ningún estremecimiento de las carnes heridas.

Si fué «acariciado» el caracol en marcha, mientras reptaba suavemente con los tentáculos túrgidos y en la plenitud de su extensión, se detiene, pierde sus graciosas curvaturas de cuello de cisne se pone flácidos, y caen postrados bajo su peso.

¿Está realmente muerto el caracol? ¿ha podido matarlo el insecto con los leves toques de su herramienta?

No. El caracol está anestesiado; le han inoculado cierto virus por medio de los garfios acanalados del cazador. La ciencia humana no ha inventado

este arte maravilla de la cirugía moderna. El gusanillo de luz antes de operar sobre su víctima la cloroformiza. ¡Que soberbios hallazgos nos reservaría el porvenir si conociésemos mejor los secretos de los pequeños animalitos!

La cacerola de papilla.

...Y ya no le queda al gusano de luz más que volcar el caracol, y tiene la mesa puesta: siempre vienen a ayudarle otros comensales y todos trepan por la circunstancial cacerola de papilla que la suerte les deparó.

La razón de anestesiar al caracol tiene una fácil explicación: teniendo el insecto armas muy cortas y disponiendo el caracol de grandes habilidades para ocultarse en lo más profundo de su concha ¡a cuántos prolongados ayunos se expondría el lámpiro, si no insensibilizase enseguida al molusco, privándolo de todo movimiento!

De este modo, consume a su víctima con perfecta tranquilidad.

¿De qué modo lo consume? No lo come cortándolo en partículas, y moliéndolo después con el aparato masticador; no come, sino que sorbe: primeramente sazona al manjar con un virus que le fluidifica, convirtiéndose la carne del molusco en papilla que el anfitrión y los convidados chupan hasta hartarse.

Muchas veces en el campo habéis observado unas conchas de las que se escapa un líquido, como lo haría el caldo de un puchero volcado: no hay que dudarle: allí ha vivaqueado una patrulla de lámpiros.

El fanal.

Lo que al lámpiro da renombre es el fanal que enciende y apaga a su capricho y que adquiere un hermoso brillo durante los fuertes calores del verano.

El aparato luminoso, ocupa los tres últimos segmentos del abdomen: en los dos primeros hay de parte a parte en la cara ventral, una ancha faja: en la tercera se reduce mucho la parte luminosa que consiste en dos puntos que se transparentan en el dorso y son visibles lo mismo por encima que por debajo del animal. Fajas y puntas emiten una soberbia luz blanca suavemente azulada.

Este aparato luminoso, está bajo la dependencia del aparato respiratorio; el mecanismo es en suma, el de una lámpara, cuyo brillo está regulado por la llegada de aire a la mecha: las emociones pueden provocar el funcionamiento de la tráquea que está al servicio de la luz.

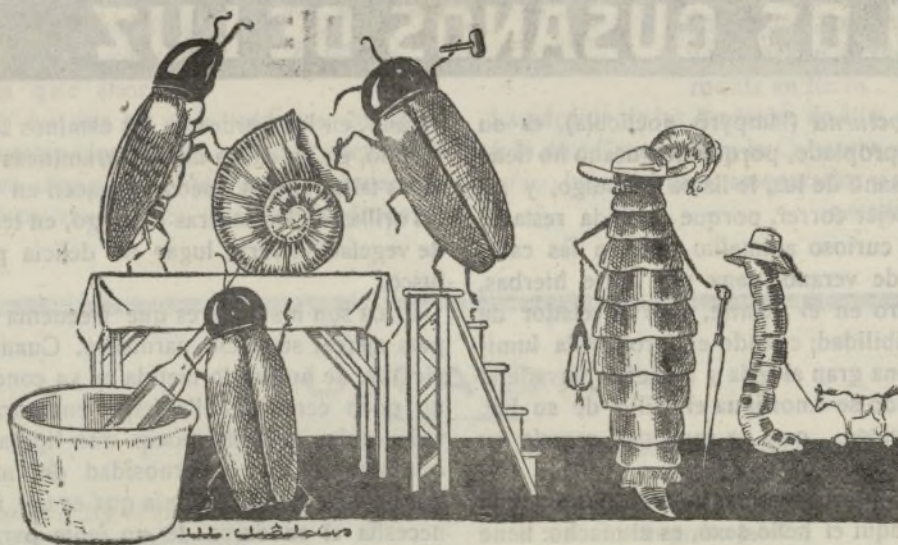
Desde el momento de la postura de la hembra, los huevecillos redondos y blancos son luminosos: las larvas son igualmente luminosas: los machos adultos guardan la lamparilla que poseían siendo larvas,

las hembras adultas son magníficos faros.

Lámparas nupciales.

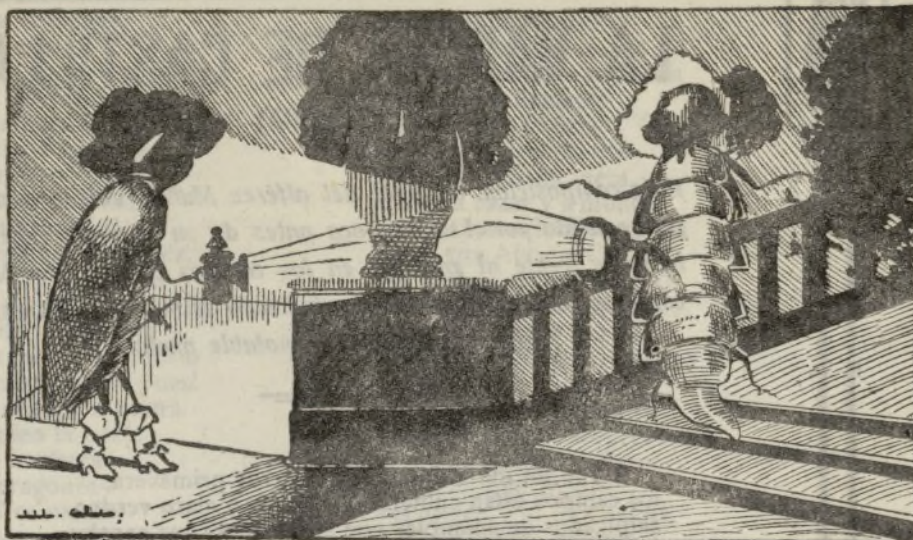
Cuando cierra la noche, las hembras coquetas y maliciosas, suben a los matorrales de tomillo, se encaraman en las cumbres de las mas altas ramas; en aquellas alturas se entregan a ejercicios vehementes, contorsionan la punta del vientre, que es muy flexible, lo vuelven a un lado y otro. De esta manera, el fanal provocador no puede dejar de relucir un momento u otro a la vista del macho, que se encuentra en expedición amorosa, y pasa por aquellas cercanías, ya por el suelo, ya por el aire.

A la astucia de la luciérnaga invitando al apareamiento acude el pretendiente, aunque este muy distante, gracias a su aparato óptico, capaz de percibir de lejos el menor reflejo del fanal provocador: los ojos del macho son relativamente enormes, muy convexos, resguardados por una visera o pantalla cuyo oficio es limitar el campo de visión para



concentrar la mirada en el punto luminoso que debe distinguir.

En el momento del apareamiento, la iluminación se debilita mucho, casi se apaga: tan solo queda en actividad el humilde farolillo del último segmento. La discreta lamparilla basta para la boda, mientras en las cercanías, la multitud de berteruelas nocturnas ocupadas en sus asuntos, susurran el epitalumio universal...



CASOS Y COSAS

Examinando la historia, se ve que Francia es la nación que mejor ha sabido alcanzar un período glorioso inmediatamente después de cada desastre. Así, la guerra de los *Cien Años* fué seguida por los días prósperos de Francisco I; las crueles persecuciones contra los hugonotes, por la época de Luis XIV, en que Francia era la primera nación de Europa, y tras la terrible revolución vinieron los tiempos gloriosos del primer imperio.

En los tiempos modernos Alemania, destrozada por la conflagración casi universal contra ella, está dando pruebas de una vitalidad que hace esperar días prósperos.

El hombre puede vivir entre los 193 grados centígrados sobre cero y los 57 grados bajo cero. La primera temperatura fué resistida en 1829 por Chalbert, que entró en un horno, asó dos filetes en cinco minutos y salió cuando el termómetro marcaba 193 grados. También tenemos el caso del escultor Chantrey y sus obreros, que tenían la costumbre de entrar en un horno calentado a 177 grados, cuando el piso de hierro estaba rojo y abrasaba las suelas de madera de los zapatos que al efecto se ponían, y eso sin llevar ningún traje especial, como Chalbert, ni sujetarse a ninguna preparación.

La mínima de 57 grados bajo cero fué experimentada por el doctor Kane en su segundo viaje al Polo. El éter se había solidificado, y aun el cloroformo mostraba cierta tendencia a congelarse; pero los exploradores no sufrieron ningún accidente grave.

Lúculo, general romano, de familia consular, era extremadamente rico y gastaba muchísimo en la mesa.

Un día que su cocinero le sirvió una comida relativamente modesta:

—¿Qué es esto? exclamó Lúculo, ¿qué significa una mesa tan mal servida?

—Como el señor no me dijo que tuviera nadie a comer... dijo el cocinero.

—¿Qué importa? replicó el amo; cómo yo en mi casa: ¡Lúculo come en casa de Lúculo!

Las opulentas comidas de Lúculo han pasado a la historia.

Luis XV detestaba la lectura; y para lisonjearle dijo uno de sus cortesanos que él tampoco había abierto un libro en su vida. El Rey repitió el dicho, contándoselo al baron de Thiers, quien contestó:—Sire, eso no es verdad, pero es verosímil.

LA VARONA DE CASTILLA

(LEYENDA)

Esta composición, original del alférez Muñoz Valcárcel, nos fué remitida por el autor poco antes de su gloriosa muerte hallada frente al enemigo en los campos de Larache. Nos complaceremos en publicarla, rindiendo tributo a la memoria del heroico oficial y notable poeta.

Es en un día ardoroso de la verde primavera,
los campos están cubiertos de fresco y claro verdor,
salpicados de amapolas que abren al sol sus corolas.
Un gentil día de Mayo, luce en todo su esplendor.
Allá en los llanos de Utienna, do trabaron la batalla
rendidos por tanta lucha y por el ardor del día
descansan los combatientes, cuando la sombra extendía
su manto sobre el ejército que Don Alfonso avasalla.
De igual modo el castellano descansa en la noche obscura,
y sólo aguardan entrambas que vuelva a lucir la aurora
para que con mano ruda, el combate, hora tras hora,
vuelva a empezar, y la lucha, sea más recia y más clara.

.....
En el campo castellano hace la guardia un guerrero
apartado de las tiendas en un bridón caballero,
cubre el rostro la visera, es de gentil apostura
y lleva en vez de cimera, velo sobre la armadura.
De repente en el silencio que en la media noche impera,
se oye el trote de un caballo que se acerca al campamento
se percibe el centinela, y con el oído atento
se oculta entre la espesura, en tanto al jinete espera.
Asoma un rayo de luna entre densos nubarrones
ilumina la armadura de un caballo que avanza,
que quiere entrar en el campo y atravesar los cordones
de centinelas, fiando el paso libre a su lanza.
Mas pronto está el centinela que acercóse al caballero.
y cruzándole el caballo, gritóle con voz vibrante:
—¡Detenga el jinete el paso, y rinda las armas presto!
Sorprendido contestóle con la rabia en el semblante:
—¡Rendíos vos, que yo no, y seguidme prisionero,
que os he de conducir vivo, u os tengo de dejar muerto!
Y con réplica oportuna de la que no admito espera,
al caballero atajó, diciendo desta manera.
—Aragonés, sois altivo. y sois hablador por cierto,
la cuestión decidirán las armas... y defendéos.
Afianzóse en el arnés
ya estas palabras diciendo,
fué contra el aragonés
el castellano guerrero,
y las lanzas al empuje
en mil astillas se hicieron
y ligeros como gamos
echaron mano al acero.

Del centinela la espada
al aragonés alcanza,
y se rompe en su armadura
cuando a su salto se lanza.
Más, es tan tremendo el golpe
que éste reciba y exclama:
—Baja ese acero soldado,
dime tu nombre y tu fama.
Si puedo rendirme a tí
te haré entrega de mi espada...
—Tan doble soy como vos—
le responde el centinela—
Porque es godo mi linaje;
mi sangre es como la vuestra.
¡Dadme vuestra espada, pues!
Y dando de orgullo muestra.
—Mirad a quien la pedís—
dijo alzando la visera
el guerrero aragonés—
Al mirarlo el centinela
quedó turbado y confuso,
e hincando rodilla en tierra;
—Ceñíos, don Alfonso—
dijo, la espada en la diestra—
que la palabra de un rey
es ya suficiente prenda.

.....
Comenzaba a amanecer
y al ruido de la contienda
desde el campo castellano
algunos nobles se acercan.
¡Júzguese cual no sería
del monarca la sorpresa
cuando vió acercarse a dos
guerreros al centinela
y llamándole María
decir que su hermana fuera!
Ser vencido por mujer
para un hombre es gran vergüenza,
y a su desesperación
dejara la rienda suelta
si al rey de Castilla aviso
para evitarlo no llega,
y abrazóse al de Aragón
que al fin su padrastra era
(aunque por aquel entonces
divorciado aún estuviera.)
Pocos momentos después
están en la real tienda
Alfonso el batallador
y aquella que le rindiera.
Entonces el de Castilla
para que se convenciera
de que mujer es aquel
que de paladín ficiera,
ordenó bajase el yelmo
y que el rostro descubriera.
Así hizo y resultó

hermosísima doncella.
Y así los dos soberanos
de aquellos labios supieran
María Pérez llamarse
y desde niña viviera
en un gran castillo que
de los Villamaña fuera,
donde a cazar y a montar
con grande celo aprendiera
y que con Alvar y Gómez
sus hermanos, estuviera
hasta que fueron partidos
llamados para la guerra
y a partir con sus hermanos
a estar sola prefiriera.
Oída que fué esta historia
que a los dos les sorprendiera
el rey de Aragón quitóse
un anillo que trajera
sus armas, y al de Castilla
a María le hizo entrega
diciendo: Tomad sus barras
que de hoy en más traieras
vos y vuestros descendientes
porque ellas ganado habéis las
pues en mi habéis derribado
las armas aragonesas.
Y como en vuestros pechos
hacéis más varón que hembra
desde hoy seréis «varonas»
de tu linaje las hembras.

.....
Y cuenta la tradición
(pues en la Historia no fuera
María sino de tantas
heroínas que ciñeron
coraza en aquella época
y buena espada blandieran
en tiempos de Reconquista
que nunca bastardos mezcla),
que Varona de Castilla
doña María Pérez, fuera.

—
Y también dice la historia
que allí donde falleciera
en el Monasterio de Oña,
en lápida se leyerá:
«En este sitio yaciera
la muy ilustre capitana
María P. Villamaña,
conquistadora en la guerra
de reinos y de provincias.
Y por su valor ficiéronla
con el timbre de varón
que femenil adquiriera.»

RAFAEL MUÑOZ VALCÁRCCEL

UNA REVISTA DE NAPOLEÓN

El Coronel de Gonneville teniente del ejército napoleónico el año 1807 trata en sus «Recuerdos Militares» de los detalles de una revista del Emperador a sus tropas.

El teniente de Gonneville no había visto nunca a Napoleón, aunque en su derredor este nombre sonaba sin cesar.

Las revistas del Emperador no eran vanas paradas, coronadas con distribuciones de cintajos y charreteras. Napoleón, como hombre de guerra, no tenía parecido, y el más insignificante detalle érale tan familiar como las grandes operaciones estratégicas.

Conocía la historia de cada cuerpo, su situación y su espíritu particular, prestaba al personal una atención minuciosa, llamando por sus nombres y apellidos casi a todos los oficiales y a muchos de los soldados veteranos.

Si estaba satisfecho distribuía recompensas con graciosa sonrisa y halagüeñas palabras; pero si, por el contrario, en la revista descubría defectos y negligencias, se animaba, levantaba la voz, aplastando con una mirada a los culpables.

El día de la revista, Gonneville, a caballo, delante de su pelotón, sentía que el corazón le latía debajo de la coraza.

De repente aparecieron en el horizonte unos jinetes con brillantes uniformes, precipitándose al galope hacia donde estaban los coraceros.

Al frente de aquellos se destacaba un hombre guiando con maravillosa habilidad un hermoso caballo árabe. Aquel hombre de figura marcial, iba cubierto con una túnica bordada en oro; en la cabeza una toca de terciopelo encarnado, sostenida por unas plumas de avestruz; un calzón blanco apretado por unas botas de montar, y al lado izquierdo un sable antiguo suspendido de unos cordones de seda, a la manera de los guerreros de Oriente; el puño del sable estaba cuajado de piedras preciosas.

El caballo, casi oculto bajo una piel de tigre, dejaba oír alegres relinchos, y sus ojos encarnados, velados por la flotante crin, lanzaban rayos.

Gonneville, con la mirada fija consideraba aquel cuadro y creía ver al Emperador. Detrás de él, unos coraceros pronunciaron en voz baja el nombre de Murat.

En su calidad de comandante general de la reserva de caballería, el gran duque de Berg iba a presentar a Napoleón la división de coraceros. Pasó al galope delante del frente, volviendo luego al paso a colocarse en su sitio.

Algunos momentos después, nuevos jinetes aparecieron frente a la línea de batalla.

Iba el grupo precedido de un hombre solo, con la cabeza inclinada hacia el pecho, agobiado el cuerpo y en actitud poco marcial.

Un sombrero tricornio con gasa negra, deforma y casi usado, cubría su cabeza. Un capote gris, abierto sobre el pecho, dejaba entrever unas charreteras de coronel, el uniforme verde de los caza-

dores de la Guardia y la placa de la Legión de Honor.

Unas botas de montar aprisionaban sus piernas, cubiertas con una piel de gamo.

Aquel uniforme, de una sencillez severa, contrastaba de modo singular con el brillante esplendor que le rodeaba.

Delante del Emperador cancoleaban los mamelucos en sus caballos de Egipto, cubiertos de oro; luego venían los ayudantes; a unos cien pasos seguía el escuadrón de servicio, y los jinetes, casi todos condecorados de la Legión de Honor, levantaban arrogantes la cabeza al pasar por delante de las tropas. Soldados veteranos de las Pirámides y de Marengo, conocían todos los campos de batalla, adivinando al menor gesto los pensamientos de Bonaparte.

Luego que éste apareció, las trompetas hicieron el aire con sus sonidos, las bandas de música se dejaron oír y las tropas guardaron un silencio religioso; y era tan grande la inmovilidad, que nadie se atrevía a volver la cabeza.

El Emperador pasó por delante del frente de los regimientos, marchando lentamente y juzgando del conjunto. Ordenó enseguida formar en columna por divisiones y echó el pie a tierra.

Los coraceros se colocaron delante de sus caballos, teniéndolos de la brida. Los regimientos eran de cuatro escuadrones, formando ocho compañías.

Los oficiales se colocaron en línea, a la derecha de sus respectivas compañías, por orden de grados y de antigüedad.

Al pasar por delante de los regimientos, Napoleón hacía algunas preguntas a los coroneles, y ¡desgraciado el que no respondiese con exactitud o se turbase!

Aquellos oficiales, que todos los días desafiaban a los cañones enemigos, temblaban delante del Emperador, perdiendo hasta la memoria y sintiendo que se les apagaba la voz y se les paralizaban los labios.

Cuando llegó a la compañía de que Gonneville era teniente, Bonaparte se pasó delante de éste, le envolvió con una mirada y preguntó al coronel porqué la montura del caballo de aquel oficial no estaba conforme a reglamento.

El coronel respondió que el teniente acababa de volver de cautividad y no tenía todavía...

¡Cómo—gritó Napoleón con voz animada por la cólera—si vuestra división no ha visto al enemigo!

No admitía que un soldado pudiera caer prisionero.

El coronel explicó al Emperador cómo había sido hecho prisionero el joven teniente: Napoleón escuchó, su mirada se endulzó, y antes de alejarse saludó a Gonneville con benevolencia.

El desfile se hizo a los gritos de ¡Viva el Emperador! contrario los reglamentos y costumbres respetadas hasta entonces: el soplo cortesano comenzaba a pasar por los campamentos.

EL CONDE DE KENTY

LA ODISEA DE UNA MADRE

Entre el inmenso desconcierto de la tragedia se destaca la dolorosa figura de esta madre como un agua fuerte de severos contornos.

De ella se ocupó la prensa diaria: refirió detalles de su calvario, puso de relieve el temple de su alma. Del conjunto de angustias sangrantes, de los desgarrones torturadores de las madres españolas, es caso que bien pudiera elegirse como símbolo representativo de refinamiento en el dolor.

De su hijo el teniente *D. Agustín Martínez Luque*, dijo «El Ejército Español»: «En las filas de la Policía Indígena se batió siempre, distinguiéndose por su bizarría, querido de sus soldados, estimado de sus jefes».

Cuando la iniciación de la catástrofe con el golpetazo de Anual, desde una posición inmediata a ésta, recibida la orden de retirada, pudo llegar con unos cuantos soldados hasta Melilla. Su propio espíritu, su voluntad de soldado, le decidieron a incorporarse a

Monte Arruit. Sufrió el asedio. Vino la capitulación y con ella la horrible matanza... Los moros—algunos especuladores del martirio ajeno—llevaron a la madre diversas versiones.

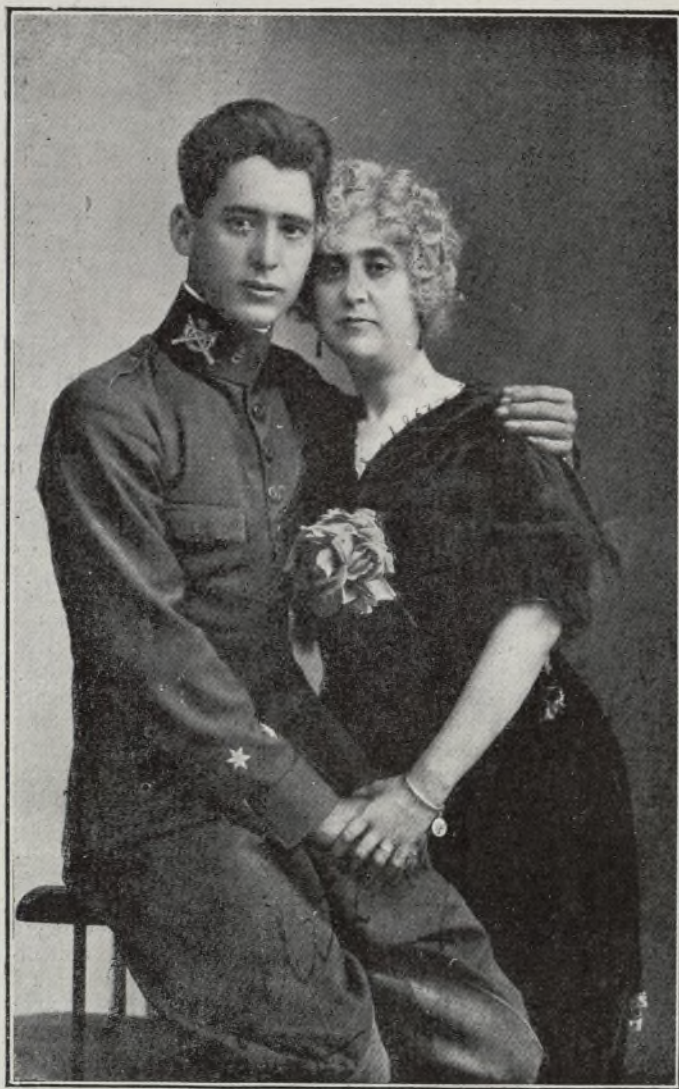
Luego aparecieron unos cuantos nombres de oficiales prisioneros. En ellos no figuraba

el de su hijo... Y aquí empieza lo más emocionante, lo que llena el alma de tristeza. Es una peregrinación de amargura inmensa, de dolor infinito...

No hay indígena que llegue a la Plaza, ni prisionero evadido, ni oficial ni soldado que regrese del campo a quien no pregunte, suplique, lllore y rece...

Se descubren los cuadros horribles de Zeluán y Monte Arruit. Y sus desvelos, sus averiguaciones, adquieren tonos de intensa emoción... Sin que nadie la pueda contener, se vá a las posiciones reconquistadas; mira los cadáveres uno por uno. La mayoría están destrozados, con terribles mutilaciones, descompuestos. ¡No importa!... A los que el tiempo y el salvajismo desfiguró les examina la boca buscando los dientes del ser querido, que ella conoce bien. ¡Nada!... ¡Pobre madre! Es la Dolorosa errante, que busca incansable que busca siempre. Vive su drama de tristezas y esperanzas entre espasmos de dolor y vibraciones de nervios.

Y allá, en lo más íntimo de su espíritu, en lo más delicado de su amor de madre, una plegaria de fé adormece a ratos, la incertidumbre del trágico interrogante...



El heroico teniente de Infantería, D. Agustín Martínez Luque, desaparecido en Monte Arruit, y su madre, Doña Concepción Luque, peregrina por los campos de la tragedia, en busca del hijo adorado...
...Símbolo del cruento drama de las madres españolas que viven días de incertidumbre, entre espasmos de dolor y plegarias de fé que adormecen a ratos el martirio del trágico interrogante...

EN LA ACADEMIA DE INFANTERÍA

ENTREGA DE REALES DESPACHOS

Las necesidades de la campaña de Melilla, y el gran número de bajas acaecidas de los sucesos de Julio, aumentó de modo tan considerable la escasez de subalternos del Ejército, que fué preciso abreviar los cursos en las Academias militares.

Para presidir el acto de la jura de banderas y entrega de los Reales despachos a los nuevos alféreces de Infantería fué a Toledo el ministro de la Guerra, acompañado del jefe de la Sección de Infantería, general Feijóo, y del jefe de la Sección de Reclutamiento e Instrucción, Sr. Morales Setién.

Asistieron también los gobernadores militar y civil, el alcalde, el obispo auxiliar y los generales Vázquez de Castro, Merino, Riera y Tournie, y Comisiones civiles, militares y eclesiásticas.

En la meseta central de la escalera, se había levantado un artístico altar donde se celebró la misa; el batallón de alumnos formaba en el patio del Alcázar, vistiendo traje de gala, y un distinguido público en el que predominaban las señoras, ocupaba las galerías. Terminada la misa se verificó el solemne acto de la jura.

A continuación el capitán ayudante, señor Vinar-dell, leyó la Real orden de nombramiento de los nuevos alféreces, quienes recogieron los despachos Reales de manos del Sr. La Cierva que pronunció después un patriótico discurso.

Dijo, que traía el encargo del Rey de que se le asociara al acto, y en nombre suyo expresó la con-



El Sr. Cierva dirigiendo la palabra a los nuevos oficiales.

fianza que abriga en que todos los nuevos oficiales cumplan los altos deberes que les impone la profesión militar, inspirándose en las enseñanzas que han recibido en la Academia, para acrecentar así las glorias de la Infantería.

«Este acto—continuó—encierra demasiada solemnidad para ser ensalzado por mi pobre elocuencia; pero basta con que la honda poesía que encierra la sienta toda España. Por lo menos, yo estoy seguro de que todos la comprenden. El día de la jura es inolvidable; es el día en que el hombre libre celebra sus desposorios con la patria, y la promete realizar toda clase de esfuerzos para que sus anhelos se vean cumplidos. La patria no es sólo lo presente, sino lo que fué y lo que será; no es sólo el pedazo de tierra donde nacimos y en el que se nos inspiraron los principios religiosos, sino

que es una acumulación de valores morales que forman nuestro espíritu y nos hace concebir toda clase de ideales.

He de advertir a los nuevos oficiales que la patria exige, más que el sacrificio de la vida, el que representa un trabajo asiduo por su engrandecimiento».

Hizo referencia el ministro a las enseñanzas que contiene el desastre de Marruecos, donde se tiene ya descontado el triunfo de nuestras armas. Dice que en la historia colonial de todas las naciones se han registrado parecidos contratiempos, pero ninguno con esas características de traición y crueldad de los moros para con nosotros. Afirma que han de aclararse las causas del desastre, para que la patria imponga la debida sanción.



El ministro de la Guerra revistando a los alumnos de la Academia de Infantería.

Ayuntamiento de Madrid

La vida de los prisioneros de Axdir

De Axdir, de la prisión de nuestros compañeros cautivos de Abd-el-Krim hemos recibido con los dibujos que publicamos debidos al lápiz del Teniente del Regimiento de Ceriñola, D. Luis Casado Escudero, una carta en la que el oficial firmante nos envía datos según dice, para construir un artículo sobre la vida del cautivo en Alhucemas. No hemos querido construir este artículo. Publicamos la carta tal como vino. Creemos que ningún amaño de redacción podría ofrecer el interés que tienen estas páginas. Tal como se hallan escritas, dan, mejor que ningún arreglo literario, idea perfecta de cual es la vida de los prisioneros cuya liberación llena de ansiedad a toda España.

La casa que sirve de prisión en Axdir a los soldados españoles se encuentra orientada al E.: se compone de dos habitaciones de planta baja de unas dimensiones aproximadas de 6,50 metros de longitud, por 2 metros de ancho y 2 metros de altas. No tienen ventana alguna y comunican cada una por una puerta a un pasillo cubierto que a modo de galería hay delante de ellas: el piso de ambas es húmedo (de tierra apisonada) y desigual.

El pasillo tiene unos 10 m. y 1,50 m. de ancho y sirve también de alojamiento por la noche a varios oficiales y en los rincones que forma a los lados se alojan en el de la izquierda el Sr. General Navarro y dos oficiales en el de la derecha.

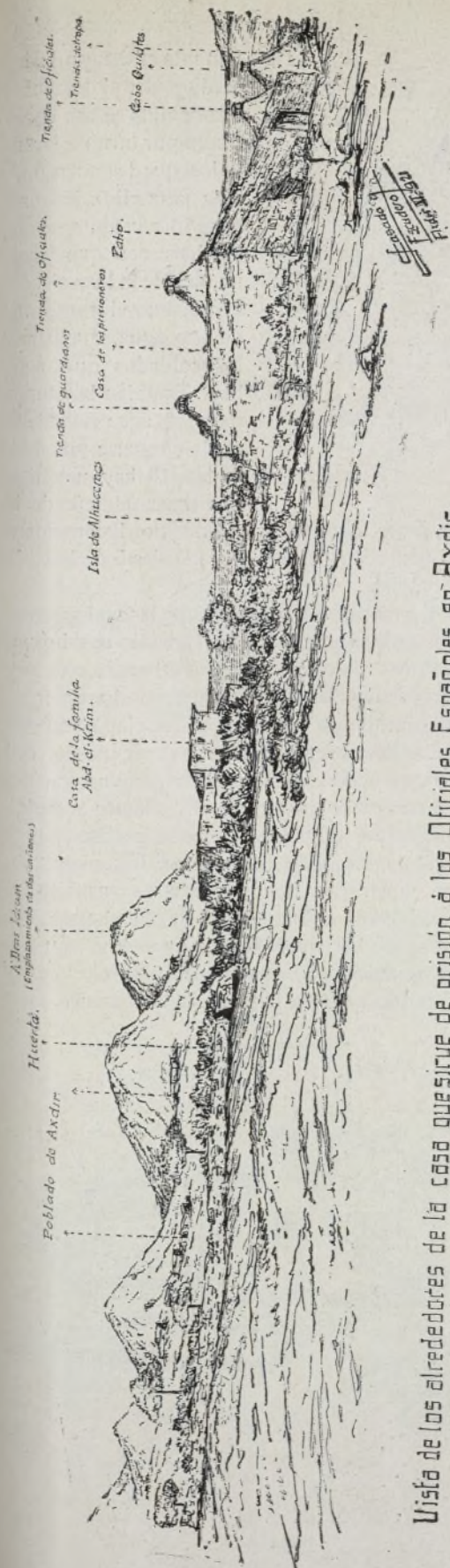
A ambos costados y sin comunicación alguna con el pasillo, están a la izquierda la cocina y a la derecha una chabola.

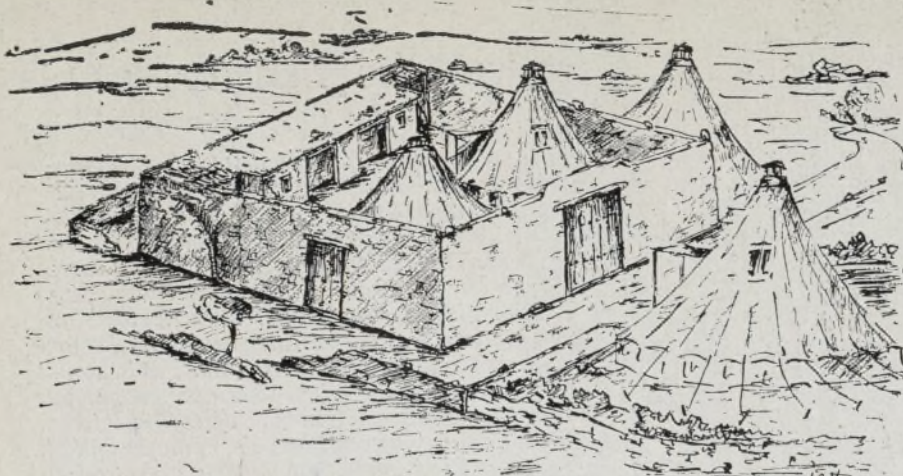
Delante de todo esto está el patio cuyas dimensiones aproximadas son las señaladas en el plano: en él hay dos tiendas de campaña cónicas, alojamientos de oficiales. El terreno es desigual y húmedo.

Comida. — Abd-el-Krim proporciona solamente huevos y patatas cuya cantidad aproximada es de 40 a 45 huevos diarios y 5 a 7 k. de patatas. Como esto es irrisorio para atender a la manutención de 63 personas, más los moros de la guardia (que también nos exigen comida) pedimos a la Isla de Alhucemas comestibles los cuales nos envían, aun cuando sean desvalijados por el camino quedándose los moros con lo que más les agrada.

Pero como algunos días hay temporal y no pueden enviarnos nada de la isla la comida es escasísima y sin pan, pues se han negado a dárnoslo. Para evitar aglomeraciones se han formado varias repúblicas. Una la de los jefes, cada una de las tiendas otra y así varias que con lo que envían de la plaza

Usta de los alrededores de la casa que sirve de prisión a los Oficiales Españoles en Axdir.





La casa a vista de pájaro.

y algo que se compra aquí, hay algún extraordinarios (éstos escasísimo).

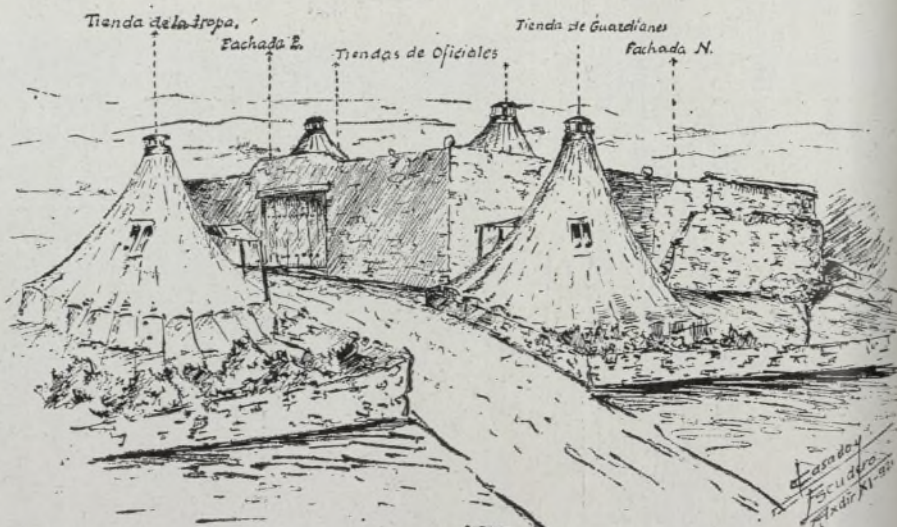
Agua.—Un niño moro con un borriquillo moro es el encargado de suministrarnos de agua: el día que más trae son tres viajes de dos cubas cada viaje de cabida cada una 20 litros; de modo que trae un total de 120 litros muy escasos por las pérdidas que tiene en el transporte: pues bien de cada viaje se quedan los moros con un gran cubo, para sus necesidades (que son grandes): de modo que del resto hay que suministrar agua a la cocina quedando medio litro por individuo: también han negociado con este artículo los días que traían un viaje o que el primero venía a las 11 y media de la mañana, por lo cual no podíamos hacer el café para desayuno: pidiendo por una botella de tres cuartos de litro, bien un bote de leche, latas de sardinas, azúcar, 0,50 pesetas etc. etc. Además es de condiciones potables malísimas pues más que agua parece barro.

Vida.—Se madruga en el campamento y a las 7 y media de la mañana nadie hay en la cama: cada uno se dedica a recoger su cama (compuesta de una colchoneta de paja, un cabezal, dos sábanas y una manta) y a las 9 o 10 (según haya o no llegado el agua) se desayuna un modesto café con pan. A la 1 y media o 2 de la tarde es la comida.

Durante el tiempo intermedio entre el desayuno y la comida se van dedicando por turno a lavarse los que les toca (hay cola para ello): hay que hacerlo con agua salada del barranco que hay a un lado de la casa siendo difícilísimo el transporte de este agua, que hacen los soldados que aquí hay. También hay turno para el agua potable la cual se reparte por lista. A las 10 hay una lista que pasa el jefe de la

guardia mora. No nos da tratamiento llamándonos sencillamente por el apellido. A las 5 de la tarde hay nueva lista.

A la 1 y media o 2 es la comida la cual generalmente se compone de patatas cocidas con huevos y café. Otros días sopa cocida (garbanzos con tocino) y otros tortillas francesas. En todo este mes hemos comido una vez carne y en el pasado tres veces. Por las tardes hay dos horas de paseo en el camino que delante de la casa hay, en un espacio de 20 metros y se colocan 7 u 8 vigilantes armados, frecuentemente quitan el paseo con disculpas de que vienen moros de la montaña los cuales nos quieren matar por haber tenido en sus familias bajas en la guerra. Otras veces lo quitan como castigo como en los casos de fuga de alguno. Cuando esto ha ocurrido no nos han entregado ni el correo ni han traído nada de la plaza de Alhucemas, así es



Fachadas N. y E. de la casa-prisión.

que por temporadas muy frecuentes estamos completamente aislados. El correo tanto de aquí para España y al contrario es requisado y tardan en entregarlo. Para salir a necesidades fisiológicas se hace de uno en uno acompañado de un moro armado hasta los dientes (se da el caso de ir con fusil, guma y una pistola). De noche no se puede salir de las tiendas y a las 10 de la noche hay que estar en la cama.

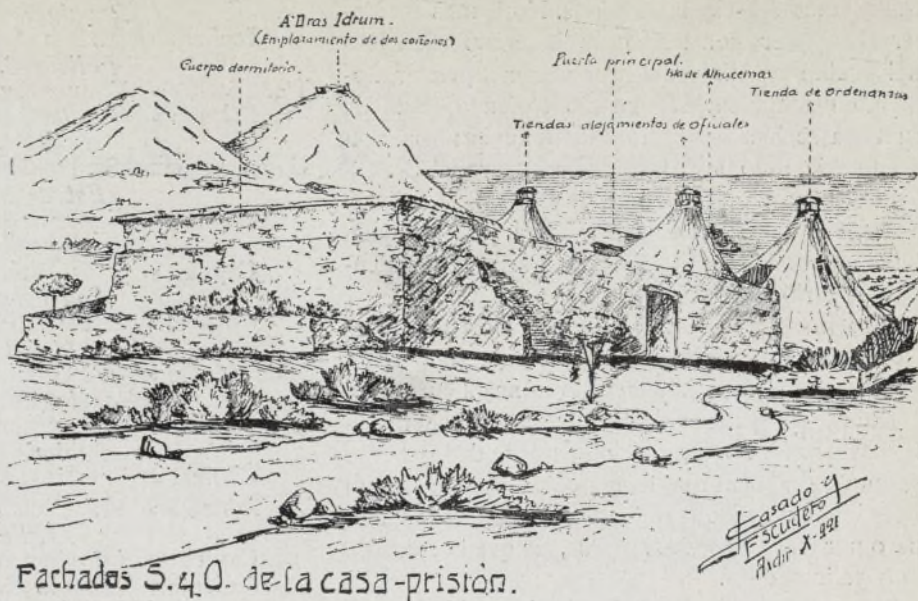
Además sufrimos las frecuentes rapifias de los guardianes dándose el caso de que varios oficiales al levantarse por la mañana se ven sin las botas o sin los leguis, sin toallas, etc. etc. Para que suban los encargos desde la playa ya exigen se le abone el mulo y así resulta que cobran de nosotros y de la plaza de Alhucemas. A las 9 de la noche es la cena con *menús* tan variados como sopa con un huevo (casi la totalidad de las noches) o nuevamente patatas con huevos o judías. A las 10 de la noche todos están en la cama.

Estado sanitario.—Regular apesar de los esfuerzos sobrehumanos del médico Sr. Serrano (prisionero) pues la casa de condiciones antigénicas,

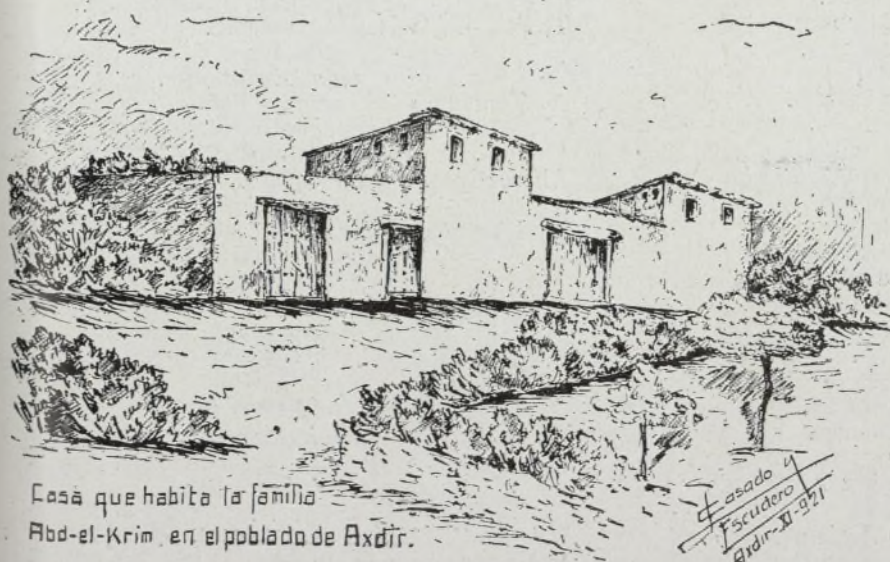
unido a lo insaludable del país hace que haya frecuentes casos de paludismo (todos atacados) hubo también varios casos de infección intestinal y uno de tifus con defunción (capitán Hernández); además como han empezado el frío y humedades hay catarros fortísimos, además los medicamentos cuando nos los envían desde Alhucemas son arrebatados por los moros los cuales padecen todos fuerte paludismo. La familia Abd-el-Krim todos son palúdicos y hacen gran uso de ellos.

Comunicaciones.—Sólo tenemos correo de ocho en ocho días (algunas veces se retrasa el barco) y otras nos detienen el correo estos señores por cualquier futilidad; sobre todo si se les ha dado un palo

entonces nos tienen seis días sin entregarlo. No harían nada de más con ponernos barco dos veces por lo menos a la semana pues hay que suponer que ahora en el invierno ha de haber temporales y a lo mejor estaremos quince días sin correo de España: varias veces vienen los cañoneros o torpederos a Alhucemas y la Comandancia general al ordenar que trajese el correo lo que nos reportaría un grandísimo beneficio pues no recibiríamos con tanto re-



Fachadas S.4.0. de la casa-prisión.



Casa que habita la familia Abd-el-Krim, en el poblado de Añdir.

traso como sereciben las cartas. No hemos de dejar sin hacer constar el noble comportamiento del pueblo de Alhucemas que desde el primer momento nos ha enviado cuanto tenían y hasta de su ropa se han desposeído para enviárnosla. Son dignos de todo agradecimiento el coronel Sr. Civantos, los capitanes Comas, de Ceriñola; Aguilar y Soler, de Policía; tenientes Arandiga y Mateos y en fin todos los del pueblo que han rivalizado en atendernos cariñosamente.

Con frecuencia vienen a vernos moros del interior pues constituimos un espectáculo para ellos; muchos de ellos no habían visto nunca a europeos.

Ahora esta gente se dedica a hacer trincheras en la playa y montes vecinos habiéndose dado el caso de que los cañones que tenían concentrados en Sidi Dris los han traído aquí así como las municiones pero por mar en carabos moros, sin que la escuadra lo haya impedido.

A los soldados de Annual se les ha tenido temporadas de 6 y 7 días sin comestibles y estas gentes ni pan les dan, habiendo tenido que recurrir a vender sus ropas y mantas por cuatro cuartos para poder comprar pan.

Además les utilizan en hacer carreteras y caminos especialmente una carretera desde Annual a Beni Urriaguel atravesando la cordillera de Tensaman que se ve en la panorámica.

Relación de los prisioneros en Axdir:

De Dar Queb'dani

Regimiento 59.

- Coronel D. Silverio Araujo.
- Tte. Coronel » Manuel López Gómez.
- Comandante » Rafael Sanz Gracia (*evadido*).
- Capitán » Antonio de la Rocha.
- » » Juan de Ozaeta.
- » » Macario Báscones.
- Teniente » Manuel Larazaga.
- » » José Arjona.
- » » Humberto Padura.
- » » Luis Ayuso.
- Tte. Médico » Fernando Serrano.

Regimiento Mixto Artillería.

- Capitán » Victorio Alvarez.
- Teniente » Joaquín Bellón.

Intendencia.

- Teniente » Ricardo Martín.

De Igueriben

Ceriñola 42.

- Teniente » Luis Casado.

Dar Miziam (Beni Said).

Regimiento 59.

- Capitán » Narciso Sánchez.
- Teniente » Juan Garaigorta.
- » » José González Arizmendi.

Zeluán

Regimiento Alcántara.

- Teniente » Julián Troncoso.

Regulares Melilla.

- Teniente » Enrique Dalías.
- Policía (6.^a Mia.)*
- Tte. (E. R.) » Manuel Civantos.
- Paisano » Fernando Pajarero.
- Monte Arruit**
- General Excmo. Sr. D. Felipe Navarro.
- Estado Mayor.*
- Capitán » Sigifredo Sáinz.
- Ingenieros.*
- Capitán » Jesús Aguirre.
- San Fernando.*
- Tte. Coronel » Eduardo Pérez Ortiz.
- Alcántara.*
- Comandante » José Gómez.
- Policía (Caballería.)*
- Comandante » Jesús Villar.
- Regimiento 68.*
- Capitán » Francisco Hernández (*fallecido*).
- Teniente » Francisco Arévalo.
- Artillería.*
- Capitán » Alfredo Coneo.
- Teniente » Antonio Enrile.
- Policía Infantería (10.^a mia.)*
- Alferez (E. R.) » Esteban Gilaberte.
- Dar Buimeyan**
- Ceriñola 42.*
- Capitán » Ricardo Sánchez Canduche.
- » José del Rey.
- Policía 15.^a Mia Infantería.*
- Capitán » Luis Sarto.
- Teniente » Martín Elviro.
- Policía Art.^a 12.^a Mia.*
- Teniente » José Villegas.
- Tte. Médico » José Vázquez (*evadido*).
- Imarufen**
- Regimiento 59.*
- Tte. (E. R.) » Manuel Ibarrondo.
- Tiguirit**
- Regimiento 11.*
- Teniente » José Camacho.
- Tte. (E. R.) » Baltasar Gómez.
- Wad Aisa**
- Comandancia Artillería.*
- Tte. (E. R.) » Emilio Sánchez.
- Mehayast**
- Brigada Disciplinaria.*
- Teniente » Francisco Núñez.
- Aerodromo Zeluán**
- Alcántara.*
- Alferez Cpto. » Juan Maroto.
- Aviación.*
- Tte. Infantería » Manuel Martínez Vivancos.
- Bu-es-Sa**
- Melilla 59.*
- Teniente » Julio Nieto.
- Isseh-lassem**
- 14.^a Mia.*
- Tte. Infantería » Angel Rucoba.
- Monte Arruit**
- Regimiento 11.*
- Teniente » Manuel Sánchez Ocaña.
- Regimiento 68.*
- Teniente » José Gracia.
- Paisano Cantinero Antonio Molina.
- Intérprete Antonio Rueda.

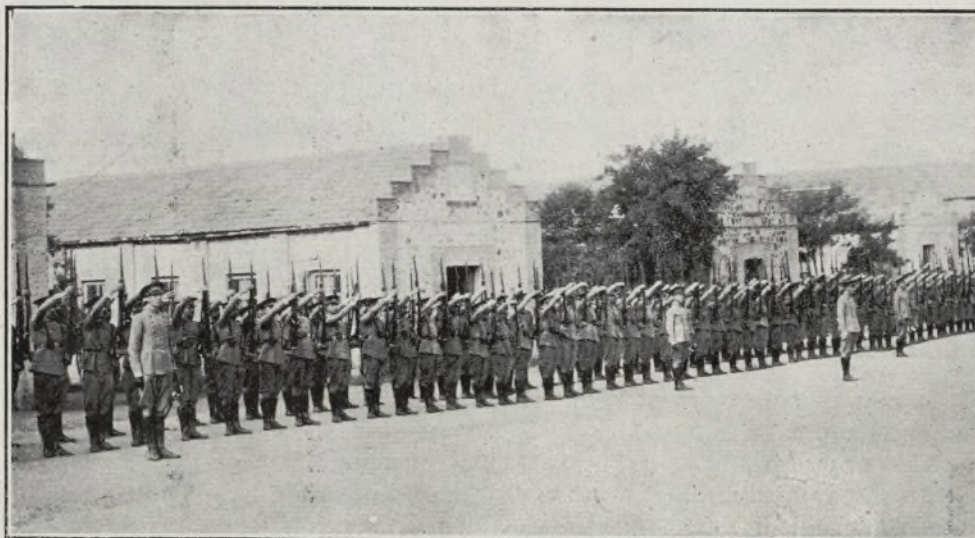
CON LOS CADETES DE INFANTERÍA EN EL CAMPAMENTO DE LOS ALIJARES

A cinco kilómetros de la imperial ciudad, entre pelados riscos y áridos altozanos, se alza una extensa planicie festoneada de tomillo, brezos y mejorana; amplia meseta, desde la que se vislumbran en las lejanías brumosas escarpados pedregosos, que vigilan el curso del caudaloso Tajo, accidentados peñascales, verdinegros acantilados y, esfumándose sobre la ciclópea cadena de nevados picos que cierra el horizonte, los góticos capiteles y las torres muzárabes, con sus cúpulas y agujas que hacen famosa la antigua corte visigoda.

En esa enhiesta meseta, conocida por el nombre

dancia, botas fuertes y resistentes, cuellos, pañuelos y cuanto les falta para completar su indispensable equipo; no olvidando un par de novelitas interesantes que hagan más llevaderas las escasas horas de nostalgia.

Los enamorados se despiden en la reja de la dueña de sus pensamientos, prometiéndola constante devoción y asegurándola y jurándola que aquellos ojos, que tanto se recrearon viendo los de ella, se cerrarán, al paso de las rudas aldeanas, en los pueblos del tránsito. Ella solloza con estudiado mimo, y promete trisagios y novenas para que su adora-



Una compañía de alumnos haciendo instrucción de orden cerrado.

de los *Alijares*, se realizan anualmente las prácticas de la Academia de Infantería, y antaño se realizaron las de la inolvidable Academia General.

El día anterior al de la salida, trillan los cadetes la calle del Comercio visitando establecimientos, en los que se proveen de cuanto juzgan indispensable para el lapso de tiempo que los deberes profesionales les obligan a ausentarse de Toledo.

Mientras unos grupos—porque es de advertir que se unen en fraternal agrupación los que han de dormir unos días bajo la misma lona—muestran su predilección por golosinas y entremeses, otros compran primas y bordones, y no olvidan el libro de las cuarenta hojas para entretener sus ocios con un módico julepe.

Individualmente se proveen de calcetines en abun-

dancia, botas fuertes y resistentes, cuellos, pañuelos y cuanto les falta para completar su indispensable equipo; no olvidando un par de novelitas interesantes que hagan más llevaderas las escasas horas de nostalgia.

Los alumnos externos reciben instrucciones de sus familias respectivas.

Fíjate bien—dice una mamá—; te pongo estas chinelas para que las uses dentro de la tienda; este camison grade para dormir.

¡Pero si dormiremos vestidos!, y además, ¿dónde voy a llevar todo eso?

—Lo que no quepa en tu mochila, ruégale a un amigo cariñoso que te lo lleve.

—¡Ay, mamá; sonríase usted de los amigos cariñosos!

—¡Yo qué me he de sonreír por tan poca cosa!

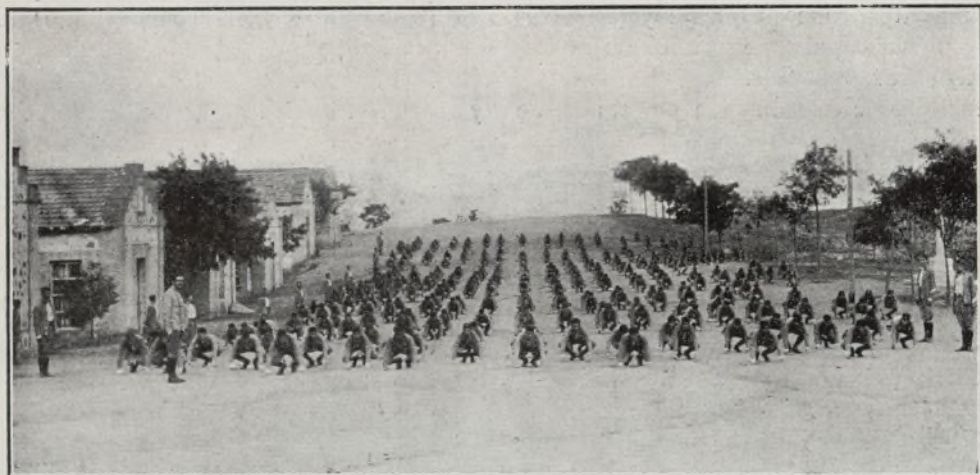
—Si es que no se encuentran amigos tan cariñosos que joroben su espalda con las prendas de otro.

En dicha víspera se hacen en la compañía los líos que previene siempre la orden del mismo día. Cada alumno envuelve en una manta la almohada; prendas que no puede llevar en la mochila; libros de estudio, con los que se entremezclan picarescas novelas de un verde subido o dramas folletinescos de escenas espeluznantes.

Muchos, en vez de una manta ponen dos, cosiéndolas previamente, para que no sea notada la superchería, precaviéndose de este modo contra los

la mañana pasan por Zocodover alumnos externos equipados para las hipotéticas luchas, en las que han de triunfar la juventud y el entusiasmo. El día es espléndido; la primavera luce sus doradas galas y ni una nube empaña el azul purísimo de la celeste bóveda.

En las compañías-dormitorios del vetusto alcázar la alegría se desborda en cánticos regionales, en chistes y chillidos; almohadas y prendas diversas surcan los aires en caprichosas trayectorias; unos ajustan a sus piernas las polainas, entonando placenteros los valientes compases de la jota; otros, en



El batallón de alumnos haciendo ejercicios gimnásticos.

nocturnos relentes y contra las heladas brisas matutinas de la rosada aurora.

Amarran los líos con cuerdas y pegan sobre cada uno papel con el número y nombre de su propietario, y los entregan a un cabo de la sección de ordenanzas, para que, en carros, sean transportados al campamento.

Aquella noche feliz no hay estudio; el teniente *Veneno* marcará un descanso en su infatigable tarea de *empalmes* progresivos, o de arrestos en espiral, como les denomina él con sarcástica sonrisa.

¡Adiós, Toledo! ¡Adiós, ciudad imperial! Por unos días te vas a ver libre de los traviesos nietezuelos de Marte, mientras ellos gozan de las delicias de la vida campestre, de una vida activa y laboriosa, parodia encantadora de soñadas campañas y feliz remedo de anheladas epopeyas.

—¡Lo que es en un mes se chinch a *Kuroki* y le pone *roscas* a la estrella polar!

—¿A que este mes no me saca de pesca *Que-rubini*?

—¡¡Viva la huelga!!

El día de la marcha, desde las primeras horas de

mangas de camisa, cepillan la polaca mascullando *couplets*, se interrogan de extremo a extremo de la sala, dedican a la novia de uno recuerdo cariñoso y burlesco, imitan a *protos* y tenientes, parodian tipos célebres, declaman, rien, gozan, enroquecen gritando y el cuartelero, perfectamente equipado, con la mochila a las espaldas, traduce en vibrante voz los agudos sonos de la vocinglera corneta:

—¡¡Compañía escuadra!!

—¡¡A formar!!—gritan los *galonistas*, y en un momento cesa la algarabía enloquecedora y sólo se deja oír una voz que recita nombres y apellidos y una diversa variedad de sonidos que contestan el clásico «¡Presente!»

—Con tu permiso—dice un *apostol* a un *galonista*—voy a despedirme de mi papelera.

Se acerca al mueble y finge abrazarle, sellando con un sonoro ósculo, salpicado de imitado llanto, la graciosa escena.

Momentos después, formado el batallón en el amplio patio del alcázar, recibe con armas presentadas la hermosa enseña de la Patria: música, cornetas y tambores saludan con sus trinos armonio-

sos al emblema glorioso de la unidad nacional, y ufano y altanero luce su aplicación el portador de la venerada insignia, número uno de la promoción de tercer año.

Desfilan los cadetes por las empinadas cuestas de la ciudad, y en balcones y ventanas admiran su gallardía y saludan su marcialidad lindas cabecitas que buscan en las alineadas hileras al dueño de sus suspiros, o al hermano querido que marcha a ensayar sus aptitudes guerreras.

En las calles se apiña la multitud, no obstante lo intempestivo de la hora; las mamás hacen en alta voz las recomendaciones que les sugiere su incomparable cariño. Para ellas, su hijo es el más airoso en la marcha; su figura resalta entre aquella juventud floreciente.

—¡Ahí va! ¡Ahí va! ¡Eh!! ¡Alfredo: cuídate mucho, no hagas excesos! ¡Adiós, hasta el domingo!

Las muchachas, con sus vistosos trajes primaverales, reparten sonrisas y coloreándose de encendido rubor sus mejillas, agitan los perfumados pañuelos despidiendo a conocidos y amigos.

Música, alegría, luz, sol, colores: es la juventud que se va, la dicha que pasa, dejando estelas de entusiasmo y ensueños de felicidad.

Las notas juguetonas del pasodoble se atenúan suavemente, lentamente, reforzándose a ratos con los caprichos del eco, y el agudo son del cornetín de órdenes impone silencio a banda y música, marcando, en vez del acompasado paso del marcial desfile, el colegial ritmo de la columna de viaje.

Se abren las filas con rapidez, y dos hileras marchan por los andenes del camino, dando los últimos adioses a cuantos les despiden desde los balconillos del Miradero.

Serpentea la columna con vibraciones de reptil, atraviesa el puente de Alcántara y sigue por curvas y contracurvas el paseo de la estación del ferrocarril.

—Me faltan sesenta y ocho días para hacerte la definitiva señal de despedida—clama un *galonista* en alta voz.

—¿Cuántos has dicho?

—Sesenta y ocho.

—Si ya te había oído—dice el preguntón.

—Van ciento treinta y seis—contesta otro.

Sigue la marcha uniforme de la columna bajo el túnel de remaje que doselan los frondosos álamos de la carretera, y las francas risotadas de la alegre juventud se confunden con los píaes ensordecedores de los pájaros que saludan la primavera desde las copas de los corpulentos árboles.

Antaño, para las prácticas de campaña, se subdividía la Academia en dos batallones de infantería,

una o dos secciones de caballería (lanceros y cazadores), una sección de artillería de montaña, otra de montada y una de ingenieros. Llevaba cada agrupación el material característico de su especial misión, y eran de admirar las arrogantes posturas de los jefes de pieza, la alarmante inseguridad de los improvisados artilleros, que botaban y rebotaban sobre los férreos asientos de los armones, y la maestría jineta de los cadetes del arma, como ellos se llamaban, de los nobles hijos de Santiago.

En los Alijares ensayan los alumnos el transporte, armazón y abatimiento de las blancas casas de lona. Con juvenil algarabía trasladan palos, vientos, lonas, mazos, piquetes, picos y palas, y trabajando con febril entusiasmo, ahondan el circular surco que festoneó la hierba silvestre. Cavan cantando, y dicen a un camarada que pasa con el pico al hombro:

—Se alquila este hotel en construcción; te advierto que es barato.

—¿Cómo le vais a titular?

—Villa Herodes.

Siguen el cántico y las rudas faenas, y en toda la planicie se escuchan los golpes del mazo sobre los piquetes, y diálogos chispeantes.

—¡Duro que es tarde! ¡Dale con vigor!

—¡Lástima que no fuese este piquete la cabeza de *Manitas!*

—Pero ¿no habíamos quedado en que no tenía cabeza?

—¿Qué estás haciendo ahí?—pregunta otro.

—Abriendo un surco.

—¿Para echarle en él?

—Quitá, eso lo dejo para el mes que viene.

—¿Qué viento es ese que templas?

—Debe ser Nordeste,

—¿De quién?

—De éste, que está *alagartado*.

—Cuando concluyas de templarle tócame algo, porque lo manejas como cuerda de guitarra.

—¡Sí que te voy a tocar! ¡Las narices!

—Uso pañuelo.

—Oye: ¿esa cuerda es bordón o prima?

—Debe ser bordón, por lo que me cuesta templanla: a las primas las templo yo con más facilidad.

—¡Siempre se exagera!

Concluidas las faenas, una succulenta paella repone fuerzas, prestando nuevo vigor a los alegres jóvenes.

Con las armadas tiendas semeja el Campamento una bandada de palomas que reposa en el otero.

AURELIO MATILLA



HERIDA INEXPLICABLE

(SUCEDIDO)



Las llanuras de Legdara, Arkeman e Iberkan, en cuanto alcanzaba la vista, eran pasto de las llamas. Muley-Ali-Cherif, de temerosa recordación por las espantosas horas transcurridas ante las perspectiva de una muerte por sed; Maxen-Bu-Ibrahin, que sufrió en las propiedades morunas la ira de nuestros soldados; Cherauit, sobre la vertiente occidental de la cordillera Quebdánica, toda, toda la extensión de los llanos en la zona más oriental del territorio melillense, había sentido el peso de las armas españolas y el General Aguilera, llevando un dispositivo de marcha en que la solidez del conjunto armonizaba perfectamente con la facilidad de maniobra, recibía por doquier el homenaje de los jefes indígenas que humildemente se inclinaban para besar en los cascos al caballo del ilustre General.

En los primeros días del mes de Septiembre de 1909, después de una fatigosa jornada, cubiertos totalmente, hombres, ganado y material, con espesa capa de amarillento polvo, agotadas las energías físicas por el peso del equipo bajo la acción del aniquilador sol africano, llegaba la brigada Aguilera a una especie de tierra de promisión situada al pie mismo de elevados montes cuyas cimas avizoran el Muluya. El suelo cortado por verdes barrancos y salpicado con la blanca mancha de numerosas enjalbegadas casas moras, ofrecía a la vista grato espectáculo, reparador de los tormentos de la visión en un ambiente de duros colores, del tono de polvoriento monotonía característico en la zona atravesada.

Allí mismo, en el simpático rincón de Cherauit, iba a tomar la columna el descanso tan bien ganado en muchos días de rudo pelear y largas marchas. Mas, como una objección al general deseo, como un pequeño inconveniente al suspirado reposo, se alzaba, imponente y majestuoso, dominando al pintoresco valle, la elevada cima de la «Peineta»,

cuya posesión era de capital importante para los fines expresados. El dominio de aquella altura se presentaba a todas las mentes, con una enorme interrogación que en breve dispuso la decisión del jefe enviando la compañía de vanguardia a ocupar la casa que, como albo puesto, se apercibía próximo a la cumbre. De como se realizó la operación y de cuales fueron las dificultades que encontró la unidad designada, no haremos mención alguna. Señalaremos únicamente el hecho de que, contra lo que con verdadero fundamento temía el Capitán, el objetivo se alcanzó felizmente y la tropa, al llegar

la caserío, fué cordialmente recibida por el dueño, caud importante de la zona. Apercibidos los soldados, se condujeron con el mayor respeto para la propiedad y hogar musulmán, rasgo a que respondió el agareno enviando sus propias mujeres a un manantial próximo en busca de agua para los cristianos.

Como era natural se procedió a establecer *ipso facto* el servicio de seguridad y antes de que el último centinela hubiera sido colocado, llegó a la nueva posición un joven y ya renombrado Coronel portador de la orden de poner la casa en

tal estado de defensa que pudiera prescindir de toda ayuda exterior y añadió a esto la noticia de que allí permanecería la fuerza destacada durante tres días.

Antes de dar comienzo a las obras, el capitán seguido de los oficiales, reconoció detenidamente el recinto exterior, protegido por las tapias de un corral y del huerto, así como las avenidas y lugares próximos a la posición. Respetando los reparos que todo moro siente ante la idea de que el interior de su hogar sea profanado por ojos extranjeros, solicitó únicamente que se le permitiera reconocer las azoteas y tejados, susceptibles a primera vista de sostener puestos de observación y defensa, y por empinada escala, llevando siempre consigo a los



tres comandantes de sección, se encaramó nuestro Capitán para señalar a los subordinados el cometido de cada uno. Y así se hizo; cada cual tuvo pronto noticia de los trabajos que había de emprender, sector de defensa que le correspondía, turnos de vigilancia y demás menudencias del servicio para la pequeña temporada de veraneo en perspectiva.

Iban ya los oficiales a retirarse, cuando uno de ellos, el Teniente X, atraída su mirada al interior de la casa por algún objeto digno de curiosidad, puso un pie en el vacío y fué a dar con sus huesos a un patio interior en que resignada y filosóficamente, sujeto con un fuerte roncal a pesada argolla, comía la mísera ración un menudo borriquillo moruno. Quiso la Providencia que nuestro distraído oficial cayera precisamente montado sobre el tranquilo animal que dobló el espínazo bajo el inesperado cargamento venido de las nubes. A las voces de todos acudió el moro con sus familiares y sirvientes que levantaron al caído poniéndolo en manos de sus alarmados compañeros. Razón había para la alarma, pues una ancha brecha en la cabeza, con intensa hemorragia que desfiguraba las facciones del Teniente X, acusaba claramente el precio a que había pagado su bien disculpable curiosidad.

A pesar de las reiteradas protestas del herido, se cumplió inmediatamente la orden del Capitán para que el Teniente X fuera trasladado al campamento

general, con la promesa solemne de que no había de intentar el regreso a la posición en lo que restaba de día. En poco estuvo que dejara incumplida la palabra dada al Capitán, pues éste recibió, uno tras otro, varios recados del oficial participándole que deseaba hablarle con urgencia y cuando al fin se convenció de la imposibilidad de lograr sus deseos, se decidió a estampar sus pensamientos y zozobras en unas líneas que poco más, poco menos, decían así: «Desde el momento en que salí de la posición me acomete la idea de que mi cabeza no rige bien. Tengo la certidumbre de que, lo primero que *coloqué* en el suelo fueron los pies, apoyando el cuerpo sobre el borrico que Dios me deparó para no deshacerme. Si esto es así, mi Capitán, ¿será V. tan bueno que me diga por qué razón estoy herido en la cabeza? Si no me lo explica V. volveré ahí, reconoceré de nuevo el sitio y haré todo lo preciso para convencerme de que no estoy loco».

La contestación no se hizo esperar. «Repose tranquilo esta noche, todo ocurrió de un modo lógico; tras de V. se desprendió una gruesa piedra que siguió la misma trayectoria descrita por su cabeza». De este modo pudo conseguirse que el oficial, hoy brillante Jefe de Estado Mayor, permaneciera en la ambulancia el tiempo necesario para su curación.

JUAN MATEO

EL HÉROE

Con el pecho desnudo atravesado
por el golpe feroz de una gúmia,
crispado en el horror de su agonía,
yace sin vida el cuerpo de un soldado.

Roto el fusil en dos, tiene a su lado,
como afirmando la tenaz porfía
con que supo luchar con valentía
a un sacrosanto amor sacrificado.

Ungiendo con su luz el cuerpo yerto
besa la Luna al soldadito muerto,
mientras se eleva majestuosamente...
Y surge la visión evocadora
de una novia lejana y soñadora
que siempre en vano esperará el ausente.

JUANITA ZAMORA

EL MEDALLÓN DEL MUERTO

Por el General Bermudez de Castro.

Cuando el toque de silencio, esa nota prolongada y triste, semejante a un quejido, resonaba en los campamentos, el bullicio, el cantar de los soldados, el eco de las charangas, el rasgueo de alguna que otra guitarra, callaban a un tiempo; las luces, que bajo la transparente lona de las tiendas daba a éstas el aspecto de faroles gigantes, apagábanse al conjuro de la corneta: toda aquella población recogíase en sus casas de tela, y sólo vigilantes quedaban las tropas de servicio de trinchera, acurrucadas junto al parapeto, apretado el fusil, fijos los ojos en las tinieblas de delante y atentos los oídos al silencio elocuente de la guerra, turbado a veces por el salvaje alarido de los moros.

la juventud encantadores atractivos, y mucho más si esa juventud cubre sus cuerpos con los arreos militares, siquiera éstos tengan y conserven una población parasitaria, cuyo recuerdo me produce todavía terror y picazón. ¡Triste cosa que la gloria del guerrero vaya unida a otras mortificaciones que no son una gloria precisamente!

Vigilante y satisfecho andaba yo con los preparativos de la marcha, cuando un empecatado ciclista me trajo la orden de que me personara inmediatamente en la tienda del general de la brigada; el general Alfáu estaba ya descansando, pero me esperaban su jefe de Estado Mayor y sus ayudantes para darme la mala nueva. Cazadores de Madrid, desig-



Pero aquella noche del 26 de Septiembre de 1909, el toque de silencio no lo hizo en mi campo: habíamos recibido órdenes de prepararnos para salir antes de amanecer, y los capitanes disponían sus compañías, revisaban las municiones, empaquetaban los víveres, dando, en fin, sus disposiciones últimas para que todo estuviese corriente y sin tropiezo. Mi gente, animadísima con la perspectiva de tomar a Zeluán, que nos figurábamos muy lejos de ser la alcazaba inmunda, sino alguna morisca población, cantaba alegre y animosa. La invasión de Benisicar, los combates victoriosos de Tauret, Taxdirt e Hidum, en que habíamos tomado parte, elevando la moral de la tropa, la daban alientos y empuje para preferir la vida de emociones peligrosas a la inactiva e inaguantable del campamento; lo inesperado, lo desconocido, la aventura, tiene para

nado para quedarse guarneciendo el campo, había reclamado el honor de asistir a la operación, toda vez que no tomase parte en la invasión a Benisicar; Las Navas o Arapiles habíamos de sortear quién de ambos batallones se quedaba. Me incomodé mucho, protesté, quise ver al General; todo fué en vano: la orden era terminante, a rajatabla. El capitán Franjul, de Estado Mayor, echó sobre un cajón de municiones dos bolitas de papel; el ayudante de Arapiles y el mío cogieron cada uno una, desliaron el papelito..., y la suerte, como siempre, no me fué propicia.

Entonces me desaté en reclamaciones y protestas. ¿Con qué cara iba yo a decir a mis cazadores que nos quedábamos mientras los demás iban a batirse? «Bueno: ustedes se van; pero yo les prometo que mañana mismo, en cuanto me quede solo, me meto

por el Barranco del Lobo, y las Navas subirá al Gurugú».

El capitán Calderón, ayudante de Alfáu, me dijo con cierto aire de «chunga»:

—Celebraremos que nos dé usted ese día de gloria: nuestros muertos están pidiendo una mano piadosa que los recoja.

—Pues se recojerán, amigo Calderón—y salí echando pestes nada literarias.

En el campamento reuní a todos mis oficiales y les puse al corriente de nuestra desgracia; me escucharon con aire consternado. «Pero—añadí—yo os ofrezco una hermosa compensación: mañana se cumplen dos meses que nuestros compañeros yacen insepultos y escarnecidos en el Barranco del Lobo; nadie se ha atrevido a penetrar en ese fatídico terreno: yo se a lo que me expongo ejecutando sin orden superior una operación que puede ser arriesgada, pero no me importa, con tal de compensarnos del disgusto, de no ir a Zeluán con el resto de la división de Cazadores; ¡quién sabe si nuestro batallón logrará más gloria en esta empresa nuestra; y ahora a dormir, y hasta mañana».

Me eché en el fementido lecho de campaña, y pensé despacio en mi proyecto: quería realizar con un par de compañías lo que no pudieron llevar a cabo seis batallones. A mi favor había la probabilidad de que el enemigo, flanqueando la marcha de la división de Cazadores, dejase desamparadas las vertientes del Barranco, la famosa loma de Ait-Aisa, azote de los convoyes. Si encontraba enemigo numeroso, el desastre era seguro y mi responsabilidad tremenda. Decidí entrar yo solo en el Barranco, antes que la tropa se acercara; de ese modo no me jugaba más que la vida, y la vida no es cosa que preocupe tanto como la responsabilidad; en último extremo, mi intención era buena, y así lo estimarían mis superiores, y hasta quizá me la premiaran. Forjé mi plan de avance y me dormí con ese sueño peculiar mío, que tiene la fortuna de necesitar un terremoto para interrumpirse unos momentos.

Al salir el Sol, la división de Cazadores había desaparecido; todo lo largo de trinchera frente al enorme campamento se hallaba guardado por centinelas y puestos de mi Batallón: estaba solo al fin. En las altas cumbres del Gurugú se divisaba el humo de algunas hogeras, cortando el azul purísimo de un cielo sin nubes; a la izquierda, el mar, herido oblicuamente por los rayos del Sol, parecía un espejo de oro; las tiendas, transparentes de luz, se antojaban iluminadas por dentro; Melilla la vieja, encaramada en un peñasco, blanco como un castillo

de nieve, tenía llamaradas de incendio en sus cristales; la bandera de mi campo, inmóvil en su mástil, sin que un soplo de brisa la agitara, parecía bordada de gotas de rocío como diamantes, brillando al Sol de la mañana.

Acercóseme el ayudante: «Adelantad el rancho, y a las diez en punto dos compañías dispuestas a salir con todas las camillas; las otras dos y toda la fuerza que haya quedado de los demás batallones, a la trinchera, y preparadas y atentas a lo que ocurra: suceda lo que suceda, no abandonarán su puesto; los caballos, a las diez. Almorzaremos a las nueve, cuando la tropa».

Mi ayudante, el capitán Carrasco, era un andaluz de una comprensión rapidísima; no necesitaba detalles para las órdenes: el pensamiento en dos palabras, y él suplía cuanto se omitiese por entendido.

A las diez en punto estaban las compañías en el frente de banderas, todas las camillas y algunas acémilas con palas; me dirigí a la tropa, y les dije lo que íbamos a hacer; era una honra para el batallón recoger aquellos camaradas muertos; si había que batirse lo haríamos como en Hidum, como en Taxdirt, bravamente y con gloria; para algo llevábamos en el cuello la cornetilla del batallón; por algo tenía nuestra bandera la corbata de San Fernando; por algo nuestro escudo llevaba un lema: LAS NAVAS NO VUELVE LA ESPALDA JAMÁS.

Con esto y un par de vivas a España, que fueron contestados con otro al teniente coronel, nos pusimos en marcha, todos con una emocioncilla que debía pintarse en nuestros semblantes. Ellos, los soldados, por que el Barranco del Lobo era la tumba del batallón, donde habían caído sus jefes, sus compañeros; donde habían estado mirando dos meses seguidos, sin apartar el recuerdo del desastre. Yo, porque me argüía un poco la conciencia meter en riegos la vida de mis cazadores por rescatar despojos inertes.

No menor ansiedad era la de los hombres que desde el trincherón nos veían marchar, teniendo, como tenían, orden de no moverse de su puesto, sucediese lo que sucediese, porque no era cosa de desamparar aquel acceso a la plaza de Melilla.

Ya apartados un tanto del campamento, me volví a los que me acompañaban: eran éstos mi ayudante Carrasco, el abanderado Fernández Quintero y el médico Carballo.

«—Quédense ustedes con la tropa—les dije—; yo voy a adelantarme para reconocer el terreno, porque si hay tiros no quiero exponer a nadie en un asunto que es de mi exclusiva iniciativa».

Y arranqué al galope, dejando muy atrás las dos

compañías, que marchaban ya en orden preparatorio de combate.

Pero mis acompañantes me siguieron a poca distancia. Detuve el caballo. Se pararon ellos.

«—Les mando a ustedes terminantemente que se incorporen a las compañías.»

No se movieron.

«—Les ordeno a ustedes que no me sigan.»

«—Nosotros no le dejamos a usted.»

«—Yo no me voy aunque me fusilen»—respondieron el ayudante y el abanderado.

«—El derecho al suicidio es uno de los derechos individuales»—añadió el médico, un madrileño de ideas avanzadísimas y enemigo constante del padre capellán, lo que no era obstáculo a que cura y médico no pudieran vivir separados y se quisieran entrañablemente.

A lo lejos divisé un soldado que corría hacia nosotros. Era mi asistente, que tampoco se resignaba a dejarme.

Aquella especie de insubordinación me aguló los ojos. ¡Es tan dulce sentirse rodeado por algo más que el respeto reglamentario!

«—Sea lo que Dios quiera»—dije en voz alta; y de una galopada nos metimos en el Barranco.

Es un enorme embudo, amplísimo en la boca. Más qué barranco, un valle profundo cuajado de taranqueras de piedra para contener las tierras de siembra, amenazadas por los aluviones y las lluvias. Ruinas de casas moras se divisan en la falda de las dos estribaciones; laberintos de chumberas cruzan el terreno, abrupto, salvaje, tonalizado por el rojo de la tierra y la negrura de los peñascos; frente a la entrada, y como fortaleza escondida en un estribo del monte, una casa blanca, intacta, parecía mirarnos con el solo ojo de una puerta negra. De allí esperaba yo la primera descarga. Avanzamos los cuatro jinetes revólver en mano, registrando el laberinto de chumberas y dispuestos a no caer vivos en poder de los moros. Un hedor espantoso nos dificultaba la respiración. Un silencio de muerte hacía más hueco, más retumbante el chocar de las herraduras, de los caballos contra las piedras.

De pronto, un ruido como el del viento, al pasar un bosque, y el plantarse en firme nuestras montu-



ras, nos fijó la atención; millares de cuervos alzaronse del suelo ante nosotros, y sin otro rumor que el de sus alas, huyeron en bandada, perdiéndose a la vista confundidos con el verde oscuro del fondo del barranco, allá muy lejos. La presencia de aquellos pájaros fatídicos me aseguró no haber enemigo cercano. Encargué al ayudante que encaminase las compañías de prisa a las dos estribaciones: a la izquierda, el capitán Goded con la suya ocuparía Ait-Aisa, y no se detendría hasta el farallón llamado «Gorro-frigio»; era una posición formidable que nos daba seguridad. A la derecha, en lo más alto de la loma, el capitán Rivera. Si el enemigo bajaba del Gurugú, antes de recoger los cadáveres, nos encontraría bien colocados.

Resistíanse los caballos a seguir avanzando; ventaban los muertos y les daba espanto. Dimos unos pasos. No olvidaré jamás el espectáculo espantoso.

Por todas partes, los mutilados restos marcaban las posiciones del combate. Filas enteras, con su oficial al frente, yacían: los miembros, retorcidos, algunos esqueléticos; otros, cual momias mal envueltas en los harapos y jirones de sus uniformes, aplastados los cráneos, vacías las cuencas de los ojos, en crispación horrible los brazos hacia el cielo. Junto a cada muerto, y como contorno de su figura, una mancha indefinible empapaba la tierra de sangre y grasa. Manos había con los dedos hun-

didos en el suelo, en el postrer espasmo de la vida. Entre la hendidura de las peñas se acurrucaban otros que debieron arrastrarse heridos hasta aquellos agujeros para morir en paz.

Y así montones y montones en el fondo del barranco, en las vertientes, en las mesetas, en las cimas; casi todos eran de cazadores, de la brigada Pintos, pero había muchos también de los regimientos de Africa y de Melilla. El suelo estaba sembrado de paquetes vacíos, de cajas de municiones rotas, de roses. Junto a una casa en ruinas, un cesto de chorizos volcado; era el que repartía a su gente el teniente coronel Ibáñez Marín cuando fué sorprendido por los moros el día 23.

Mientras, dominando el horror de aquella escena, me iba dando cuenta de la hecatombe, mis cazadores ocupaban los altos flancos del barranco. Los veía, como minúsculos hombrecillos, cortar con sus diminutas siluetas el horizonte. Los de las camillas y las palas llegaron. Era preciso comenzar la tarea con orden: agrupar los cadáveres trayendo los más alejados, identificar los que se pudiera. Pusimos manos y corazón a la obra; con las palas íbamos colocando los muertos en las camillas; pero se deshacían muchos. Mis soldados se veían atacados de fuertes náuseas. Era imposible respirar. Mientras tanto, no sólo por afán de saber, sino por distraerlos, les preguntaba detalles del combate, que ellos se complacían en recordar, señalando el sitio donde cayeron sus oficiales y sus camaradas. Uno me trajo, teñida de sangre, la piedra en que al morir apoyó la cabeza mi heroico antecesor, el teniente coronel Palacios.

Se identificaron muchísimos cadáveres y se recogieron no pocos objetos que los moros habían respetado, por su carácter religioso. Todas las medallas y escapularios estaban sobre los desnudos pechos de aquellos mártires. El capitán Melgar conservaba en su muñeca un reloj pulsera que, por sujetarse con correa y tener la mano con la palma hacia arriba, no supieron los moros lo que significaba.

Varios camilleros sufrieron mareos y síncope, el médico Carballo me significó lo peligroso de la operación, que exigía máscaras de gasa fenicada y desinfectantes; fué absolutamente imposible el transporte a Melilla de tantos cadáveres, y me determiné a recoger y trasladar unos cuantos, dando cuenta al gobernador de la plaza para que con más apropiados elementos se recogiese el resto. Los cadáveres de los comandantes López-Nuño y Fresneda, capitanes Melgar y Moreno Guerra, teniente Laportilla, dos sargentos, dos cabos y dos soldados sin identificar, reposaron aquella noche en mi campamento,

dándoles guardia de honor la compañía de servicio de trinchera.

* * *

Sobre mi mesa, hecha de cajones de galleta, y a la luz del farol de campaña, examiné los objetos recogidos a los muertos, no quería que llegasen a las familias en el estado que presentaban: trágico y terrible; mi intención era que, limpios y relucientes, sin mancha de sangre, su recuerdo del sacrificio no fuese para las personas queridas de los muertos una impresión de dolor, sino un objeto de consuelo.

Entre las medallas, crucecitas y amuletos vi un saquito de cuero con cadena de oro; rompí la envuelta, que presentaba sucio aspecto, y salió a luz un medallón orlado de brillantes, en cuyo centro aparecía el lindo rostro de una mujer muy niña, rubia como las espigas de trigo: perteneció esta valiosa alhaja, a un capitán, casado no mucho tiempo antes de hallar gloriosa muerte al frente de su compañía; tristes pruebas de amor parecieronme aquellos objetos, destinados por la fe a preservar de los peligros a los seres amados; cual reliquias santas los miré. Pero como la santidad no está reñida con la higiene, los sumergí en un baño de sublimado para, luego de limpios y pulidos, entregarlos a sus amantes herederos.

* * *

Te hago gracia, paciente lector mío, de como al siguiente día recibió mi batallón el honor de recoger los demás muertos, llevarlos a Melilla y darles tierra santa, operación que se hizo ya con elementos suficientes, a presencia del caballeroso general Arizón, y en cuyo final hubo unos tiritos sin consecuencias.

Te perdono también el relato de la ocupación del Gurugú, consecuencia lógica de nuestra entrada en el barranco y paseo por las lomas de Ait-Aisa, y no he de contarte tampoco el combate de Basbil sobre los altos picos del Gurugú o del Gurgo, como dicen los moros, y en el que Las Navas se portó tan oportuna y bravamente, que el general Arizón, poco amigo de prodigar elogios, no escaseó las felicitaciones, acompañadas de sendas barricas de dorado Jerez para la tropa y una propuesta para el ascenso a favor del autor de este librito, ascenso que, aprobado por el ilustre general Marina, no cuajó en las alturas del Ministerio de la Guerra, porque tiene esta nobilísima carrera de las Armas la particularidad de que, mientras unos la siguen *de pernil en pernil, de queso en queso*, otros caminan llevando auestas el lanzón a que alude mi amable prologuista.

Las reliquias de los pobres muertos fueron una a

una adonde debieron ir, excepto el medallón de la niña rubia; era grande el valor de la joya, y no me determiné a enviarlo a España; escribí a la viuda que me indicase persona que de él se hiciese cargo, y me contestó que a mi regreso a la Península lo recibiría ella misma.

Ya en Madrid la brigada de Cazadores, mi primer cuidado fué enviar el medallón a su dueña con mi fiel asistente; no quise ir en persona, un poco por no estorbar con mi presencia la emoción de la pobre viuda, y un mucho por el egoísmo de no ver llorar a una mujer bonita; pero a los pocos días me presenté en la casa no sólo por cortesía, sino para satisfacer las preguntas que naturalmente habría de hacerme, a las que pensaba contestar mintiendo del modo más tranquilizador acerca del estado del cadáver al encontrarlo y recogerlo.

Aguardé unos instantes en el saloncito; un rumor de falda de seda que cruje al andar y una figura de arrogante mujer que apareció en la puerta, me levantaron del asiento.

«—¿La señora viuda del capitán F.?»—pregunté.

«Yo soy»—me respondió, tendiéndome la mano.

Aquella hermosísima mujer era morena; el pelo, ondulado y negro, tenía reflejos azulados; los párpados, oscuros, agrandaban sus ojos negrísimos; brillantes como azabache; la cabeza, pequeña, admirablemente colocada sobre un busto espléndido: todo juventud y firmeza. Aquella mujer no era la del retrato.

«—Se extraña usted, amigo mío—dijo, invitándome a que me sentara, de que yo no tenga el pelo de oro ni la linda carita de la miniatura que mi marido llevaba al pecho cuando lo mataron: la mujer del retrato no era su mujer. Yo le estoy a usted demasiado agradecida para ocultarle una verdad que, por otra parte, usted adivinaría: esa rubia era una íntima amiga mía; la muerte de mi marido lo ha descubierto todo. He tenido suficiente valor para devolverle su medallón; he llorado mucho, de dolor y de despecho, y de pena, de haberle querido tanto; ya mis lágrimas se han secado para siempre; debo a usted la más grande de las desilusiones y el favor inmenso de un olvido absoluto; yo no me habría consolado nunca, y estoy curada; creo firmemente

que no hay hombre en el mundo que merezca una lágrima mía.»

Me quedé consternado. De todas las ligerezas y equivocaciones de mi vida, creo que esta era la más gorda.

«—Señora, ¡quién iba a suponer...!—repuse contrito, como si fuese yo el culpable—. Si yo hubiese imaginado, si hubiese sabido...»

«—¡Claro está! Si hubiese sabido la verdad, habría usted enviado el medallón a su dueña directamente, ¿no es cierto? Nada se ha perdido con que el retrato diese un rodeo. Cuando recibí su carta anunciándome el hallazgo, mi dolor fué inmenso; la idea de que mi marido llevase a la guerra como un amuleto mi retrato sobre el corazón, estuvo a punto de volverme loca. ¡Quererme tanto y perderle para siempre! No sé cómo no me he muerto.»

»Pero después, al recibir el medallón, se desplomó de un golpe todo aquel castillo de ilusión, de amargura, de cariño; y no crea usted que la devolución del retrato a su dueña fué generosidad ni grandeza de alma; primero quise pisotearlo, deshacerlo; luego pensé que era mejor que *ella* pasase por la misma pena que yo había pasado: saberse adorada y no volver a ver a quien la quiso tanto; la envié su medallón, y sé que está enferma. Sufre, pues, lo mismo que yo he sufrido; no se consolará nunca; a mí me ha consolado de hecho el conocimiento de la verdad, y me curé de amores para siempre.»

Así dijo la hermosa viuda; y yo, creyendo harto ridículo dar más excusas ni comentar el caso, despedíme besando la punta de sus dedos.

Han pasado tres años desde entonces. La morena viuda, la curada de amores para siempre, pasa junto a mí del brazo de su segundo marido y se hace la distraída.

La rubia angelical e inconsolable, que era soltera, ha dejado de serlo; esa no me conoce, y la veo apoyada en su marido como quien se apoya en la felicidad.

¡AMOR! ¡ETERNO AMOR!, que dijo el poeta.

O EL MUERTO AL HOYO... que dicen los que no lo son.



LA RECOLECCIÓN DE PROYECTILES

En el noreste de Francia, en la cuenca del Marne, en los inmensos viñedos de la Champaña, en el bosque de Argona, en las granjas belgas, no sólo

tados, estos péndulos quedan casi a ras de tierra.

La presencia del hierro, la aprecia el operario por la oscilación de los péndulos que con su atracción, denotan la existencia de los que se busca, entonces, se hace una señal en el terreno y cuadrillas de trabajadores proceden a su extracción.

Se han evitado con esto los grandes peligros que suponían la existencia de proyectiles que no habían explotado y que pudieran hacer víctimas entre los obreros del campo, al dedicarse a sus labores.

La primera manipulación que se hace con estos proyectiles, cuando son transportados a las fábricas es colocarlos en unos lavaderos especiales, y haciendo pasar por su interior corrientes de agua, que disuelven y arrastran las materias explosivas, convirtiéndolas en líquidos aprovechables para abonos, y de este modo lo que tenía por finalidad una misión destructora, acaba por ser un elemento de vida.

Terminado el lavado, el proyectil se lleva a fundiciones, para nuevo aprovechamiento del metal por la industria.



Los lugares que fueron campo de batalla se encuentran llenos de proyectiles que es preciso desenterrar y recoger para que vuelva la tierra a dar sus frutos de paz sin peligro para el agricultor.

pasó la guerra dejando su huella de tragedia, se luchó allí tenazmente un año y otro; y la riqueza natural de aquellas vastas regiones, destruida por la metralla, fué sustituida por la otra riqueza artificial, que el odio sembró en las entrañas de la tierra.

Toneladas de proyectiles cubrieron aquellos campos, y hoy, cuando ya han pasado tres años, todavía las cosechas más valiosas son de hierro, los agricultores se han convertido en mineros.

El Gobierno ha ordenado el aprovechamiento de este material; cuadrillas de obreros remueven la tierra y extraen los proyectiles que son transportados a fábricas, en las que se les somete a ciertas manipulaciones que les pone nuevamente en condiciones de ser utilizado.

Es curioso saber como se descubren esos proyectiles, muchos de los cuales se encuentran incrustados en tierra, a profundidades, donde no alcanza el golpe de la azada ni la reja del arado.

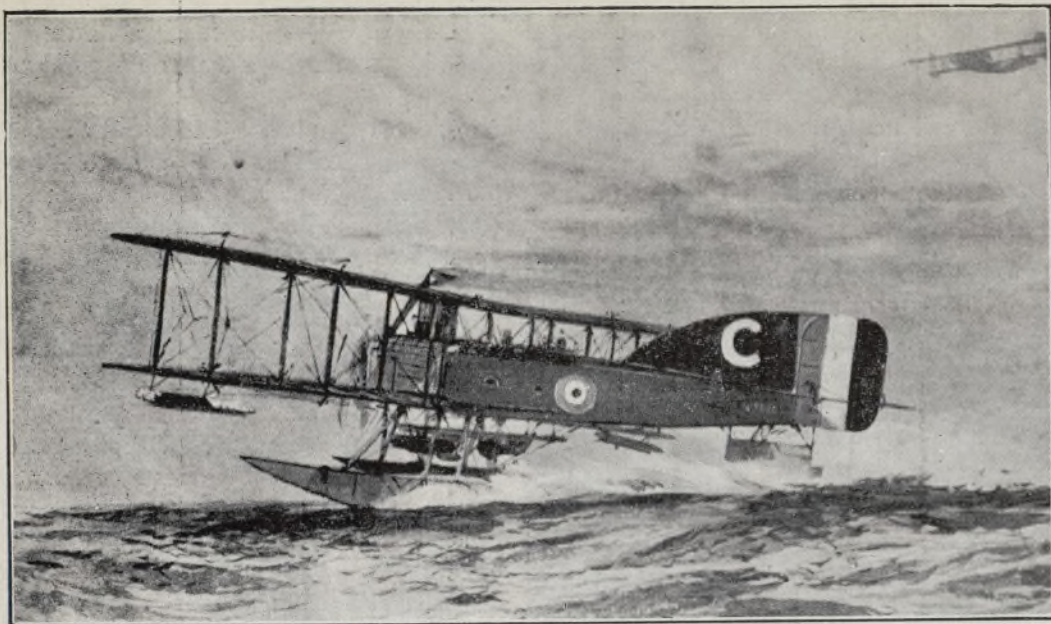
Varios operarios recorren los que fueron campos de batalla, llevando sobre los hombros un hilo metálico, a cuyos extremos van dos péndulos iman-



Para utilizar los proyectiles, se hace pasar por su interior una corriente de agua que arrastrando las materias explosivas las convierte en sustancias capaces de fertilizar la tierra.

Hasta la fecha, van recogidos en los campos del Norte de Francia y en Bélgica, centenares de toneladas de proyectiles, que se traducirán en muchos miles de pesetas.





Los problemas de la aviación

Un ingeniero francés facilitó para ARMAS Y LETRAS curiosas noticias sobre el proyecto de avión anfíbio.

Desde la amplia galería contigua al salón de lectura del Aeródromo, contemplamos el interesante espectáculo que presenta el campo de aviación.

Es la hora grata del atardecer y una ligera brisa, nos compensa de las pasadas horas de asfixia de estos enervantes días de Agosto, más propios para vivirlos junto al mar o en la montaña, que en la ardiente planicie del campo de aterrizaje, *parrilla* donde se asan los monstruosos pajarracos de acero.

Unos mangueros riegan los macizos del *parterre* que rodea el *chalet* y bajo los cobertizos varios mecánicos trabajan en los trenes de aterrizajes de unos aparatos inválidos, cuyas alas también esperan en la *enfermería* les llegue el turno de la cura.

Varios alumnos siguen el curso práctico de un joven profesor y algo distante del grupo; un avión se pone en marcha, se eleva en vuelos cortos y aterriza; todo sin salir del campo: son los primeros alaridos de un polluelo, que lleva en germen un futuro «As».

Mi amigo el Capitán F. M. ojea varios periódicos; después fija su atención en el último número de la Revista ARMAS Y LETRAS, elogia su factura y me llama la atención sobre las notas de aeronáutica, que publica, a propósito del colosal proyecto de vías aéreas.

Esto nos lleva a charlar de los problemas de la aviación.

—A propósito—me dice el Capitán M.,—voy a darle ligeras referencias de otro proyecto de aeronáutica, que también preocupa en estos momentos a franceses e ingleses...

—Qué si no hay inconveniente, enviaré a ARMAS Y LETRAS...

—Encantado. Es una revista que sigo con interés: su labor vulgarizadora de ciencias y artes; es muy digna de estima.

—Gracias. De modo qué ese proyecto?

Ese proyecto tiende a acortar las distancias en las comunicaciones aéreas; fijémonos, por ejemplo, en el trayecto París-Londres. El viaje aéreo dura aproximadamente tres horas; pero como se parte de un aeródromo situado a una hora de automóvil de París, y se aterriza en un campo que está a hora y media de Londres, en realidad el viaje dura cinco o seis horas, y este tiempo hay que reducirlo a la mitad...

—Esto se consigue fácilmente construyendo los aeródromos en el centro de ambas capitales.

—Cosa que es muy difícil—replica el Capitán—porque en las grandes poblaciones es raro encontrar amplios espacios, libres de obstáculos; pero cuentan con dos aeródromos ideales, el Sena y el Támesis.

—Entonces lo más indicado es el hidroplano.

—Pero fíjese, que el avión que se remonte desde el Sena para descender en el Támesis ha de cruzar

trayectos sobre tierra y sobre el mar, y que no está libre de un accidente que le obligue a descender a cualquiera de dichos elementos; además entre ambos finales de línea, hay paradas intermedias para recoger o dejar correspondencia y viajeros...

—Entonces...

—Se necesita un aparato que pueda sostenerse y elevarse desde el agua y que al mismo tiempo se remonte y aterrice en tierra firme, y este aparato es el *avión-anfibio* que es objeto de estudio y ensayos en estos días.

El *anfibio* tendrá un tren de aterrizaje dotado de ruedas y de flotadores o de ruedas y casco, dispuesto de tal manera, que cuando necesite tomar *suelo* en el mar, las ruedas no estorben la marcha, porque se ha demostrado, que ejercen tal resistencia, que reducen a la mitad la velocidad del aparato.

Para evitar el inconveniente de las ruedas, se estudian dos sistemas: uno consiste en elevarlas cuando no van a ser utilizadas, a cuyo efecto, el eje de las ruedas descansa en el vértice de una V de acero, cuyos dos extremos articulados van sujetos al flotador, al elevarlas, el aparato queda convertido en un hidroplano ordinario, apto para la navegación; cuando están en su posición normal, el aparato es un aeroplano. En el otro sistema, el flotador o casco presenta una cavidad interior, donde la rueda—que va en la extremidad de un brazo articulado de acero—puede incrustarse.

El cambio del tren de aterrizaje es fácil, lo realiza el piloto haciendo girar una manivela que pone en tensión un ligero cable de acero.

El Ministerio de Aviación ha celebrado reciente-

mente un concurso, al que han concurrido los «anfibios» descritos.

El problema está ya planteado, y sólo pendiente de algunos pequeños detalles que no tardarán en ser resueltos de un modo satisfactorio y práctico. No está muy lejano el día, en que, en los ríos que cruzan las grandes capitales, veamos anclados a los *anfibios* esperando pasajeros...

*
* *

Escuchando el proyecto del aviador francés, recordaba yo esos luctuosos días de Melilla, cuando no podían enviarse allá aeroplanos porque *no tenían sitio* donde aterrizar; si hubiéramos tenido hidroplanos, hubieran tenido en Mar Chica un excelente campo de aterrizaje... Y si algún día pudiéramos tener una escuadrilla de combate sistema *anfibio*, ese sería el ideal en nuestra aeronáutica en Marruecos, aparatos únicos para el servicio de costas, para ir de Zeluán a Melilla o a Larache, para cruzar el Estrecho, teniendo además de sus campos de aterrizaje en tierra firme, otros sobre el agua, como el puerto de Málaga, el Guadalquivir, Río Martín y Mar Chica.

Seguramente esto parecerá un lujo excesivo a los valientes aviadores españoles, acostumbrados a cruzar el Estrecho y a batir al enemigo, en aparatos de escuela y aprendizaje, pero hay que preocuparse de ello, porque es inhumano aumentar sin motivo, el martirologio de la aviación española.

ROBERTO DE VIVAR.

París, Agosto 1921.

Una superstición guerrera

Imagínense los cosacos que el mejor modo de protegerse contra las balas enemigas es tragar, antes de entrar en fuego algunos mortíferos proyectiles.

Un individuo cualquiera que se echase al colete un par de cápsulas de fusil moderno, es casi seguro que experimentaría gravísimos trastornos gástricos, y quizá muriese de entripado. En cambio, ha habido cosacos creyentes en la superstición, que llevados de su fe; se tragaron 10 o 12 balas, y las expulsaron luego, quedándose tan frescos como si se hubiesen tomado un vaso de agua. En todos los casos, los proyectiles no solo no causaron la más pequeña molestia en el estómago,

sino que recorrieron los intestinos sin dificultad.

Hubo, no obstante, un cosaco que deseoso de inmunizarse más a fondo que sus compañeros, se tragó en 48 horas 45 cápsulas, ración excesiva que produjo al infeliz agudos vómitos, dolores horribles en el abdomen, y por último una inflamación monstruosa de los intestinos. Pero el cosaco debía ser duro de pelar, puesto que ni el empacho de plomo, ni la operación de la gastronomía, a que fué sometido, lograron dar con él en tierra. Tras de una convalecencia de 40 días, aquél fusil de repetición viviente, volvió a filas e hizo sin novedad toda la campaña.



El Jefe desconocido.

El *Jefe desconocido* ya no lo es: lo ha sido durante toda la jornada reivindicadora, y dejó de serlo, al morir; la Fama no tocó la trompeta para cantar su gloriosa actuación marcial y ni su muerte tuvo el destello de las apoteosis; murió sencilla y humildemente, en la quietud gris, de la sala de un hospital de enfermos.

El primer batallón peninsular que desembarcó en Melilla, fué el de la Corona, con los Regulares y el Tercio; este heroico batallón, se batió siempre muy bien, y en distintas ocasiones mereció los honores del triunfo; un día, después de un combate, las tropas desfilaron en columna de honor ante el batallón de la Corona; otro día, para conmemorar una defensa heroica, fué bautizado un blocao, con el nombre de la Corona...

¡Los soldaditos de la Corona! ¡Menuda fama en los campamentos...!
¡Menudo orgullo en Almería...!

Pero, ¿quién manda a los de la Corona?, ¿se mueven en el campo por inspiración divina? ¿Quién es el cerebro que los rige, la voz ejecutiva que los anima, la chispa que les electriza, el gesto que los serena...?

¡Qué remordimiento! En el libro de apuntes de los cronistas, nunca se estampó el nombre del Jefe. Ni una anécdota suya, ni un rasgo; su figura, se difuminaba en el conjunto.

Y un día nos enteramos que el Jefe de la Corona había muerto de enfermedad en el hospital; ¡hasta la Muerte para coger la presa de esa noble vida, se fué por el camino tortuoso y escondido...!

NOTAS DE LA CAMPAÑA

Así vivió y murió, sin la íntima satisfacción de sentir el halago de la justa fama, ese Jefe anónimo, inteligente y valeroso, que se llamo *Don Eduardo Barrera Bau...*

Monte Arruit.

Monte Arruit es la jornada de dolor de la campaña. En Monte Arruit se refugió la vitalidad, Monte Arruit, fué la palpación última de la resistencia, en los días de la catástrofe, y durante muchos días, a Monte Arruit fueron los pensamientos, la esperanza del alma española.

Asistimos a su larga agonía sin poder ir a su socorro; Melilla se rehacía, curaba sus heridas, mientras el escudo protector resistía el empuje, y por el heliógrafo de la posición nos llegaban los destellos de aquellas vidas, que se agotaban; cada día más ténue, más débil, como una luz que se apaga. Y luego el silencio.

Todas las madres, todos los hijos, todas las novias, a quienes el «derrumbamiento» salpicó de sangre, tenían una última esperanza como lenitivo a su dolor: Monte Arruit. ¿Habría podido llegar a Monte Arruit el ser amado?

Y cuando se apagó la postrer lucecilla de Monte Arruit, las anegó el dolor, ya no había esperanza.



La 16.ª compañía de la cuarta bandera del Tercio de Legionarios que en Guerd-Laut (Ceuta) luchó bravamente, resultando heridos los oficiales y la mayoría de los soldados.

Avanzaron las tropas, y en un torreón de Monte Arruit fué elevada a media asta la bandera.

Los cuadros de horror de Nador y Zeluán, tenían en Monte Arruit una reproducción de tintas más recargadas, ¡tres mil muertos!

¡Qué fácil, la reconstitución de la tragedia! Allá un grupo de doscientos cerca de la aguada: estos mártires pagaron cara la abnegación de ir por agua para los compañeros. Aquí los esqueletos de varios centenares de hombres en correcta formación: eran los rendidos esperando el cumplimiento del pacto. Más allá una columna sanitaria, heridos y enfermos que eran transportados en camillas y artolas con sus médicos al frente. En la enfermería, muertos en sus camas los que ni moverse podían, y junto a ellos, los médicos...

Ni a los muertos que reposaban en tierra respetaron las hienas rifeñas... ¡Llor al heroico Primo de Rivera, con su brazo amputado, arrancado de la tumba!...

¡Terribles escenas las de la identificación! Madres y hermanos, iban de grupo en grupo, queriendo adivinar en aquel osario, cuál es «el suyo»... Dudan, vacilan, se reconcentran... ¿será éste?... No; y siguen buscando, otro, otro, ciento... doscientos... Ya no se les borrará en la vida esta visión de muerte.

Monte Arruit. ¡Cuántas lágrimas han regado tu suelo! ¡Cuánto sollozo de sorda ira, cuánta imprecaación..!

¡Monte Arruit... Monte Arruit!



Puerta de acceso a la posición de Monte Arruit, tal como se encontraba el día que llegaron las columnas en el avance.

La lección de unas ruinas.

En Taxuda, existen los vestigios de unas ruinas, que marcan el sitio donde plantaron sus tiendas unas Legiones romanas. Sobre ellas han situado ahora nuestras tropas un campamento. Allí está el nudo de importantes comunicaciones; la legión romana no se estableció caprichosamente, sino obedeciendo a inmutables principios de estrategia.

Veremos si ese campamento provisional, se convierte en su día en fortificación permanente; no hay que despreciar las enseñanzas del pasado y ésta es muy elocuente.

La Duquesa de la Victoria,

La Duquesa de la Victoria es el Angel de Caridad de Melilla. El Ejército, las madres que tienen sus hijos en Africa, España, ha contraído con ella una deuda de gratitud inmensa; no hay palabras suficientemente expresivas, para encomiar sus virtudes.

¡Sublime heroína de amor y caridad!

La he visto arrancar los heridos del campo de



Monte Arruit. Triste espectáculo que ofrecían las calles del poblado. Un capellán castrense rezando un responso ante los cadáveres insepultos.



El Alférez de Andalucía D. Maciano Rubio de Castro, herido gravemente en la toma de Tauima. El Teniente de Ceriñola don José María Quintero Ramos-Izquierdo, muerto en la posición de Sidi Dris. Sr. Tenorio, Alférez de Legionarios, muerto en los últimos combates librados en Ceuta. El Teniente de Artillería D. Francisco Granada Benítez, muerto en Frau. El Alférez de Intendencia D. Entique Ruiz Osuna, muerto en la defensa de la posición de Igueriben.

batalla, ayudar a curarles sus heridas, dar de comer a los inválidos, asearles con el amor y la dulzura de una madre, aliviar dolores con el bálsamo de su consuelo, llorar junto a los moribundos, velar a los muertos... ¡Santa madrecita! escuché musitar a un soldado. ¡Santiña!—Decía otro...

Pero la Duquesa se cree recompensada; a su paso ve florecer las rosas de la gratitud, sus ahijados le envían flores, postales, retratos; Sevilla pide para ella la Gran Cruz del Mérito Militar; las damas de Logroño, quieren que se le conceda la Gran placa de Honor de la Cruz Roja, los cronistas de la Guerra, le han rendido público homenaje de admiración; en el Parlamento la elocuencia le ha tejido una corona. Las ciudades la hacen su hija adoptiva.

Y al citar a la Duquesa de la Victoria, no olvidamos a las damas españolas que la secundan en su hermosa obra...

La caja de dulces...

Una Comisión de Sevilla ha visitado en Melilla a la Duquesa de la Victoria para entregarle un obsequio que le confiara un grupo de admiradores: se trataba de una medallita del Cristo del Gran Poder, de platino, nácar y brillantes; pero este obsequio no iba solo; también recibió la Duquesa una caja de dulces, obsequio de un soldado herido...

Pero lo más elocuente es la carta que este soldado escribió al Presidente de la Comisión, confiándole su encargo.

Dice así:

«Señor D. Manuel Piñal.

Mi respetable señor: Me entero que usted ha in-

ventado lo de llevar muchas cosas a los soldados, mis compañeros, a los que en Africa peleamos. Dios se lo pague.

Quiero pedirle un favor muy grande para que lo haga en persona. Como lleva todos los encargos que les dan las madres de los soldados y las familias, yo quiero que esta cajita con dulces se la entregue en propia mano a una señora santa que hay en el Hospital donde yo estuve. Se llama la Duquesa de la Victoria.

Dígale usted que no la olvido un momento y que llevo siempre guardado su retrato, que lo recorté del *Mundo Gráfico*.

Si a usted le hubiera pasado lo que a mí, que no tengo madre, que me encontré herido con un balazo que me atravesó el cuello y salió por la espalda, y esa mujer me curó como si fuera su hijo y hasta me cortaba las uñas de los pies y me aseaba. Eso, D. Manuel, no se puede olvidar nunca.

Dígale usted también que estoy ya casi bueno, que me he presentado a mi regimiento de Granada y tengo muchas ganas de volver ahí a que me den otro balazo con tal de que yo no pueda dejar los sitios por donde pasa esa señora Duquesa.

Que no se olvide usted, D. Manuel, y mucho se lo agradecerá su servidor.—*Ignacio Moreno Ramírez*.

El Padre Revilla.

Otra figura heroica de la guerra: el padre Franciscano capuchino Emiliano María de la Revilla.

Es la antorcha de la Fé, que derrama su luz celestial, entre los que luchan y mueren por la Patria.

Este soldado de pardo sayal, avanza, llevando



D. Eduardo Covo Gómez, Capitán del Tercio, muerto en el combate del Gurugi. D. Pedro Jareño, Capitán de la 16.ª compañía del Tercio, herido en la lucha de Guerd-Laut (Ceuta). D. José Luis Calbacho, Teniente del Tercio de Voluntarios, herido en Sebte. D. Alfonso Rodríguez Junquera, Capitán de Artillería, muerto en la posición de Dar Amet. D. Benito Luque Pinillos, Capitán de Ceriñola, desaparecido en el combate de Izummar.

por arma un crucifijo, el supremo consuelo. Ayer—me decía el poeta Goy de Silva—en la vanguardia del Tercio, fué el ejemplo y el asombro de los le-

El escudo soy yo, porque Dios es quien me guía!... ¡Dejadme hermanos, que en nombre de Dios os ampare!»



D. Julio Compagón, Teniente de Infantería, herido en la acción de Magán.



El R. P. Emiliano de Revilla.



D. Gabino Díaz Abad, Teniente de S. Fernando, muerto en Monte Arruit.

gionarios, y fué ante todo el broquel y la estrella de sus almas...

Cuando los legionarios que le seguían llenos de amor, querían servirle de escudo, él les decía: «¡No..

Y seguían corriendo, bajo una granizada mortífera, hacia la cumbre...

JUAN BISONO

Melilla, Noviembre 1921.



D. Manuel Miranda, farmacéutico militar, muerto en la evacuación de Zeluán. D. José Gallo Martínez, Teniente de Infantería, muerto en el combate de Tizra. D. Juan Rueda Pérez de Larrá, Capitán del batallón de la Princesa, que encontró gloriosa muerte en Taxuda. D. Luis Hermida Pérez, Médico de Ceriñola, muerto en la posición de Sidi Dris. D. Manuel Carominas, Gispert, Teniente de Artillería, desaparecido en el combate de Haf.

Ayuntamiento de Madrid

LA SORPRESA DE DESCARGA

(NOVELA ORIGINAL DE SABINO DE GOICOECHEA)

(CONCLUSIÓN)

El caballero brigadier acabó de bajar el último escalón y se fué derecho al grupo. Haciéndose lujar con ambos codos, llegó, con algún trabajo, a aproximarse hasta el anciano, a quien después de mirarle un rato de hito en hito, le dijo con voz inmutada:

—¿Me conoce usted?

—El aldeano se abalanzó a él, y cogiéndole las manos articuló algunas palabras en vascuence, en tono de súplica:

—¡Ah! Me alegro que no se haya usted olvidado de mí—replicó lleno de satisfacción Cienfuegos, interpretando las muestras de afecto del anciano a medida de sus deseos.

Doña Polonia vino a echar por tierra la satisfacción del brigadier, traduciendo las palabras del aldeano.

—Pregunta—dijo—si es usted el Juez que ha de juzgar a sus hijos.

—¡El Juez! ¡Ah! ¡Puguiera a Dios que lo fuera!

La aldeana tenía la vista clavada en el caballero, y a poco dijo, con los ojos arrasados en lágrimas:

—¡Ay! Yo ya *conoces* a usted.

—¡Ah! Con que se acuerda usted que hoy mismo precisamente, hace venticinco años...

—Bay jauná (1), y mi marido también... Y ahora pues...

Y no pudo continuar, porque el llanto embargaba su voz, y redobláronse los alaridos de los niños, y los ahogados suspiros del anciano.

Cienfuegos indicó a doña Polonia que hiciera comprender a aquellas pobres gentes que fueran a la posada y que allí con calma se estudiaría el medio de salvar a los presos.

Hízolo así la dueña de la posada, y como para entonces supiera el anciano quién era el caballero, púsose delante de él, casi de rodillas, pidiéndole que no les abandonara.

—¡Confíad en mí! Yo venía a buscaros para daros una prueba de que no me olvido, que os debo la vida. Y Dios ha querido indudablemente poner en mis manos la única moneda con que podía pagaros. ¡Tened ciega confianza en mí! Yo no me separo ya de vosotros mientras no os devuelva el reposo y la felicidad que habéis perdido.

Instaláronse todos en casa de doña Polonia, a quien, el caballero, después de haber contado el episodio de la guerra civil, a fin de que se hiciera

público, y los ánimos, algo extraviados, volvieran a favor de los presos, encargó cuidara a sus protegidos como a él mismo, corriendo por cuenta suya todos los gastos que ocasionaran.

El episodio acaecido aquel mismo día precisamente, hacía venticinco años, a don Ramón Cienfuegos, voló con la velocidad del rayo por todo el pueblo, y llegó por consiguiente al Juez antes de que el brigadier, a fin de ganar terreno para su causa, fuera a referírselo.

Estaba ya dado el primer paso en favor de los presuntos reos, y como quiera que ellos jurasen una y mil veces que eran inocentes del crimen que se les imputaba, la opinión pública, dispuesta en los primeros momentos a juzgar por lo peor, empezaba ya a vacilar, o casi, casi, juzgando con la misma ligereza que al principio, a creer a los presos completamente inocentes.

El brigadier conocía, empero, que sestos no eran sino paliativos que en poco o nada influirían, para el resultado definitivo de la causa. Erale preciso encontrar la verdad del hecho, no la tenía, no; la buscaba con fé, con ahínco, porque comprendía que la verdad tenía que conducirle irremisiblemente al trionfo.

Corrían días y los dos presos fueron conducidos a la cárcel de Vergara, y tras ellos marchó también el brigadier Cienfuegos acompañado de la familia de los presuntos reos, instalándose todos en el parador.

El brigadier, acordándose del juramento solemne que había hecho hacía venticinco años, de no olvidarse de la deuda de gratitud que había contraído, trabajaba sin descanso para poderla pagar.

Puestos ya en comunicación los dos canteros, siempre que iban a verlos juraban y perjuraban que eran inocentes.

No había podido encontrárase más dinero que el que les había quedado después de finiquitadas las cuentas con el toledano, y por consiguiente no había pruebas irrefutables del robo.

Verdad es que tampoco las había del asesinato, pero los indicios eran todos tan vehementes, tan claros, que el Juez, a quien dolía en extremo condenar a los hombres de tan nobles y honrados antecedentes, conocía que no podía prescindir de hacerlo.

De la substancia de la causa resultaba únicamente en favor de los reos, que el muerto había sido un hombre muy mal visto por su genio irascible y carácter vengativo de que había dado repetidas pruebas, habiendo dejado pendientes muchas

(1) Si señor.

deudas entre los operarios que tuvo a sus órdenes.

Encerrado en su cuarto, pasaba el brigadier horas enteras, recogiendo datos, sacando conjeturas más o menos halagüeñas, haciendo proyectos, y concluyendo para confiar sólo en un indulto, o por echarse en brazos de Dios.

El infeliz anciano padre de los presuntos reos, y la pobre aldeana, esposa del llamado José Mari, no tenía más amparo, ni más esperanza que su protector. Así es que sus impresiones en el curso de la causa, estaban pendientes de las que experimentaba el brigadier. Si éste parecía satisfecho, satisfechos estaban también ellos; y si triste y pensativo, daban rienda suelta a su dolor.

Hallábase el brigadier una noche, como todas, encerrado en su cuarto, forjando allá en su imaginación mil medios al cual más disparatados para sacar a salvo a sus protegidos. Sentado unas veces, paseando otras, articulaba palabras inconexas, que más bien parecían dictadas por la mente de un loco, que por la de un hombre en sana razón.

—¡Oh! ¡Sí! ¡Son inocentes!—decía,—Dios lo sabe, y yo lo sostendré en el mismo patíbulo. ¡El patíbulo! ¡Ah! No ¡mil veces no! Sería necesario que me arrancaran... ¡Dios mío! ¡Dios mío! Envíame un rayo de luz en esta oscuridad que me rodea.

Y puesto de codos sobre la mesa y los puños en la frente, permaneció un gran rato sin proferir una sola frase.

Pero sus ojos no se apartaban ni un momento de un papel que leía ya por la milésima vez, en el que estaba escrito poco más o menos lo siguiente:

«El testigo Martín Goyena, operario en el ferrocarril del Norte, afirma haber visto en la mañana del 2 de Junio, algunas horas después que debió haberse cometido el asesinato, al Agustín Gómez (así se llamaba el toledano), a dos leguas próximamente de Zumárraga, camino de San Sebastián.»

—¡Oh! Si este hombre vive—exclamó de pronto el brigadier, arrancándose en el acceso de exaltación en que estaba, un mechón de pelos que se había enredado entre sus dedos.—¡Si este hombre vive, yo le encontraré aunque sea en los infiernos!

Y se puso a escribir; pero con prisa tal, que no comprendía él mismo lo que escribía.

—Vamos, dijo el brigadier, haciendo pedazos el pliego que tenía delante y acercando otro,—para hacer las cosas en regla, es necesario hacerlas con cachaza.

Y volvió a empezar a escribir con toda la moderación posible, de la que se olvida a lo mejor, para dar rienda suelta al furor que trataba de dominar.

Varias fueron las cartas que escribió, y así que las cerró y puso los sobres, tiró del cordón de la

campanilla, que sonó tan estrepitosamente que la criada del parador acudió toda sofocada, temiendo que pasara algo.

—¿Se ha puesto usted malo?—quiso decir al entrar, pero antes de que expresara su intención le salió al encuentro el brigadier diciendo:

—Que suba al momento mi criado Antonio.

—¡Qué! ¿Ocurre algo?

—¡Dale! No; absolutamente nada; pero necesito de mi criado.

—Al momento, si señor, al momento vendrá.

Y Antonio se presentó, efectivamente, poco después ante su amo.

Manda preparar el coche,—le dijo el brigadier, porque vas a marchar en él inmediatamente...

—A donde usted quiera, mi amo.

—A Madrid.

Media hora después salía el coche del parador y en él se daba aires de señor el criado Antonio, que era portador de las cartas que había escrito momentos antes, su amo, el brigadier Cienfuegos.

Aquella noche y el siguiente día daba éste muestras de buen humor, y él, contento, se comunicaba involuntariamente al semblante de sus protegidos.

Pero según iban pasando los días desde la marcha del criado, y era ya el sexto, que no se tenían noticias suyas, la fisonomía del brigadier iba recobrando su habitual tristeza, llegando por último a dar muestras inequívocas de desasosiego y hasta de mal humor que no podía o no trataba de reprimir.

Los infelices aldeanos no se atrevían a preguntar la causa de aquellas demostraciones y ahogaban en silencio sus crueles dudas y temores.

Por fin el séptimo día se oyó el ruido de un carruaje, y antes de que se detuviera frente del parador, se apeó de él el criado Antonio.

El brigadier esperó a que subiera éste a la habitación, pero no tuvo calma bastante para esperar a que entrara en ella. Salió al encuentro y le preguntó apresuradamente:

—¿Traes eso?

—Si señor, aquí están;—y el criado entregó a su amo un paquete.

—Está bien, puedes ir a descansar.

Encerrado Cienfuegos en su habitación, rompió el sobre del paquete, y aparecieron media docena de periódicos.

Cogió el primero que se le vino a las manos y buscó rápidamente la sección destinada a gacetas.

En la primera de éstas se leía la siguiente:

«Una herencia: Un amigo nuestro que acaba de llegar de las Californias, nos dá conocimiento de la siguiente:

D. Pedro Gómez, español, natural de Toledo, residente hacía más de cuarenta años en California, hizo entrega a la hora de la muerte, a este nuestro amigo, de su testamento, por el que nombraba como único heredero de su cuantiosa fortuna (colosal según nuestras noticias), al pariente más cercano, a juicio del mismo testamentario. Este, que desea cumplir religiosamente la última voluntad del finado, hace pública esta cláusula principal del testamento, a fin de que puedan presentarse la persona o personas que crean tener derecho a aquellos bienes.

Por las noticias adquiridas, cree saber nuestro amigo que existe un tal D. Agustín Gómez, natural también de Toledo, sobrino del finado, pero por más que ha hecho al fin de indagar su paradero, no a podido hallarle.

Las personas que se crean con derecho a la herencia, pueden acudir a esta redacción, remitiendo los documentos que acrediten su parentesco con el D. Pedro Gómez».

Pocos días después recibió el brigadier varias cartas, que se apresuró a leer, haciéndolas pedazos inmediatamente, al mismo tiempo que decía:

—No es esto, no. No esto lo que yo busco.

Pasaban días, y todos ellos recibía nuevas cartas, que las hacía trizas, sin leerlas, contentándose solo con hacerse cargo de las firmas.

Transcurría el tiempo, y Cienfuegos, que era hombre de mucha calma, empezaba ya a dar pruebas de impaciencia, y casi, casi a preparar a sus protegidos para comunicarles la desconsoladora nueva, de que había perdido la esperanza de salvarlos.

La noche del 8 de Julio, le entregó el criado Antonio, como de costumbre, varios paquetes de periódicos y cartas. Después de leídas algunas de éstas, dándoles el pago que a las de los días anteriores, rompió el sobre de una que encerraba otra escrita en papel delgado.

El timbre de la última era de Bayona. Al verle, dióle un vuelco el corazón, y se detuvo como para tomar aliento antes de hacerse cargo del contenido.

Apenas la abrió, dió un grito tan agudo y penetrante, que su criado Antonio acudió apresuradamente, creyendo que le había sucedido algo.

—Antonio, pronto el coche —exclamó el brigadier, antes de que el criado abriera los labios.

Acostumbrado éste a obedecer sin replicar, salió a cumplir las órdenes de su amo.

El brigadier se despidió de los infelices aldanos, asegurándoles que volvería muy pronto trayendo buenas noticias; y media hora después salía el coche de Vergara.

Encerrado ya en él, Cienfuegos volvió a leer, por la centésima vez, la carta que motivaba aquella marcha tan repentina y rápida.

La carta decía así:

«Bayona 30 de Junio.
—Sr. Director del periódico...—Muy Sr. mío y de toda mi consideración: He leído en el periódico que usted dignamente dirige, una gaceti-
lla, en la que se anuncia que un amigo suyo se halla autorizado para entregar un legado de don Pedro Gómez, muerto en California a la persona a quien por derecho correspon-
da. Y se añade,

que se supone con fundados motivos, que esa persona debe ser un D. Agustín Gómez, natural de Toledo, sobrino del finado.

Efectivamente, yo soy la persona aludida, mas como mis asuntos del momento no me permiten pasar a esa tan pronto como quisiera, me dirijo a usted a fin de que se sirva decirme qué es lo que debo hacer para entrar en el goce de esa herencia, que legítimamente me corresponde.

Doy a usted gracias anticipadas, y esperando su contestación me ofrezco suyo afectísimo seguro servidor q. b. s. m., Agustín Gómez.

Su casa: Pont-majeur, 10, principal».

El brigadier saboreó el contenido de la carta, e impaciente por llegar a verse con su autor, asomaba de vez en cuando la cabeza por la ventanilla del coche para decir a su criado:

—Antonio, haz que arreen esos caballos, que no parecen sino que se han dormido.

Y una interjección del cochero, acompañada de un latigazo, hacía que los caballos partieran a



escape dejando atrás a cuantos carruajes caminaban en la misma dirección.

Cuando al día siguiente por la mañana entraba el coche en las calles de Bayona, el brigadier sacó un revólver del bolsillo de la levita, lo examinó escrupulosamente para asegurarse de que estaba bien cargado, y volvió a guardarlo con cuidado, casi podría decirse que con mimo, a juzgar por la sonrisa que asomó a sus labios.

El coche paró en la fonda de *La bilbaina*, y el brigadier se apeó antes de que concluyera de rodar, y por consiguiente antes de que Antonio hubiera bajado del pescante.

Cienfuegos llamó aparte a su criado y le entregó un papel, en el que acababa de escribir unas pocas palabras.

—Haz,—le dijo—que muden el tiro inmediatamente, y espérame con los caballos enganchados. Son las nueve, sino he vuelto a las doce, vas a buscarme a la casa cuyas señas están ahí anotadas. Aun cuando te digan que no estoy, me buscas, suceda lo que quiera.

—Está bien,—contestó el criado, para quien los órdenes de su amo no admitían réplica ni observación ninguna.

El brigadier se dirigió a grandes pasos a la calle de Pont-majeur; entró en el portal de la casa señalada con el número 10, y preguntó al portero si vivía allí D. Agustín Gómez, español.

El portero lo ignoraba, o tal vez, en cumplimiento de su deber, satisfizo la pregunta del interpelante con un:

—*Je ne sais pas*,—seco, sin cumplimientos ni excusas de ningún género; contestación que heló la sangre en las venas al brigadier.

Subió las escaleras hasta el primer piso, mas antes de que pusiera la mano en el llamador, tuvo necesidad de detenerse y tomar aliento, pues la celeridad con que subió y el temor de ver defraudada su última esperanza, hacían su respiración trabajosa.

Llamó, y los golpes dados en la puerta parecían resonar dentro de su pecho.

El minuto que tardaron en abrir fué de prueba para el brigadier Cienfuegos.

—¿D. Agustín Gómez...?—preguntó antes de que la puerta se hallase abierta del todo.

El segundo que tardaron en satisfacer a su pregunta, sólo podría comprenderlo el reo que sentado en el banquillo fatal, espera el instante en que va a pasar de este mundo al otro.

—Sí señor,—fué la contestación, en castellano castizo y puro, de la mujer que salió a abrir.

Si Cienfuegos se hubiera dejado llevar del gozo

experimentado en aquel momento, hubiera comido a besos a la criada, digna sin embargo de respeto, por su avanzadísima edad.

—¿Está en casa?

—Sí señor,—volvió a contestar aquella voz de plato rajado, que al brigadier le pareció la voz de un ángel.

Echó a andar maquinalmente hacia adelante, hasta que oyó a la criada que decía:

—Por aquí, señor.

Poco después habría aquélla una puerta, diciendo.

—D. Agustín, un caballero pregunta por usted.

El brigadier se hallaba ya en el primer término de la alcoba, antes de que la criada acabara de anunciarle.

Al ver a Gómez un estremecimiento convulsivo agitó todos sus miembros, e inconscientemente llevó la mano al bolsillo en que guardaba la pistola.

Empero se repuso en el momento, y con semblante risueño y tono melifluido, preguntó:

—¿El señor D. Agustín Gómez?

—Servidor—contestó levantándose de la silla, en que se hallaba sentado el hombre a quien el lector conoce ya.

—Tengo una verdadera satisfacción en encontrar a usted, y en verdad que le hubiera conocido en el mismo valle de Josafat,—añadió el brigadier en tono indescifrable de ironía y satisfacción,—pues es usted retrato vivo de su tío, mi buen amigo don Pedro.

—¿Cómo! ¿Sería usted acaso la persona encargada de...?

—Sí señor, soy su testamentario, y vengo, en vista de su carta de usted al director del periódico... a cumplir la última voluntad del finado.

—Celebro infinito conocer a usted,—replicó Gómez, respirando con la dificultad por la emoción que sentía, dimanada del gozo o quizá del temor que experimentó al encontrarse frente a frente con un desconocido.

Y añadió comprendiendo su turbación. Ciertamente, he quedado al pronto sorprendido, porque no esperaba a usted en tan breve término.

—Tengo que ausentarme inmediatamente, y como mi viaje es largo, pues vuelvo a California, no he querido, o mejor dicho, no podía demorar mi entrevista con usted. Anhele liquidar el asunto.

—¿Y es mucha cantidad?, preguntó Gómez apresuradamente.

—Bastante. No puedo decir a usted con seguridad a cuanto asciende, pero por mi cuenta se acercará a cuatro millones. Es casi todo papel del Estado.

El toledano dió un salto en la silla al saber que iba a ser dueño de un Potosí.

—Usted tendrá algún documento que acredite su persona,—añadió Cienfuegos, recordando que se había encontrado la cédula de vecindad de aquel malvado en el bolsillo del muerto, y gozándose del aprieto en que le ponía.

—No señor; pero haré que me envíen la fé de bautismo...

—Es un documento de gran fuerza indudablemente; pero el caso es que yo tengo el tiempo tan medido, pues es preciso que esté en Cádiz el quince, que no puedo esperar, ni me atrevo siquiera a proponer a usted que vayamos juntos a Toledo. Pero usted podrá garantizar su persona con alguien que conozca usted aquí.

—No señor, estoy de paso, y nadie me conoce.

—Entonces no sé como lo haremos;—Y el brigadier fingió que reflexionaba, siendo así que tenía ya pensado lo que haría.

—Vamos a ver,—añadió a poco rato,—si conseguimos nuestro objeto. Como mi deseo es cumplir religiosamente la última voluntad de mi buen amigo D. Pedro, podríamos, si usted quisiera, hacer una cosa.

—Usted dirá.

—Nos vamos hoy mismo a Irún, en donde haré, ante un notario, donación de esos valores a favor de usted; pero con la condición de que no se los entreguen a usted; mientras no acredite ante un amigo mío de Madrid, a quien daré amplias facultades, de que es usted real y efectivamente el don Agustín Gómez, sobrino del finado.

—Bueno; pero eso mismo que vamos a hacer en Irún podríamos hacerlo aquí.

—Usted ignora seguramente, cuán larga y... cara es la tramitación que tendría que seguir aquí, para hacer el traspaso del legado, pues tiene que intervenir el Consulado español. Comprendo que a usted no le molestaría gran cosa el tanto por ciento

que hay que abonar, sobre el capital de que se trate, pero yo no puedo, repito, demorar la partida ni un sólo día; tengo las horas contadas y estoy resuelto a marchar hoy mismo. Si a usted le conviene más esperar mi vuelta... la ausencia no será larga, dentro de dos años...

—¡Dos años!, exclamó asustado Gómez, al comprender que si no andaba listo, se le escapaban los cuatro millones.

—Salvo el que tenga algún contratiempo, que no

es de esperar,—añadió Cienfuegos con naturalidad, conociendo el flaco de su antagonista.

Gómez quedó por un instante pensativo y expuso al fin.

—Me parece bien la ida a Irún.

El brigadier tuvo que hacer un esfuerzo para que no rebosara en su semblante su gozo interno, y dirigiéndose hacia la puerta, indicó:

—Cuando usted guste.

—¡Ahora! — exclamó Gómez de tal manera y con tono tal, que solo su interlocutor, que conocía la mezcla de temor e in-

terés que bullía dentro del pecho de aquel malvado, podía comprender que en la palabra «ahora» se encerraba una tormenta de afectos y deseos encontrados.

Pero la codicia, o sea el afán de hacerse rico lo antes posible, ahuyentó de él todo temor. Púsose el sombrero, se proveyó de una pequeña maleta de viaje, y siguió al brigadier que se hallaba en la puerta de la alcoba dispuesto a todo, si aquel bribón no se dejaba coger con el engaño, pero al mismo tiempo con una fisonomía tan risueña y hasta candorosa, que no daba lugar a la sospecha más remota.

Gómez, no solo no abrigaba el más pequeño recelo, sino que hasta manifestaba hacérsele ya largo el tiempo que tendría que tardar en tomar posesión de la herencia, según la velocidad con que andaba.

El cebo arrastraba a aquella alimaña hacia el lazo tendido por el brigadier.



Salieron a la calle aquellos dos hombres, y se encaminaron hacia la plaza de Armas. En la entrada de la fonda se hallaba el coche con el cochero en el pescante, y el criado Antonio al costado de la portezuela, que la abrió apenas distinguió a su amo.

Hizo este entrar en el coche a su nuevo compañero y se sentó inmediatamente a su lado.

A un escrupuloso observador hubiera llamado la atención el que ni por descuido pasara nunca el brigadier por delante de Gómez. Indudablemente, o le guardaba una marcadísima diferencia, o lo que es más cierto, se fiaba muy poco o nada de su acompañante.

Y en el coche el brigadier Cienfuegos ordenó a su criado que matara los caballos, si preciso era, para llegar a buena hora a Irún, y cumplimentando éste las órdenes de su amo, llegaba el coche a Irún cuatro horas después de su salida de Bayona.

Faltábale la paciencia al brigadier desde el momento en que se halló en territorio español, y deseoso de concluir de una vez con la farsa que estaba representando, ajena a su carácter franco y noble, se arrojó resueltamente al toledano, y sujetándole del pescuezo con toda la fuerza de que fué capaz, gritó en el lleno de su voz:

—¡Ha llegado tu hora, vil asesino!

Gómez vaciló un momento, sorprendido por lo ex abrupto de la acometida, pero reponiéndose instantáneamente, y haciendo un esfuerzo de gigante, consiguió desasirse de las tenazas que apretaban su laringe, arremetió frenético sobre su adversario, y colocándolo un pie sobre el estómago, buscó convulso en los bolsillos un arma con la que pudiera dar fin a la lucha entablada.

El brigadier comprendió, algo tarde, en verdad, su ligereza al querer medir sus fuerzas con aquel hércules, y mermado su brío, jadeando, amoratado, con los ojos llenos de sangre, por la pesada masa que se interponía entre su vientre y pecho, buscaba y buscaba en los bolsillos de su levita el revólver que pudiera hacerle recobrar su superioridad, y concluir si preciso era, el combate con aquella fiera.

Pero la levita se hallaba sujeta por el pie mismo que seguía comprimiendo su respiración, cual si fuera un torniquete.

No le quedaba al brigadier esperanza ninguna, y sus ojos se cerraban ya sin vida en el instante mismo en que el toledano sacaba a la luz una enorme navaja de acero, de su tierra.

En aquel momento paraba el coche frente al primer parador de Irún, y casi simultáneamente abría el criado Antonio la portezuela.

El toledano, que hacía toda su fuerza apoyando su cuerpo en la portezuela, rodó como una pelota

desde el coche al suelo, gracias a la oportunidad del criado, dejando al brigadier dueño de sus acciones y con alientos para poder gritar:

—¡Al asesino! ¡Al asesino!

El criado, sin comprender quizá lo que aconteció, se abalanzó con ánimo de sujetar al toledano, pero desliziéndose éste como una águila de las manos de Antonio, echó a correr por la plaza de Irún, navaja en mano, dispuesto a atravesar con ella al primero que se le presentara delante.

—¡A ese! ¡Al ladrón! ¡Al asesino!—gritaba Antonio corriendo tras él, sin saber ciertamente lo que decía.

Muy pronto, Gómez se vió rodeado de un tropel de gentes, por medio de las que se habría paso, blandiendo el arma que llevaba en la mano. Pero acosado tenazmente por Antonio, llegó a un callejón sin salida; y al querer volver pies atrás para ganar el camino de Francia, se encontró con las bayonetas de dos Guardias civiles que le intimaron a la rendición o la muerte.

Conociendo Gómez que no tenía medio de salvarse, arrojó lejos de sí la navaja y se cruzó de brazos, dejándose maniatar fuertemente por sus aprehensores.

El brigadier Cienfuegos llegaba en aquel mismo instante, respirando con dificultad por la lucha que había sostenido momentos antes, y más aún por la carrera que había emprendido, temiendo que Gómez se escapara y quedaran frustrados todos sus bien combinados planes.

En breves palabras refirió al comandante de la Guardia civil, y luego al Juez, ante quien llevaron al detenido, el suceso por el que reclamaba la prisión de aquel hombre. Fué tal el efecto que causó en el público el crimen cometido por el toledano, que hubo dificultad de que le condujeran ileso al coche, en el que salió acto continuo para Vergara, acompañado del brigadier y dos Guardias civiles.

Algunas horas después, a la caída de la tarde del 28 de Julio, llegaba triunfante Cienfuegos a la presencia del Juez de primera instancia de Vergara, seguido de los dos Guardias civiles, en medio de los que iba maniatado Agustín Gómez, el toledano.

Al principio sostuvo éste que era inocente del crimen que se le imputaba; pero comprendiendo sin duda lo falso de su situación, confesó de plano al poco rato, que anhelando vengarse de los dos hermanos canteros, porque no le habían entregado la cantidad por él solicitada, sin embargo de que creía en razón de verdad que no le pertenecía, su ángel malo le presentó la ocasión de hacerlo en el momento mismo en que salía de Zumárraga. Un hombre, al parecer obrero, se hallaba durmiendo

al lado de la carretera; fuéese derecho a él, e instantáneamente le descargó un garrotazo, al que le siguió otro y otros, hasta quitarle la vida. Luego lo mutiló horriblemente, en disposición de que no pudiera ser conocido; cambióle la ropa por la suya y se fugó por sitios extraviados, a fin de que se realizara su diabólico proyecto.

El lector sabe ya que, no obstante las precauciones tomadas por el toledano para ocultarse lejos del sitio en que cometió el crimen, sin que fuera visto, hubo un testigo que declaró bajo juramento haberle visto algunas horas después del asesinato. Declaración que dió la luz suficiente al brigadier para pagar la deuda que tenía contraída con los infelices aldeanos.

Media hora después de la llegada del brigadier a Vergara, abría éste la puerta de la prisión en que se hallaban los dos canteros, diciéndoles:

—¡Salid, corred a abrazar a vuestro padre, a vuestra familia! ¡Estáis libres!

Los dos hermanos quedaron largo tiempo mudos y estáticos, sin atreverse a dar crédito a lo que oían y veían. Pero cuando su libertador les refirió en pocas palabras lo acaecido, se arrojaron en sus brazos y lloraron como niños; llanto que alivió su corazón oprimido.

Aún fué necesario que el brigadier les condujera, sin embargo, casi de la mano, fuera de la prisión, y los llevara maquinalmente a la casa donde se hallaban hospedados el padre, la esposa y los hijos.

Al llegar a la sala en que se encontraban éstos, el brigadier Cienfuegos abrió la puerta, y señalando con la mano el punto en que se hallaba reunida la familia de los canteros, díjoles únicamente:

—¡Vergara!

Se hallaba ya saldada su deuda, contraída hacía veinticinco años.

SABINO DE GOICOECHEA (ARGÓS)

BIBLIOGRAFIA

EL NORTE DEL BUEN SOLDADO.—por el Teniente Coronel de Infantería *D. Antonio García Pérez*.

Es ya tan copiosa y tan selecta, la labor literaria del Teniente Coronel Sr. García Pérez, que los elogios al publicista sobran, quedando limitada la acción de la crítica a reseñar sus nuevas obras, reveladoras siempre de una nueva faceta de su alma de educador.

Porque toda la obra del Sr. García Pérez, tiene la tendencia social, pedagógica y educativa del soldado. Su gran erudición, le permite espigar con insuperable acierto en los ricos campos de la literatura, extraer de la cantera de la Historia, altos y ejemplares hechos que a su vez modelan las almas de aquellos a quienes los ofrece.

Dignos de gratitud son los hechos gloriosos que realiza la espada de los héroes, el cerebro de los sabios, o el corazón de los abnegados, pero ¡cuan digna de gratitud es la pluma que los hace perdurables! porque el hecho en sí produjo un bien para la patria, pero su relato, contribuye a hacer por el estímulo otros héroes, y otros abnegados.

Y esta es la misión de publicista e historiador del Teniente Coronel García Pérez, que tiene ya una biblioteca suya y además completa su obra organizando en los cuarteles bibliotecas. Benemérito Jefe paladín de la cultura militar.

El librito de que hoy damos cuenta es un bien editado folleto titulado «*El Norte del buen soldado*», y en el título, lleva condensada la esencia de sus be-

llas páginas que atesoran sabios consejos, levantados pensamientos y ejemplares biografías de soldados, esmaltados con la prosa galana y brillante del ilustre escritor Sr. García Pérez.

..

LA RADIOTELEGRAFIA Y RADIOTELEFONIA MODERNAS.—por el Capitán *D. Manuel Castañs y Boada*, Profesor de la Academia de Infantería.

En un folleto de veintinueve páginas, ha condensado el Capitán Castañs, una clara vulgarización de temas tan difíciles e interesantes como son los que se relacionan con la Radiotelegrafía y Radiotelefonía.

Es un estudio apropiado para aquellas personas que desearan de conocer esa rama de la Ciencia no poseen la preparación suficiente para estudiarla en libros de carácter superior, ni se contentan con vulgarizaciones elementales, en las que a fuerza de símiles, se falsea no pocas veces la verdad científica.

Comprendía el folleto lo más esencial y ayuda su estudio, facilitando su comprensión dos láminas gráficas, con veintitrés figuras.

No parece esta obra de positiva utilidad para los que quieran aprender, y es reveladora de una gran cultura científica de su autor al que sinceramente felicitamos.

El precio del folleto, editado en Toledo—Tipografía de S. de J. Peláez—es de una peseta con cincuenta céntimos.

SECCIÓN DE CONSULTAS

J. M.—Nerja.—Hace el núm. 688 de la quinta clasificación, sin méritos de campaña. Aun no se ha hecho la tirada del programa de aspirantes a cabo.

E. P. M.—Palma de Mallorca.—Hace los números siguientes: tercer regimiento de reserva, el uno; cuarto ídem, el tres; quinto ídem, el uno, y primero ídem, el tres.

R. O.—Logroño.—Hace el núm. 383 en la escala de soldados para guardias de Caballería.

M. R.—Cartagena.—Hace el núm. 722 de la quinta clasificación, sin méritos de campaña.

F. G. M.—Xauen.—Hace el núm. 37, ingresará pronto.

E. G. L.—Melilla.—Aproximadamente hace el núm. 145, pues aún no están clasificados los que han promovido sus instancias en el mes de Agosto.

F. G.—Granada.—No aparece en el anuario, y sí existe un capitán de Intendencia.

G. N. O.—Xauen.—Ha tenido entrada su instancia en la sección de Aeronáutica y se encuentra pendiente de despacho.

J. L. O.—Alcázar.—No ha tenido entrada la instancia de referencia en el Ministerio.

L. M.—Porto Colón.—Figura anotado con el núm. 173, de regla preferente para destino a la Comandancia de Sevilla.

J. Q.—Xauen.—Quedan 45 aspirantes por ingresar; se lleva la costumbre de que cuando

faltan 20 o 25 aspirantes, se publica la convocatoria. Se calcula unos seis meses cuando se publique la convocatoria.

F. N.—Toledo.—Real orden de 18 Diciembre 1920 (D. O. núm. 287), se empezará a cobrar cuando haya nuevos presupuestos.

J. E.—Reus.—El 177, y tardará unos tres años en ingresar.

M. S. L.—Tetuán.—1.^a Se plantea una cuestión que exige sea resuelta por la superioridad; que el interesado, si le parece oportuno, promueva instancia y se verá el asunto.

2.^a Véase art. 42 de las instrucciones aprobadas por R. O. C. de 5 de Junio de 1905 (C. L. núm. 101).

R. C. C.—Vigo.—Tiene derecho a retirar el depósito.

I. M. M.—Pontevedra.—No figura todavía anotado en la escala por estar la instancia pendiente de informe de la Comandancia de Coruña, motivo por el cual no tiene número.

A. A.—Melilla.—Teniendo su destino de plantilla, según Real orden 23 Abril, debe cobrar por ese Cuerpo.

M. J. M.—Salamanca.—La instancia que promovió el año pasado quedó sin efecto, por no reunirse entonces las condiciones prevenidas. Promueva nueva instancia.

J. C. C.—Ceuta.—El núm. 178 en la escala de aspirantes; ocurre cinco o seis vacantes al año.

¿HISTÓRICO?

Cuentan de un oficial, muy entusiasta y cumplidor, que la primera vez que entró «de semana» recién salidito de la Academia, y por temor de hacer el novato delante de la tropa, preguntó a un teniente ya curtido lo que tenía que hacer en la revista de policía, y entre otras cosas le dijo:

El sargento te dará parte de las novedades; si algún individuo asiste al acto indebidamente, le impones el castigo que creas justo; si faltan prendas, haces extender un recibo para que el capitán, si lo cree conveniente, las mande sacar del almacén; si falta utensilio, etc., etc.

Y llega el hombre a su unidad, le recibe el sargento de semana poniéndole «firmes» y le da el parte diciendo: «Sin novedad la revista. Falta el machacante de los sargentos.»

¡¡¡QUÉ LO SAQUEN DEL ALMACÉN!!!

Por la indiscreción
LEME

PARA PASAR EL RATO

DIVERSIONES Y ENTRETENIMIENTOS

CHARADAS

Si mi *todo* vale poco,
siempre vale más que nada;
pues, o mucho me equivoco,
o es un tema de charada.

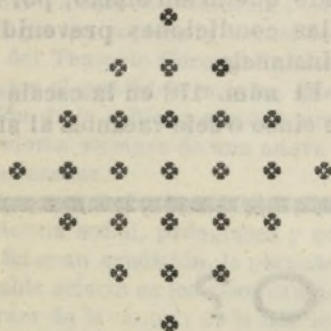
Si la *una* *cuatro* metí,
el lector me lo dirá;
mas se me figura a mí
que decirlo no querrá.

Una *dos* *cuatro* buena es,
y hasta *tres* *cuatro* lo abona;
la propagó un buen francés
que merece una corona.

Se hace *tres* *una* al soldado
y también lo hacen al preso,
y en todo fardo pesado
hay *dos* *tres* aunque esté ileso.

No vale el *todo*, lector,
(siendo ruin en este mundo)
que en buscarle con ardor
pierdas siquiera un segundo.

ROMBO



Sustitúyase los puntos con letras
de modo que leídas vertical y
horizontalmente digan: 1.^a, letra;
2.^a, mineral; 3.^a, nombre de mujer;
4.^a, provincia española; 5.^a, mine-
ral; 6.^a, especie de verso; 7.^a, vocal.

Fuga de consonantes.

E. a.e. e. o.i. i. e.a .a.e
.a .e.a .e .i.i. i. .a.e.

Recetas.

El mejor *shampoo* para limpiar
la cabeza se hace sencillamente
con agua y jabón blanco, del más
puro que se encuentre.

Después de lavada la cabeza,
conviene frotarla un poco con al-
cohol, con objeto de que se seque
más pronto y para que sirva de
estimulante.

No se debe meter el peine ni el
cepillo hasta que el cabello esté
bien seco.

Para pulimentar un objeto me-
tálico que haya perdido el lustre
a causa del uso se le limpia con
jabón de coco, a cuya pasta se haya
incorporado polvo de cristal y pol-
vo de esmeril.

El jabón obra químicamente, y
el polvo mecánicamente, quitando
lo sucio que el metal tenga en la
superficie.

CASOS Y COSAS

A un militar le dieron una gran
cuchillada en la cabeza por meter
paz entre dos compañeros que re-
ñían por una mujerzuela.

Al curarle el cirujano, exami-
naba la herida con la sonda, en-
tonces el herido le preguntó:

—¿Qué busca usted, señor?

—Los sesos.

—No los encontrará usted, por-
que si hubiera tenido sesos, no me
hubiera metido a poner paz entre
dos locos.

En una operación nocturna fué
preciso colocar una avanzada den-
tro de un río adonde llegaba el
agua a la cintura de los soldados.

—¡Muchachos —les dijo el sar-
gento que mandaba el puesto —está
prohibido fumar; pero podéis sen-
taros si queréis!

Un regidor que discutía con el
albañil sobre la altura de la pila de
una fuente para que bebiesen las
caballerías, resolvió la cuestión di-
ciendo:

—Adonde yo alcanzo llegan to-
dos los burros.

El color de las plantas.—Al se-
carse las plantas suelen perder
una parte de sus colores y a veces
todos. Para remediar este incon-
veniente se someten las flores a la
acción de los vapores sulfurosos.

El color rojo lo recobra la flor
poniéndola en contacto con un tro-
zo de papel secante blanco, im-
pregnado en una solución de ácido
nitríco diluido en agua (2 gramos
de ácido por 20 de agua). Colocada
la flor entre varias hojas de papel,
preparado como queda expuesto,
se prensa unos instantes y recobra
su color primitivo al contacto con
el ácido.

Según sea la presión más o me-
nos grande, y según el tiempo que
esté la flor en contacto con el pa-
pel, se pone más o menos roja.
Para el rojo intenso debe darse
una presión muy fuerte y durante
largo rato.

Hay que tener cuidado de que el
ácido no toque a las hojas, porque
pierden el color verde.

El invento del abanico.—Los chi-
nos se atribuyen la paternidad del
abanico, que según dicen fué in-
ventado 2.700 años antes de Jesu-
cristo por la hija de un mandarín,
que empezó a darse aire con un
antifaz.

En el Museo de Bulak (Egipto)
se conserva un puño de madera
que formó parte de un abanico de
plumas del siglo XVIII (a. J.)

Los abanicos plegables los in-
ventaron los japoneses en el siglo
XVIII de nuestra era.

En Noruega está prohibido por
la ley cortar árboles, a menos que
el leñador plante tres arbolitos
nuevos por cada árbol viejo que
corte.

La bandera de Dinamarca es la
más antigua que se conoce; data
el año 1219.